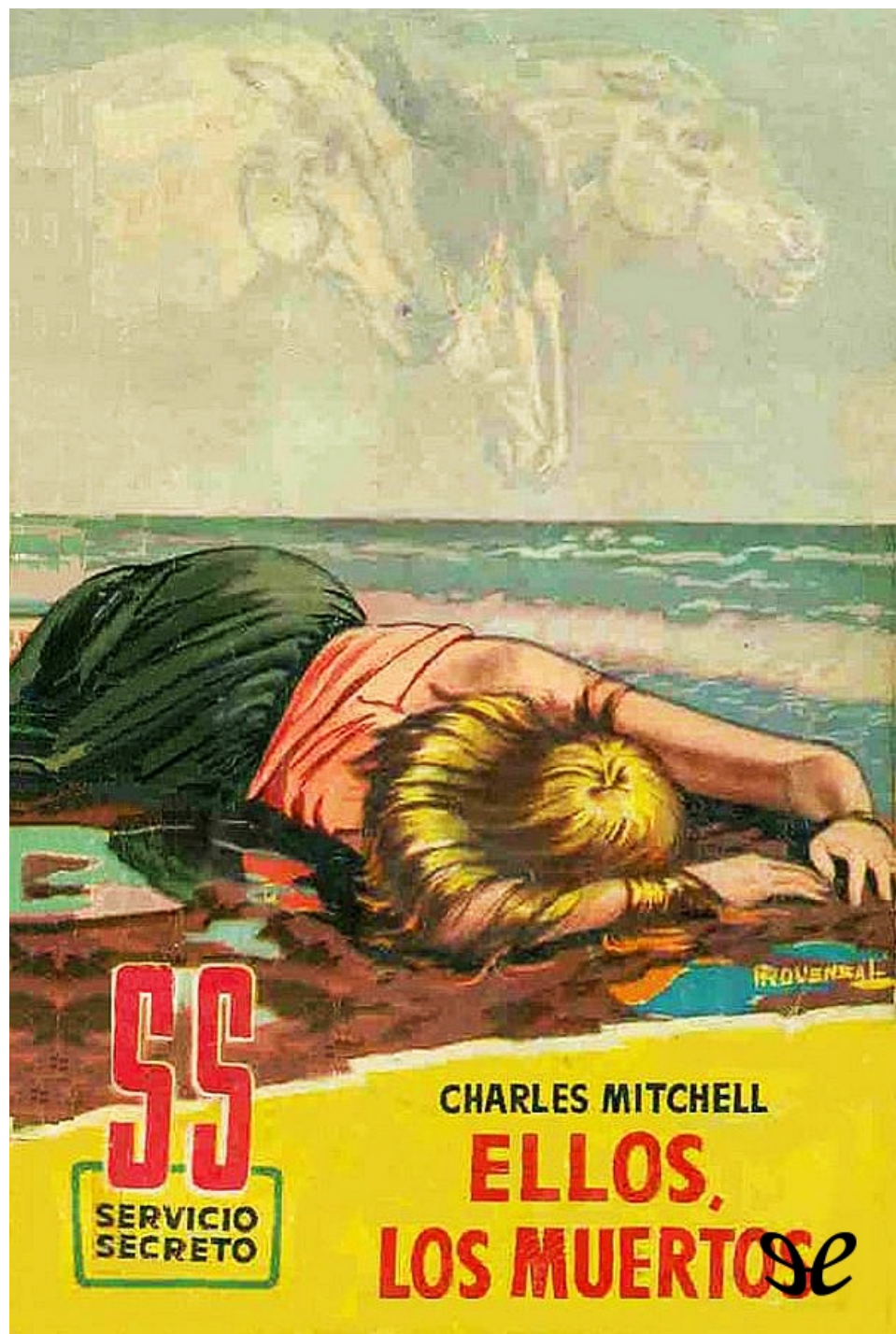




SS

SERVICIO
SECRETO

CHARLES MITCHELL

**ELLOS,
LOS MUERTOS** *se*

El agente de policía y veterano de la II Guerra Mundial Theodoro W. Martin, un nada amable (y sí muy realista) tipo duro que anda por ahí abofeteando damiselas sospechosas y corredores de apuestas, y que decide vengar la muerte de su amigo Corrigan (otro veterano, además de pintor reconocido —y manco, tras la guerra—, que se metió en asuntos turbios).



Charles Mitchell

Ellos, los muertos

Bolsilibros: Servicio Secreto - 219

ePub r1.0

jala y xico_weno 08.07.17

Título original: *Ellos los muertos*

Charles Mitchell, 1954

Portada: Jaime Provensal

Editores digitales: jala y xico_weno

ePub base r1.2





Charles Mitchell

Ellos los muertos

1.^a EDICIÓN

OCTUBRE - 1954

EDITORIAL

Proyecto, 2-T. 284453



BRUGUERA

BARCELONA (6)

Ellos
los muertos

Pensativo y dudando,
escribo las palabras «los muertos» pues los muertos viven,
(posiblemente son los únicos que viven, los únicos reales y
yo la aparición, yo el espectro).
... de WHITMAN^[1].

CAPÍTULO PRIMERO

Max Corrigan, físicamente, nunca fue un sujeto agraciado, pero el día que lo extrajeron flotando del Hudson con la carne podrida y agujereada a balazos, ni aun su propia madre hubiera sido capaz de reconocerle. Aplastado contra el grasiento pavimento portuario de Jersey City como una medusa gigante, el cuerpo formaba a su alrededor un pequeño charco de agua y lodo. Uno de los policías, inclinado sobre el cadáver, se entretuvo en librarle las muñecas sujetas a la espalda con alambres; luego le dio media vuelta, incorporándose rápidamente con la mano puesta sobre la nariz.

—¡Uf! Cómo huele...

El capitán Hanson Clark, de la Policía Metropolitana, giró con simulada distracción sobre sus talones, mirando a lo lejos entre la niebla del río la noria gigante del Palisades Amusement Park, inmóvil a esa primera hora de la mañana. Aun a pesar de esto, no consiguió alejar de su vista las cuencas vacías del muerto y el maxilar colgando como una pulpa informe, pasto, igual que el resto de la cara, de la voracidad de los peces.

El policía uniformado charlaba por los codos.

—... no está muy atractivo que digamos; los peces son los que han salido ganando. Es curioso; esto me recuerda la pasada guerra. Cada vez que las ratas empezaban a merendarse un muerto, empezaban siempre por la nariz. Ahora resulta que los peces...

El capitán Clark creyó por un momento definitivamente perdido su desayuno, al tiempo que cortaba la disertación de manera tajante.

—¡Cállese!... —Luego volvióse a medias para interrogar a un hombre que, con expresión desolada, contemplaba al muerto—. Es Max Corrigan. ¿No, Martin?

El aludido inclinóse junto al cadáver, cogiendo entre las suyas sin repugnancia una mano tumefacta. Con delicadeza soltó el broche de una cadena enmohecida por la acción del agua, arrollada en la muñeca izquierda del caído, tendiendo al capitán una placa ovalada. Éste, después de recogerla, la examinó con curiosidad.

—Parece una chapa de identificación de las usadas por el Ejército americano en la última guerra. Grupo sanguíneo tipo A —arrugó el entrecejo—. ¿Por qué estará partida? Theodoro W. Martin, agente numerario de la Policía Metropolitana, apartó las empapadas ropas del muerto, dejando ver a través de la desgarrada manga derecha de la chaqueta lo que bien pudo ser un muñón. Ahora mostraba la articulación pelada y brillante como una pieza de pulido marfil. El capitán Clark, a lo largo de una accidentada vida profesional llena de muertes violentas, no recordaba la presencia de un cadáver que le impresionara más. Fijó su atención en la cara inexpresiva del agente Martin, más pendiente de su propia digestión que de las palabras de éste.

—A Max Corrigan le faltaba el brazo derecho desde la batalla de Salerno. Ese mismo día, desangrándose en la ambulancia, le tomaron por muerto, y partieron la chapa que había de identificarle... —hizo una pausa, añadiendo—. En realidad, era un hombre acabado. Sin su mano derecha, había perdido ya cuanto podía perder. Max Corrigan era pintor.

El capitán Clark, frotándose las manos ateridas por el frío húmedo de la mañana, hizo la pregunta distraídamente:

—Usted era, según tengo entendido, buen amigo suyo.

—El mejor. Max quedó mutilado por salvarme a mí la vida.

El viejo Hanson carraspeó, confuso. El coche gris de la «Morgue» llegaba en aquel momento de forma oportuna. A respetable distancia, un semicírculo de curiosos de fuerte apariencia y estómago, cartera al brazo, eran espectadores de la pestilente forma tumbada en el suelo. El policía uniformado impuso a empujones su autoridad cuando el muerto ya estaba dentro de la furgoneta. Theodoro Martin, con los dedos entreabiertos, puso en orden el rubio cabello de su amigo, manchándose la mano de fango... Luego ayudó a los hombres de la bata blanca a cerrar la puerta, y el vehículo perdióse con sus macabros despojos en la niebla.

Martin, con los brazos caídos, contemplaba Manhattan al otro

lado del río, con sus cúpulas de piedra como estalactitas gigantes, cuando la voz del capitán Hanson, llamándole desde su coche, vino a sacarle de su ensimismamiento.

—Vamos, Martin. Ya que hemos venido en coche, no creo que tenga interés de hacer turismo en *ferry boat*.

El policía acomodóse al lado de su jefe y no abrió la boca durante todo el trayecto de los muelles. Atravesaron a una velocidad moderada el Lincoln Tunnel que cruza por debajo del río Hudson, y ya en la otra orilla enfilaron la Avenida de Henry Hudson, bordeando Manhattan.

El viejo Hanson (como familiarmente y a espaldas suyas le llamaba toda la plantilla de la Jefatura) miró de soslayo la dura expresión de su subordinado. Hanson Clark, pese a su carácter inaguantable, tenía sus humanas preferencias, y Theo Martin era una de ellas, precisamente por ignorarlo éste. La actitud enmudecida del agente contrariaba al capitán por no poder evitar (contrariamente a sus costumbres) el ser amable con Martin.

En ese momento cruzaban por Riverside Park, frente a las macizas columnas del *Soldiers and Sailors Monument*^[2].

—¿Quiere parar, Hanson?

El capitán detuvo el coche en seco, preguntando a su vez con mal humor:

—¿Qué le pasa? ¿Se ha dejado olvidado el paraguas en la otra orilla?

La, respuesta de Martin acabó de irritarle.

—Usted estuvo alguna vez en una guerra, ¿no, Clark?

El interpelado se rascó su pierna izquierda causa de una mal disimulada cojera, como consecuencia del cañonazo de un «Bertha» modelo 1914. La voz del superior era rebuscadamente melodiosa.

—Siii... en una, ya hace mucho tiempo. Ahora, según esos que lo saben todo, aquello fue poco más o menos una partida de bolos...

—Clark intensificó su rascado a través del pantalón—. Yo quedé mal de esta pierna por estar demasiado rato sentado al sol.

Martin, ajeno a la ironía de su jefe, barajaba sus ideas, fija la vista en la mole granítica del Monumento a los Soldados y Marineros.

—Todas las guerras se parecen; sólo varían según la cantidad de muertos. —Martin hablaba como si lo hiciera consigo mismo—. Yo vi muchos; tantos que quizá no tuve tiempo ni de impresionarme.

Hombres, mujeres, niños... y amigos: Todos se parecían —echó pie a tierra abriendo la portezuela del «Fordson», mientras Hanson le contemplaba con resignación—. Capitán, voy a seguir una tradición de los viejos tiempos... ¡Voy a brindar a la salud de un muerto!

Theodoro W. Martin, con las manos metidas en los bolsillos del sobretodo, internóse en el haz luminoso de la mañana. Hanson Clark levantó un instante su vista sobre las columnas; luego, rascándose la pierna con gesto dubitativo, puso en marcha el coche, conduciendo con una sola mano.

* * *

Cuando Theo Martin hizo su entrada en el despacho del capitán Clark, traía impresa en sus ojos una decisión, que ya anticipadamente desaprobaba el superior. Éste, como siempre, antes de abordar el asunto, quiso distraer la atención del tema, empleando su retórica de vinagre.

—Esta mañana, recién llegado de Wendover, no tuve ocasión de felicitarle. A todos nos ha gustado mucho la solución del caso, y tiene usted un mes de descanso para pescar truchas o dedicarse a la cría de pastos.

Martin, apoyando ambas manos sobre la mesa, fue directamente al grano.

—Quiero que me encargue del asunto Corrigan.

Hanson levantó la cabeza como una concesión extraordinaria.

—Martin, yo soy aquí el único que da órdenes. Olvídense del caso. El hecho de que en la extracción del cadáver se hallara presente esta mañana no quiere decir, ni mucho menos, que yo le haya dado atribución alguna. Usted fue para facilitar el reconocimiento de la víctima, pero sus simpatías o problemas sentimentales me tienen completamente sin cuidado. —Tomó aire y añadió más tranquilo—: Antes de que viniera, sabía lo que me iba a pedir. Elíjase cualquier respuesta que quiera decir no, y lárguese, que estoy muy ocupado.

Martin hizo el mismo caso de la parrafada como si ésta hubiera estado expresada en griego. Con su cazurrería habitual repitió lo mismo sin pestañear:

—Quiero que me encargue del asunto Corrigan.

A un tiempo resbaló por la superficie de la mesa su mano ahuecada, hasta situarla casi debajo de las narices del que estaba sentado. Fueron unos segundos que Martin aguardó tranquilo. Hanson Clark sabía lo que se escondía bajo la abombada mano, y pudo leer en la serena actitud del otro la decisión de descubrir ante sus ojos la esmaltada chapa policial a la segunda negativa. Martin quería el asunto o la dimisión, quedándose de ambas formas en disposición de hacer su voluntad.

Hanson se incorporó violentamente, dirigiéndose cojeando hasta la ventana; allí, con la frente casi tocando los cristales, habló dando la espalda a Martin, no sin antes dejar transcurrir otra serie de interminables segundos.

—El asunto es suyo, Theodoro Martin, y tenga presente cuanto le voy a decir seguidamente. —Hanson disparó hacia él su dedo índice, como si éste fuera una carabina de mortífero alcance—. Cualquier error que cometa dando un sentido personal a las investigaciones, que difiera, no ya del reglamento, sino de mi particular aprobación, va a costarle algo más caro que la chapa del Cuerpo. —El capitán avanzó hasta situarse frente a Martin; éste le llevaba la cabeza. Sus últimas palabras fueron silabeadas—. Gente estúpidamente cabezota como usted está sobrando en la plantilla. Y ahora si cree tener necesidad de hacer alguna pregunta, suéltela rápido; mi prisa sigue siendo la misma de antes.

Theodoro Martin volteó la chapa en el aire, guardándosela en el bolsillo. La decisión que momentos antes estuvo a punto de tomar, tampoco a él le hubiera alegrado. Ahora, sin embargo, tenía los ojos brillantes de excitación.

—Dígame todo.

Hanson le miró en silencio; luego, con la mano le hizo una señal invitándole a sentarse, al tiempo que se parapetaba detrás de la mesa.

—La cosa data de hace unos dos meses. La policía de vigilancia en las costas estuvo a punto de apresar un barco que, a juzgar por las apariencias, trataba de introducir algo clandestinamente. Ya se sospechaba que por esa zona se venía haciendo «contrabando humano». El barco a que hago referencia pudo huir amparado por la intensa niebla que reinaba esa noche. Se perdió más tiempo del necesario al ser abordado equivocadamente un mercante que nada

tenía que ver con el primero. —Clark hizo un pequeño alto, cruzando sus dedos entrelazados sobre la barriga—. Días más tarde se corroboraron las sospechas en torno al barco huido, al arrojar el mar, sobre las arenas de Coney Island, los cadáveres de varias mujeres jóvenes ahogadas.

El viejo Hanson buscaba el efecto, intercalando pausas en su conversación como un *speaker* de radio. Martin pudo oír claramente el vuelo de una mosca planeando por la habitación. El capitán Clark prosiguió:

—De las mujeres no se obtuvo dato alguno que aclarara su procedencia o filiación. Según el dictamen forense, fueron brutalmente golpeadas y luego, probablemente, ahogadas al ser arrojadas al agua. Sólo un pequeño indicio hizo creer, en principio, en la existencia de ese extremo de la hebra que, tirando puede llevar hasta el final; pero el hilo se acaba de romper fatalmente esta mañana. —El capitán de la Metropolitana se prodigó con una nueva y más pronunciada pausa—. Una de las mujeres ahogadas ceñía en su muñeca un reloj de pulsera de tamaño masculino, con un nombre grabado en la chapa interior: Max Corrigan...

Martin no hizo el menor movimiento; parecía como si sus potentes músculos estuvieran moldeados con cemento. La mosca seguía su incursión aérea.

—Iniciada la búsqueda de Corrigan, éste hizo alentar la idea de haber sido tragado por la tierra. Su apartamento, hasta ayer constantemente vigilado, no aportó tampoco nada extraordinario salvo la evidencia de su aparentemente repentina ausencia, tal y como si hubiera dejado sus cosas un momento para salir a comprar, en mangas de camisa, el periódico en el quiosco de la esquina...

Hanson Clark procedió a encender su apestosa pipa de madera, sin denotar en ninguno de sus movimientos la prisa que momentos antes clamara.

—Esta mañana, un policía de servicio en los muelles de Jersey comunicó el hallazgo, de alguien que bien podía ser nuestro hombre. En realidad ya se estaba esperando algo de esto. El asesino no se preocupó lo más mínimo de que Corrigan pudiera ser identificado.

Desplegó a los ojos del agente una tela impermeable de las utilizadas por el departamento para el archivo de objetos

personales, volcando sobre la mesa su contenido empapado y mohoso. No era mucho; una cartera con varios documentos acreditativos, casi ilegibles por la acción del agua, unas fotografías de Max por tierras italianas vistiendo el uniforme de los Estados Unidos, y otra de una mujer joven, sin dedicatoria; varios billetes pequeños y un llavero roñoso. Pero sobre todo esto lo que más atrajo la atención de Martin fue una cartulina de color verdoso, impresa en su cabecera con el llamativo reclamo de un *bookmaker*^[3]. Martin lo reconoció enseguida como un cartón recibo de una apuesta sobre caballos, realizada por medio de algún apostador profesional. El agente expresó sus ideas en voz alta.

—Apuestas sobre caballos, y fotografías de mujeres; dos buenas cosas para quitarse la vida a disgustos.

—La chica de la foto es la misma que fue encontrada ahogada con el reloj de Corrigan —indicó Hanson—. En cuanto a la apuesta, se lee bien claro el domicilio del mediador y el nombre de un caballo. A partir de aquí, la iniciativa es suya. —Dio unas cuantas chupadas a la pipa para concluir de forma sarcástica—. No es mucho; ésa es la verdad, pero para un muchacho inteligente como usted, que un día de éstos se va a comer el mundo, es material suficiente. —Hanson se inclinó nuevamente sobre los esparcidos papeles de la mesa, rubricando la charla—. ¡Ah! Procure no traerme al criminal hasta por lo menos dentro de tres horas; antes voy a estar muy ocupado.

Theodoro Martin levantóse de su asiento, guardándose previamente la mojada cartulina verde y la foto de gelatina resbaladiza. Con el labio superior levantado, esbozó una especie de sonrisa en manifiesta desaprobación a la gracia particular de Hanson, pero éste ya no le miraba, y el agente en dos zancadas fue hasta la puerta.

En la calle paró un taxi, dando la dirección de una hemeroteca pública; ésta aparecía desierta, a excepción de dos jovencitas de ajustado «sweter» que cuchicheaban admirativamente ante un tomo encuadernado de revistas cinematográficas. Martin se acercó a una especie de mostrador, tras el cual se parapetaba un hombre de regular edad y aspecto ictérico.

El agente solicitó un tomo de la revista «Handicap», de facha atrasada, al tiempo que el otro le exigía silencio, apoyando un dedo

sobre los pálidos labios.

Sentado en una mesa al lado de un amplio ventanal, después de depositar sobre el tablero la cartulina verde de la apuesta hallada en las ropas de Max, se puso a examinarla con detenimiento. La acción del agua había hecho la escritura casi borrosa, pero aun así se apreciaba la fecha en que fue extendida, y el nombre impreso del apostador: «Jack Collins». Lo concerniente al caballo ya era más dudoso, puesto que sólo la primera parte de su reseña «Black S...» aparecía legible. No obstante, como dato inicial, era más que suficiente, teniendo referencia de la fecha de la carrera.

Como todo americano, conocía el sistema de apuestas en sus más variados y fraudulentos aspectos. Un *bookmaker*, es un apostador profesional con carácter de «firma comercial» que, ilícitamente en la mayoría de los casos, cuenta con una buena cartera de clientes a los cuales, por medio de circulares, les recomienda un caballo determinado, que según su olfato y referencias va a ganar la carrera. La gente hace la apuesta por mediación suya, y éste se lleva un pequeño tanto por Ciento si da la casualidad de que el caballo gana.

Martin recordaba ahora perfectamente a Jack Collins en sus tiempos, cuando fue el mejor *jockey* que trotó por los hipódromos, y el más grande «tanguista» de la historia hípica. En el año 1935 fue expulsado, y se le retiró el permiso para montar en ninguna pista de los Estados Unidos.

Collins se trasladó a Europa, donde hizo esfuerzos para seguir cosechando dinero y bastantes disgustos, de los que salió milagrosamente, excluido el último, en el que se fracturó más costillas de las que los médicos pudieron curar, sin contar la niña del ojo izquierdo, que finalizada la carrera y por más esfuerzos que se hicieron, nadie pudo encontrar. Según Collins, aquella caída «casual» no estaba en su programa; fuera o no así, lo cierto es que desde ese momento no tuvo más remedio que colgar las bridas por «su propio gusto», aunque es dudoso que en ningún rincón del mundo donde se celebrasen carreras, le hubieran dejado cabalgar ni a lomos de un elefante.

Volvió a América, dedicándose a apostar su propio dinero, que se le acabó de forma rápida; entonces quiso jugar con el de los demás, hasta que casi unánimemente decidieron echarle a patadas

de todas las cuadras, por explotar en provecho propio más de una confidencia «honrada» que dio al traste con algún negocio «estratégico» de la gente de arriba. A partir de ahí se hundió como un trozo de plomo en un pastel de gelatina, acabando en un barrio de Brooklyn donde aconsejaba apuestas a las comadres y algún que otro cabeza de familia que difícilmente hubiera distinguido un caballo de un hipopótamo.

Martin sabía perfectamente todo esto de sus buenos tiempos de guardia raso.

Buscó seguidamente el número del diario correspondiente a la fecha en que estaba extendida la apuesta, consultando los participantes. No tuvo que mirar mucho; en la «Especial para potros de cinco años» figuraba un tal «Black Star». Se puso a examinar la revista siguiente, comprobando resultados, y dio un respingo; el caballo en cuestión figuraba ganador absoluto sobre el segundo colocado.

Según la cotización del vencedor. Max Corrigan había hecho una apuesta que le reportaba la nada despreciable suma de trescientos dólares, y éste no debía ignorarlo, puesto que en ese caso no hubiera existido razón para conservar el resguardo. Pero ¿por qué no lo cobró? ¿Le mataron quizá ese mismo día?

Parte de esas respuestas se le antojaba a Martin que se albergaban en Collins, y sin molestarse en pensar más de momento sobre el asunto, anotó mentalmente la dirección señalada en la apuesta del antiguo *jockey*, a un tiempo que se levantaba perezosamente, arrastrando la silla.

Al ruido, el joven de piel amarilla le chistó con la misma potencia de una turbina a vapor. Entonces Martin estornudó tres veces, limpiándose la nariz con ferocidad, y tropezando por «casualidad» con una escupidera metálica; por último dejó caer a plomo sobre el mostrador el tomo de revistas. Hizo su salida del local, despidiéndose antes cortésmente de las dos jovencitas del jersey entallado, que dicho sea de paso no le hicieron el menor caso. El empleado icterico tuvo que abandonar el mostrador para ir a beber un vaso de agua.

CAPÍTULO II

En un taxi, Martin atravesó el colgante Manhattan Bridge sobre el East River, adentrándose en Brooklyn. Pronto dejó atrás Prospect. Park, para internarse en lo que la gente que huele a colonia da por llamar la parte baja de la ciudad.

El domicilio del apostador estaba enclavado en una de esas típicas calles neoyorquinas, donde si bien es patente la más sórdida pobreza, nadie de puertas afuera parece demostrarlo.

Theodoro se apeó del coche al tiempo que sorteaba un soberbio pelotazo de un pequeño bateador pecos y pelirrojo, tocado con una gorra a gajos de colorines, y merced a unos centavos deslizados en la mano del diminuto jugador de pelota, supo rápidamente el piso en que habitaba Collins.

Franqueado el portal, el policía ascendió por los desgastados peldaños maldiciendo la obscuridad y las coles agrias. Algo debajo de su suela lanzó un doloroso maullido, por lo que dedujo haber pisado un gato. Martin, cuyos pensamientos jamás eran trascendentes, se preguntó por qué siempre en las escaleras oscuras ha de haber gatos.

La escalera acababa en un rellano con una sola puerta, a la que llamó fuertemente con los nudillos. Al otro lado recorrieron un cerrojo, y el batiente se abrió escasamente unos centímetros, por los cuales, a la altura del pecho de Theodoro, brotó una bien dotada nariz. La voz salida del interior semejaba un sostenido de flauta.

—¿Qué desea...?

Theodoro W. Martin pegó una patada a la puerta, viéndose obligado el propietario de las narices a dar un maravilloso salto hacia atrás en provecho de su apéndice nasal. Con la puerta abierta de par en par, el policía se introdujo en la habitación

tranquilamente, curioseando a su gusto, y sin prestar la menor atención al apostador, que todavía sin reponerse de la violenta entrada de Theo respiraba trabajosamente.

El cuartucho constaba de una sola habitación destartalada, dividida por una cortina semidescorrida. Una especie de fogón con una pila de piedra negra repleta de cacharros sucios, contrastaba con el otro medio cuarto destinado por lo visto a dormitorio, oficina, comedor y todo lo que una persona con buena voluntad fuera capaz de imaginarse. En la mesa cuadrada que centraba la singular pieza, descansaba una roñosa máquina de las destinadas a imprimir circulares a mano, y a su alrededor una serie de papeles impresos en magnífico desorden.

Martín tomó asiento con reposada precaución en una de las dos únicas silbas que componían el mobiliario, y alargando una mano cogió una circular recientemente entintada.

—¿Qué desea...? —Volvió a sonar la flauta, con más miedo que indignación.

El policía levantó la vista del panel para mirar al hombrecillo. Escasamente pesaría el apostador unas ochenta, libras, denotando con esto su antigua condición de *jockey*. Llevaba una espectacular camisa a rayas anchas, sujeta con manguitos en el antebrazo. Un bombín generosamente amplio le llegaba casi hasta las cejas, dejando solo al descubierto media cara, que de no ser por sus abultadas narices hubiera resultado de garbanzo. Los pantalones, más anchos que largos y de cualquier forma demasiado grandes para su actual propietario, colgaban sobre su cuerpo merced a unos tirantes con los mismos colores poco más o menos que la bandera de los Estados Unidos.

Martin concentró su atención en la cara del apostador. Sus ojos (uno de ellos de inexpresivo vidrio), saltones y pedunculados como los de una langosta, pendían, cual dos alforjas a ambos lados de la nariz; esta última, puntiaguda y desproporcionada, semejaba un postizo de cera de los empleados por George Arliss para interpretar a Cyrano. Las orejas, en buena armonía con el tamaño de la nariz, sujetaban dobladas el peso del bombín.

—¿Qué desea... si se puede saber?

El policía chasqueó la lengua, al tiempo que balanceaba la circular.

—Collins... ¿Por qué en su «Oferta Especial de Sólo un Dólar» para el Premio Irlanda, aconseja usted a «Umpy Dunty»? Ese caballo no sería capaz de entrar el primero ni aun subiéndolo en la plataforma de un camión.

El apostador, ya rehecho ante las aparentes maneras suaves de Martin, avanzó dos pasos chillando como una corneja, volteando sus escuálidos brazos en el aire como un muñeco de guiñol.

—¡No me importa un comino lo que usted piense!... ¡Yo en mi casa hago lo que me da la gana!

Transcurrieron unos segundos antes de que Theo contestara al furioso personaje; deslizó su mano en el bolsillo, depositando sobre la mesa el cartón de la apuesta encontrado sobre el cadáver de Max Corrigan. La voz de Martin, aunque igualmente reposada que al principio, tenía ahora un timbre diferente.

—No se enoje, Collins... vengo a cobrar una apuesta, de parte de un amigo. El hombrecillo pareció perder algo de su aplomo, contestando evasivamente:

—Las apuestas que yo hago, solamente las pago a los interesados... ¡Además no me gusta usted ni sus procedimientos para entrar en las casas ajenas!

—Mi amigo no puede venir, Collins... —El detective miraba el techo con expresión perdida—. Ha muerto. Lo han matado de forma brutal, por la espalda, echando su cuerpo a donde va a parar la basura de la ciudad... se llamaba Max Corrigan.

Collins, aparentando valor, tragó algo de saliva.

—Esa apuesta ya está cobrada. —Con los pulgares se puso a tensar nerviosamente los tirantes. Su voz de pitó continuó, con frases entrecortadas...— Corrigan no encontraba el cartón... es un buen... digo era un buen hombre... yo lo siento de veras... pero se lo pagué; había confianza.

—Tendrá un recibo, ¿no, Collins?

El otro, retorciéndose las manos sin soltar los tirantes, se puso a maldecir.

—¿Qué diablos le importa a usted, y por qué tengo que darle tantas explicaciones?

El policía se incorporó de la silla pausadamente, adelantándose hacia el apostador; Jack Collins, engallado, no quiso retroceder ni un paso. Le llegaba a Martin justamente a la tetilla.

—Collins; quítese el bombín. —La voz era un tenue arrullo. El interpelado puso sus brazos en jarras.

—¡Yo en mi casa estoy como me da la...!

Su voz quebróse en un hipido agónico, y el bombín surcó limpiamente los aires describiendo círculos concéntricos al mismo tiempo que su cuerpecillo se doblaba en el espacio, formando una perfecta uve con vértice en su estómago. Dio una arcada al rebotar contra la pared a impulsos del inesperado puñetazo.

El antiguo *jockey*, caído en un rincón con las piernas abiertas, los brazos desmantelados a ambos lados del cuerpo, y la lengua fuera, ofrecía el miserable aspecto de un muñeco roto.

—Collins... ¿Me oye?

El aludido, temblando, asintió en silencio, y el detective introdujo la mano en el bolsillo de su chaqueta, mostrando a distancia su placa de agente. El apostador ya conocedor de la personalidad del que le maltrataba, esbozó una mueca esperanzadora. Sabía que un policía no lo mataría a golpes, como pensara aterrorizado en un principio. Martin prosiguió:

—Max Corrigan era amigo mío.

Collins, sin moverse del rincón, intentó abrir la boca, pero el policía le atacó amenazadoramente:

—¡Cállese, Collins; ahora no le pregunto nada! —Enmudeció el otro sumisamente, añadiendo Martin—: ¡Para no pagar a Corrigan los trescientos dólares de su apuesta, le asesinó usted por la espalda!... ¡Dudo, Collins, que haya fuerza humana alguna capaz de salvarle de la «parrilla»!

El aludido tardó unos segundos en comprender perfectamente lo que el agente dijera. Seguidamente sus movimientos fueron un poco difíciles de controlar.

Martin pudo verle de repente en el centro de la habitación retorciéndose en convulsiones epilépticas, al tiempo que juraba, lloraba a gritos y maldecía en italiano.

—¡Madre mía...! ¡Yo lo juro... lo juro por la mía *madonna*...! ¡Yo no he sido... lo juro... lo juro!

Llegó hasta Martin sin dejar de llorar a gritos, y en el modo que se lo permitía sus lágrimas fue contando al policía, entrecortadamente:

—Max hacía a veces apuestas por mediación mía...

Esa vez... esa vez, me dio veinte pavos para que los apostase por... —Hipó— por «Black Star»... Yo creí que ese jaco jamás llegaría colocado, ni aun muriéndose de repente todos los componentes de la carrera... —Meneó la cabeza, confusamente—, pero vaya usted a fiarse de esos bichos.

Se señaló significativamente un ojo, y el policía pudo precisar con detalle el globo ocular de cristal. El apostador seguía hablando entre sollozos:

—Yo, confiado en una confidencia de un buen amigo mío que está en las caballerizas de Sol Woser... aposté por «Magenta»...

—Con un dinero que no era suyo —le interrumpió, por vez primera, el policía.

—¡Hubo tongo, se lo aseguro!... «Magenta» debía ganar aun con sus dos patas delanteras atadas con cuerdas... —Por unos momentos, su sangre de jugador le hizo desplazarse de la realidad, recordando las incidencias de la carrera—... «Black Star», valiente porquería; cuando corre un caballo con los colores de Tarkington, es preferible tirar el dinero a la basura...

—¿Qué Tarkington?... ¿Duke? —Theodoro Martin hablaba con vehemencia—. ¿Se refiere a Duke Tarkington?

Jack Collins asintió, sin dejar de lamentarse.

—Sí; ese fulano alto del pelo blanco, que siempre se está retratando... A esos peces gordos es a los que nadie mete mano...

Pero el agente no le oía; su imaginación se hallaba lejos, dedicada a rememorar demasiadas cosas a un tiempo acerca de un individuo alto y de pelo blanco...

—... somos honrados, siempre pagamos las...

—¿Qué? —Martin, transcurridos unos segundos, volvió a la realidad.

—... que yo le hubiera pagado a Max de todas formas... se lo juro.

—¿Y por qué no lo hizo?

—Se lo acabo de decir... no le volví a ver, hasta transcurridos unos cuantos días... Vino aquí... de noche. Debía andar en un apuro serio... estaba como asustado, y dijo que necesitaba el dinero urgentemente porque tenía que largarse no sé a dónde... Yo en ese momento no contaba encima con la pasta... a esas horas se comprende... —¡Se puso encarnado hasta las orejas, y el policía

pasó por alto la excusa!—. Le dije que lo reuniría, y me citó para el día siguiente en el *cabaret* ese... el «Jolly Rogers»...

—¡No me largue cuentos, Collins, o le cortaré las orejas!

—No es cuento, se lo aseguro... —Tragó saliva con grave dificultad, Levándose la mano al pecho—. Yo le hubiera llevado la pasta ese mismo día, de haberla conseguido... pero me falló un pelanas... da asco cierta gente... y lo sentí. Le juro que lo sentí... Max era un buen chico. Ya no le volví a ver.

Martin cortó su lagrimeante letanía.

—Ni hizo por volverle a ver... ¿Eh, Collins?

—No, no... Yo fui vanas veces por el *cabaret* con idea de pagarle... y lo hubiera hecho...

Se lo juro.

—Y le pagará, Collins. Mucho antes de lo que usted se imagina. De aquí a un par de horas haga que le lluevan del cielo los trescientos dólares. Quiero para Corrigan el funeral más caro que exista en la ciudad, y usted va a costearlo. No quiero «make». (*«Make». Maquillaje. En Norteamérica existe la costumbre de maquillar a los muertos excesivamente desfigurados*), y sí muchas lilas. No sé dónde se vende eso, pero a Max le gustaban.

Le dio la dirección donde se hallaba el cuerpo de su amigo, y al ir a empuñar el picaporte para abandonar la estancia, volviese nuevamente, disparando el dedo a dos centímetros de las magulladas narices, de Collins. Con los dientes apretados, le hizo una última advertencia.

—¡Todo se hará así, y además esta misma tarde! Si no, vaya eligiendo para usted mismo las flores que más le agraden. Del resto de las cosas ya hablaremos.

Él apostador fue a Contestar afirmativamente, poniendo por testigo a su madre y varios santos, más la puerta fue cerrada casi tan violentamente como cuajado en sentido inverso dio paso al policía.

CAPÍTULO III

En la calle, todo seguía exactamente igual; los chicos continuaban su partido de pelota, y el día era limpio como un cristal. Theodoro W. Martin pensó que el mundo debiera ser como un aparato de radio, que uno pudiera graduar a voluntad. Le molestaba el ruido, le molestaban los chicos, y le molestaba el hígado.

Sí; Martin padecía del hígado como un burgués jubilado. Sonrió mientras caminaba hacia el «elevado», pensando que quizá hubiera equivocado su profesión.

Tomó el «elevado» todavía barajando sus particulares ideas y centrando éstas en el hombre alto del pelo blanco, cuyos caballos, según Jack Collins, corrían bastante irregularmente. Exactamente, en Duke Tarkington.

El solo recuerdo de este nombre hízole apretar los dientes. Conoció a Duke mucho antes de qué hicieran juntos la guerra, aunque no tuvo ocasión de tratarle hasta que vistieron el uniforme militar. ¡Qué pequeño era el mundo! Recordaba con precisa claridad los días en que Tarkington llevara por Italia los galones de teniente. A sus órdenes combatieron Max y él, compartiendo entre ambos su antipatía por el despótico personaje. Duke era un abogado de dudosa moralidad. Bastante popular en los bajos fondos. En estas condiciones ingresó en el Ejército. Ahora, a su regreso, detentaba uno de los monopolios del puerto, al socorrido amparo de los Sindicatos del Muelle, acaudillando toda una organización de fulleros y asesinos, muchos de ellos ex combatientes inadaptados, ávidos de ganar dinero e indiferentes por las experiencias personales atravesadas en una cruel y reciente guerra.

Conocía a Duke, sí; y a todos esos hombres de duros instintos que a fuerza de matar amparados por la Ley de una nación en

armas, despreciaban el valor de la vida humana. Para algunos de estos individuos, un muerto más o menos era una simple cuestión de censo. Lo importante radicaba en el dinero, y aun a veces ni en eso.

El que Max Corrigan apostara por un caballo de Duke Tarkington no quería decir nada, sin embargo...

* * *

Para Martin, el objetivo siguiente radicaba en el *cabaret* «Jolly Rogers». Ya era anochecido cuando llegó ante la iluminada puerta del *cabaret*. Conocía el sitio en cuestión por haber estado allí en un par de ocasiones (ninguna de ellas en plan de servicio, por cierto) y la verdad es que el nombre del local iba bien con su apariencia decorativa.

Un portero vestido con un ridículo traje de corsario le abrió la puerta del taxi; seguidamente, una jovencita ataviada al mismo estilo, pero con bastante menos ropa, se hizo carro del sombrero del policía, depositándolo en el guardarropa.

El local presentaba a primera hora de la noche un apagado aspecto, que contribuía a crear en el ambiente cierto aire de aburrimiento. La orquesta muy a tono, tocaba esa canción que estuvo de moda el año de la crisis, titulada: «Ya no tenemos bananas».

Theodoro Martin acercóse a la barra, tomando asiento sobre un taburete que simulaba un barril de pólvora. El recinto, decorado más a base de dinero que de buen gusto, tenía todas las características de un galeón pirata. Escalas de cuerda, fanales, ruedas de timón, bicheros, ganchos de abordaje y varias cosas más que Martin recordaba haber visto en alguna película en technicolor. El barman, un «moreno» con disfraz a la usanza del local, agitaba una coctelera con más aire profesional del preciso. Martin le hizo señas con el dedo para que se acercara, y llamó:

—¡Eh, John...!

El otro acudió con cara de pocos amigos.

—Yo no me llamo John^[4].

—¡Oh! —El policía chasqueó la lengua—. Está bien, John: no hay que molestarse por tan poca cosa. Yo, una vez, conocí a un

muchacho de Harlem que era barman, y además se llamaba John.

El de color, apoyadas las manos sobre el mostrador, atajó, secamente:

—¿Qué va a tomar?

Theo Martin se puso a pensar unos segundos, fijando sus ojos en los del negro; acto seguido pronunció, con acento cortante:

—Cualquier cosa, John. Lo que tomaba Max Corrigan.

El barman parpadeó unos instantes, abriendo la boca entre sorprendido y desconcertado fue solo unos segundos, sí, pero Martin, atento con sus cinco mentidos a la reacción de su pregunta, comprobó que había dado en el blanco: el negro, indudablemente, había oído hablar de Corrigan en alguna ocasión. No obstante, fingió no darse por enterado.

—No sé quién es ese señor que usted dice, ni lo que tomaba. — Adoptó un tono profesional para añadir seguidamente—: Le serviré un «Flynn», especialidad de la casa.

Theodoro W. Martin extrajo del bolsillo de la americana su «ábrete sésamo»: luego llamó al barman, que vuelto ahora de espaldas disponíase a preparar la bebida.

—¡Eh, John!

El negro giró con gesto como si le apretara el cinturón, y vio al policía que, burlonamente risueño, oscilaba el dedo pulgar indicándole que se acercara.

Una vez lo tuvo delante, Theo levantó la mano lo suficiente para que el contrariado «pirata» viera la placa. El policía sacó una voz rebuscadamente paternal:

—Escucha, John. Si Max Corrigan venía por aquí, me lo puede decir cualquiera; y si ese cualquiera resulta que no eres tú que me has resultado más simpático que los demás y luego saco en consecuencia que «tú» le conocías, te voy a dar una colocación fija en Welfare Island^[5] para que prepares «Flynn» durante una buena temporada.

El aludido tragó saliva, poniendo cara de asustado.

—Yo no sé nada, señor, se lo juro..., nada que no sepan los demás... pero comprenda el señor que yo aquí tengo que tener ojos y oídos tapados... Uno no debe buscarse líos..., señor.

—Pues te estás buscando uno y bastante gordo. «Chocolate». El «pirata» tartamudeó, llevándose la mano al corazón.

—No..., no..., señor. Yo... yo le diré lo que sé: No faltaba más, señor. Si usted le hubiera dicho a Jorge (me llamo Jorge, señor)..., si usted le hubiera dicho a Jorge que era policía, Jorge le hubiera informado con mucho gusto desde el primer momento.

—Está bien; John. Desembucha de una vez. Jorge empezó a charlar como un papagayo.

—Sí, señor. El señor Corrigan venía por aquí bastante a menudo, siendo siempre bien recibido, sí, señor. Era muy buen hombre, y daba magníficas propinas. ¡Ya lo creo...! La última noche que estuvo aquí, llevábamos sin verlo por lo menos una semana. Esa noche estaba muy preocupado; se sentó a la barra, exactamente donde está usted. —Martin se revolvió en su asiento—. Luego preguntó por el señor Fabian... Mike Fabian, el amo de esto. Estaba muy nervioso... miraba a cada momento el reloj..., sí, señor, lo recuerdo perfectamente; parecía como si esperara a alguien. Vino Anne, la muchacha que viste a la señorita Greyson. Le dijo que su señora estaba indispuesta en su camerino, pero él no hizo mucho caso, y permaneció sentado pidiendo más *whisky*. Al cabo de un rato, la señorita Greyson salió a interpretar su número..., ese de la mariposa, con luz negra.

El barman se detuvo unos instantes, imprimiendo a su relato un tono lúgubre.

—El local se quedó a oscuras como de costumbre, sólo con la luz esa rara, que parece que no sale luz ni sale nada... Fue, entonces, cuando se oyó el ruido..., sí, señor..., a mí se me pusieron los pelos de punta, porque sabía que ocurría algo malo...

Theodoro Martin le interrumpió para preguntarle, interesado:

—¿Qué ruido fue ése, muchacho?

Esta vez no dijo lo de John, y el otro sonrió complacido.

—No es que fuera nada de particular, pero los ruidos se distinguen cuando son malos..., sí, señor. Se oyó estrellarse contra el suelo la copa que tenía el señor Corrigan, y el taburete sobre el que estaba sentado se vino abajo. Luego, el señor Corrigan dio un quejido..., un grito como de mucho dolor o de mucho miedo..., tal vez ambas cosas; Sí, yo sé distinguirlo. ¡Ya lo creo! Las luces se encendieron rápidamente, y todos vimos lo mismo... —Jorge se pasó la mano por delante de los ojos, como si intentara apartar una visión desagradable—. El señor Corrigan estaba agachado, con una

mano en el estómago... Levantó la cabeza mirando hacia todos los lados, igual que un animal acorralado, y echó a correr locamente hacia la puerta, tirando a su paso mesas y sillas como si fuese ciego... El portero dijo que una vez en la calle se perdió en la obscuridad corriendo, como si pegado a sus talones llevara al mismo demonio... —Hizo una pausa, meneando la cabeza—. Fue una pena, sí señor... Yo lo apreciaba mucho.

Martin sentía en sus arterias un cosquilleo como si la sangre le hubiera entrado en estado de ebullición.

—¿Quién estaba al lado de Max Corrigan cuando apagaron la luz, Jorge? El negro frunció la frente, intentando recordar.

—No creo que hubiera nadie. El señor Corrigan estaba en este ángulo, me parece que solo; cuando se encendió la luz puedo asegurar que sí. La gente que bailaba, al anunciar el de la orquesta el número de la señorita Greyson, fue tomando asiento en las mesas..., pero quienquiera que se lo hubiese propuesto, con la luz apagada hubiera podido llegar hasta el señor Corrigan desde el último rincón del local. Luego fue todo ya más confuso. El público se puso en pie, transcurriendo un buen rato antes que volviera la calma..., sí, señor. La señorita Greyson no bailó más en toda la noche. Estuvo con varios ataques de nervios, tomando calmantes... y vasos de *whisky*. Ésa es la verdad, señor..., se lo juro. Cualquiera se lo puede a usted decir.

Martin sabía que cuanto el negro había hablado era cierto. Hizo una nueva pregunta.

—¿Quién es la Greyson?

—La señorita Mayra Greyson, señor..., ya se lo he dicho, la bailarina...

—No, no. Quiero decir, si tenía esta algo que ver con Max Corrigan. El negro movió la cabeza, encogiéndose levemente de hombros.

—Mire, señor..., yo de eso no sé nada. La señorita Greyson es la novia del amo, el señor Fabian... Desde luego, se conocían, eso sí..., pero yo no sé más —guiñó un ojo significativamente—. El señor Corrigan era un simpático muchacho..., ya lo creo. Pero comprenda, señor, que tratándose de la novia del jefe..., ¿yo no sé nada?

El policía sonrió afablemente al barman.

—Ya comprendo, Jorge. Ahora dime por dónde se va al camerino de la Greyson.

El aludido, bajando la cabeza, fingió que limpiaba el mostrador pasando un paño blanco. Habló con un susurro de voz.

—El pasillo del fondo; al final, la puerta de la derecha —luego añadió, con acento suplicante—: Por favor, señor, tengo familia que mantener, y al señor Mike Fabian no le gusta que nos metamos en las vidas ajenas. Comprenda...

—No te preocupes, Jorge; yo sólo he hablado contigo de una rubita irlandesa que solía venir por aquí. —Se levantó de su asiento, al tiempo que recordaba algo—. ¡Ah! Y prepárame un «Flynn» de éstos para cuando salga...

Fue hacia el pasillo, hasta dar con la puerta que Jorge le indicara. Estaba entreabierta, y Martin, empujándola, pasó sin llamar. Dentro del camerino sorprendió a una mujer con una bata larga bastante entreabierta sentada frente a un espejo. Ante la inesperada entrada del policía se puso en pie de un brinco, cerrándose instintivamente el kimono con una mano. Tenía el pelo largo y rubio (Theodoro Martin supuso que teñido, puesto que a él las rubias teñidas le atraían, bastante más que las naturales) ojos grandes, redondos, intensamente azules. Lo demás, para la apreciación del detective, resultaba extraordinariamente aceptable. La mujer despedía vitriolo por sus pupilas.

—¿Es que no tienen puertas en su casa, so chimpancé, o tal vez se ha educado en la selva?

Theodoro Martin hizo oídos sordos a lo de «chimpancé», y sentándose tranquilamente en un silloncito, intentó parecer simpático sin poner en ello mucho, entusiasmo.

—No se enfade, Mayra. Sólo vengo a charlar un ratito con usted.

La aludida cogió el cepillo del pelo, esgrimiéndola amenazadoramente, y el policía pensó que ambos habíanse ido a encontrar en bastante mal momento; desde luego, consideró que se excedía al oírla decir:

—¡Largo de aquí, gusano..., y la próxima vez aprenda a entrar en el cuarto de una señorita!

Ser gusano y chimpancé a un mismo tiempo, es una mala cosa; a Martin por lo menos no le gustaba; por tanto, fue directamente al granó, temiendo que el ambiente se enrareciese más.

—Yo era amigo de Max Corrigan. Deseo hacerle solamente unas preguntas.

Algo hizo variar la postura de ella, aunque tratara de disimularlo; no obstante, su acento continuó agresivo.

—¡Si tiene interés en saber algo acerca de ese señor, pregúnteselo a él directamente! Yo no soy una agencia de informaciones.

Theodoro Martin notó que empezaba a perder la paciencia.

—Max Corrigan ha muerto asesinado..., lo sabe usted, y lo saben ya hasta las ratas... Mayra Greyson pareció dudar durante unos momentos; luego, sin soltar el cepillo, preguntó:

—Bueno... ¿y se puede saber quién diablos es usted para hacer preguntas?

—Ya se lo he dicho; un amigo de Max. La bailarina puso la mecha al polvorín.

—De cualquier forma no me es usted simpático. ¡Lárguese o llamo para que lo echen!

Y así fue cómo explotó la dinamita. Martin la sujetó del cabello, dándole un par de sonoras bofetadas. Esperaba que esto la pusiese más razonable. Eso esperaba; y el resultado fue prácticamente contrario.

La chica debía estar avezada a tales lides, porque su reacción resultó igual a la de un toro con un avispero al rabo. Tendió las uñas a la cara de Martin que se hizo bruscamente a un lado, y Mayra, impulsada como un dardo, fue a dar de lleno con el espejo del tocador, que saltó hecho añicos a efectos del batacazo. El repertorio de insultos era de, lo más antiacadémico que Martin recordara desde la guerra para acá. El cepillo salió directo a la cabeza del policía, esquivando éste el proyectil con más suerte que pericia. Luego, siguieron varios frascos, que al romperse contra la pared esparcieron por la habitación un conjunto dulzón de perfumes.

Por encima del estruendo de cristales dominaba la voz de la irascible rubia con la misma potencia que una sirena de vapor. El detective, cubriéndose con una silla, hizo dúo a la rubia, empezando a maldecir roncamente. Temía que de un momento a otro acudiera gente atraída por el escándalo; por ello quiso coger a la bailarina, con intención de taparle la toca. Sólo pudo adelantar

un pie en cumplimiento a sus propósitos, porque la puerta saltó a un lado, dando un latigazo contra la pared como impulsada por un ciclón.

Martin brincó a su derecha, volviendo la espalda a la bailarina con el tiempo justo para presenciar la irrupción de una mole de más altura que la propia puerta, dirigiéndose a él como un elefante furioso; sin tiempo para frenar su arremetida, rodaron los dos hombres por el suelo.

El policía fue más rápido en incorporarse de un salto, al mismo tiempo que el otro conseguía atraparle un pie, intentando retorcérselo. Martin dio una tijereta en él aire, coceándole con fuerza en la cara, soltando el gigante su presa para llevarse las manos al rostro con un berrido de dolor y rabia. Theo Martin, apoyado contra la pared, quedó a la espera de una nueva embestida.

Toda la habitación semejaba ahora el escenario de un terremoto en su período más violento. La mujer, desde el otro extremo de la habitación, chillaba presa de un histerismo rabioso.

—¡Aplástale...! ¡¡Rómpele todas las costillas...!!

El hombre se puso en pie despacio, sacudiendo la cabeza medio aturdido. El agente le contempló avanzar acelerando su respiración y en tensión todo su sistema nervioso. Su contrincante, técnicamente hablando, tenía todas las características de un peso pesado, con unos hombros que tapaban a la vista de Martin, por lo menos media habitación. Las manos negras de vello, le llegaban casi al suelo. Pero lo más imponente era su cara; chata, aplastada, con bestial prognatismo, labios como morcillas, y los ojos pequeños y redondos, casi sin párpados.

El mastodonte abalanzóse sobre él resoplando como una locomotora, alentado por los gritos de la mujer. Al apoyarse en la pared, las manos del policía tropezaron con la barra de un toallero; se aferró firmemente al mismo, dando un brinco con los dos pies juntos hacia delante. La cox, dio de lleno en el estómago del coloso, que hipó, angustiosamente salpicando a Martin la cara de saliva. El gigante fue violentamente proyectado hacia atrás, vendo a estrellarse su cabeza contra el borde del tocador.

La madera crujió al ser astillada, y varias bombillas que aún permanecían sanas alrededor del destrozado espejo, dejaron de

estarlo, apagándose a efectos del topetazo.

Martin de pie, tambaleándose ostensiblemente, ganó tiempo para tomar aire a todo pulmón en espera de que el otro se levantara, más el gorila, con la cabeza abierta como una sandía, no se movió del suelo, y el policía pudo respirar a su antojo, dando gracias a su ángel tutelar por tan milagroso K. O. Luego, acercóse hasta la bailarina sin que ella, aterrorizada, hiciera nada en esta ocasión por defenderse; levantó la mano, y ladeando el cuerpo, con toda la fuerza de que en este momento era capaz, estrelló su palma abierta contra la cara de la muchacha. (Theodoro Martin estuvo recordando esto hasta mucho tiempo después, con molesta vergüenza, como la bofetada más sonora que oyera en su vida).

La chica exhaló un gemido, yendo a parar al montón de ropa, y el policía se despidió con rebuscada afabilidad.

—Hasta luego, guapa.

El gorila continuaba, afortunadamente, caído. Martin no quiso perder más tiempo, y salió al pasillo dando bandazos como un marinero borracho en plena travesía; arreglóse un poco el pelo, y poniendo en orden la corbata, hizo su entrada en la sala de baile.

La animación era ahora extraordinaria y la orquesta tocaba algo a base de arpegios detonantes.

Al pasar junto a la barra sorprendió al negro contemplándole con ojos muy abiertos. Delante de sí, tenía un vaso de alargada talla con un brebaje de color indefinido. Al policía le vino a la memoria la bebida encargada, cosa que agradeció, perdiendo muy a gusto unos segundos. El contenido del vaso fue a su estómago de un trago, notando cómo un chorro de hierro fundido a todo lo largo de su esófago. Dio un soplido, y con voz ahogada preguntó al negro:

—¿Qué es esto, John?

—Un «Flyn», señor; especialidad de la casa.

Theodoro Martin puso un billete sobre el mostrador, y meneó la cabeza con aire apenado.

—Que Dios te perdone, John. Luego, ganó la salida.

CAPÍTULO IV

En la calle, con el fresco relente de la noche y la «bebida especial de la casa», bulléndole en el estómago, encontróse más reanimado fue a parar un taxi, pero prefirió andar algo, oxigenando así sus pulmones calle arriba, como un sonámbulo, sin querer pensar en nada por el momento.

Una ligera brisa con olor a tierra mojada venía del Central Park. Theodoro Martin arrastraba sus pasos con pereza sobre el asfalto gris de la calle.

A sus espaldas oyó el deslizar rápido de unos neumáticos avanzando a gran velocidad sobre el húmedo pavimento. Algo intuitivo le previno, poniendo en tensión todos sus músculos. Los ciegos, y los hombres que van a la guerra, son los seres que mejor consiguen desarrollar un sexto sentido, ese instinto de los perros, y que dirige por el mar infinito la trayectoria de las aves. Martin se sintió embutido en un uniforme polvoriento y con un casco de acero sobre sus sienes.

Fue una fracción de segundo, lo suficiente para que el ex combatiente saltara con agilidad de gato, cuerpo a tierra sobre la calzada, al mismo tiempo que la aleta de un coche lanzado a toda velocidad le rasgaba la pernera del pantalón, sin causarle ni el más leve arañazo. Se aplastó contra, el suelo, cubriéndose con ambas manos la cabeza, en tanto que la rueda de atrás sólo le rozaba milagrosamente. Del automóvil partieron varios disparos que zumbaron como moscardones por encima del cuerpo del policía, sintiéndolos perforar la luna de un escaparate. El polvillo del vidrio le llegó hasta la cara. Todavía permaneció en su tumbada posición varios segundos; cuando intentó levantar la cabeza, el coche se perdía en la obscuridad.

Varias personas surgieron como por ensalmo de diversos lados de la calle. Alguien vino en su ayuda, al mismo tiempo que decía algo como: «Está vivo». Theodoro, con una sonrisa nerviosa de agradecimiento, se puso seguidamente a limpiar de barro su traje. Una voz sugirió la conveniencia de avisar a un policía; pero por encima de los excitados comentarios, lo que más destacaba era los ayes de un hombrecillo tocado con lentes y una bata que, normalmente, debiera ser blanca. Martin adivinó en él, al dueño del establecimiento en cuya luna fueron a estrellarse los balazos destinados a su cabeza; el agente se dirigió a éste:

—¡Deje usted de lamentarse, y alégrese de no tener un muerto, por lo menos tres horas delante del escaparate!



El tendero, atento a lo que más le convenía, gesticuló expresivo:

—¿Y a mí quién me paga mi escaparate? ¡Pudo elegir otro sitio para ventilar sus asuntos personales!

Theodoro Martín, comprendiendo que nada sacaría de allí en limpio, echó a andar abriéndose paso entre los curiosos; detrás quedaban los lamentos del dueño del establecimiento. Estaba cansado y le dolía todo el cuerpo, imposibilitándole coordinar sus ideas. Mandó al diablo todos sus rompecabezas; y detuvo el primer taxi que se le puso a tiro.

Al llegar a su casa, fue despertado por el taxista.

—¡Eh, compañero..., se acabó la juerguecita; ahora a «dormirla»!

El detective sonrió mientras subía las escaleras, pidiendo a Dios que, en lo sucesivo, sus juergas tuvieran un poco menos de «movimiento».

* * *

La mañana siguiente sorprendió a Martin lleno de parches y buenos propósitos. Al llegar al funeral de Max Corrigan a la hora en punto, encontré el lugar más concurrido de lo que él se imaginara. Los reporteros gráficos hacían su consabida guardia a la puerta del local de pompas fúnebres.

El gerente de la firma «Mortimer» Popins («Deje en nuestras manos su amado difunto»), se movía de un lado para otro, dando órdenes con acento solemne, como un mariscal en pleno campo de batalla. Martin, a quien en los sepelios se le desarrollaba inevitablemente un cómico sentido crítico, pensó si el seco y enlevitado maestro de ceremonias acudiría en alguna ocasión a ver una película de Abott y Costello.

—¿Qué hay. Martin? ¿Estuvo usted anoche en algún baile de máscaras?

El aludido sin necesidad de mirar de dónde provenía la voz adivinó la presencia de Hanson Clark, y tragó saliva antes de responder:

—Un coche con intenciones de apisonadora. Si me descuido, tiene usted hoy por la mañana dos funerales...

—Dudo que se muera antes de haberme matado a mí a disgustos. Supongo que tendrá algo que contarme, ¿no? Mi dirección sigue estando en la Jefatura, por si no lo recuerda.

El tono habitualmente sarcástico de su superior, sacaba al detective de sus casillas, por lo que con el pretexto de saludar a un periodista se alejó del lado del capitán de policía.

Seguidamente, el órgano hizo sonar las notas del himno «Más cerca de ti, Señor» y Theodoro Martin sintió un nudo en la garganta. El perfume de las lilas trajo hasta él recuerdos de la lejana Italia.

El órgano calló, y el reverendo púsose a hablar del alma y el Más

Allá, escuchando Martin con interés respetuoso. Alguien chistó detrás, y descubrió a su espalda la diminuta estampa de Jack Collins. El *bookmaker* infló su esquelético pecho como un pavo vanidoso, dando a entender que había cumplido con lo prometido.

El policía, abriéndole paso, llegó hasta el ex *jockey*, que bombín en mano mostraba su cara llena de tafetanes. El apostador susurró al oído del detective, poniéndose de puntillas:

—Es de Primera Clase. El fulano de la levita me dijo que no lo había mejor. Puede enterarse. La música y las flores son aparte. — Sonrió, acentuando más su fealdad—. Está bien la cosa, ¿eh...?

Y lo que dijo a continuación, sorprendió al detective:

—Tengo algo importante que contarle... No obstante, hasta esta noche no puedo confirmarlo. No deje de ir a mi casa, sobre las nueve.

Al volver la cabeza pareció sobresaltarse. Theodoroladeó el cuello para mirar en la misma dirección, descubriendo sorprendido a Duke Tarkington en persona. Éste, dio cuenta a Martin de haberle reconocido, dedicándole una amplia sonrisa, que el policía contestó con un leve movimiento de cabeza.

Fue a preguntar algo a Collins, pero el ex *jockey* habíase esfumado como si hubiera visto al mismo demonio, o... ¿a Duke Tarkington...?

Nuevamente, miró de reojo a Duke, reconociendo con éste a dos de sus antiguos compañeros, que sabía actuaban ahora a las órdenes del pandillero en calidad de guardaespaldas.

Se sintió apesadumbrado. Recordaba a Thomas Kent, el gigantesco tejano con cara y espíritu de colegial, siempre soñando con regresar a su pequeño rancho en compañía de su viejo y un hermano pequeño al que enviaba postales de las playas italianas, como si su estancia por tierras de Europa en aquella época bélica, fuera consecuencia sólo de un viaje turístico. Texas estaba muy lejos de Nueva York, y «El sargento Athos» (como apodaban en aquellos días los chicos a Kent), no mostraba ahora mucho interés por vestir el pantalón de vaquero y tostarse al sol de «La estrella solitaria^[6]».

Del otro acompañante de Duke Tarkington (Sam Lager, le parecía que se llamaba), sólo recordaba que para mejor extraer una sortija que ceñía el anular de un soldado enemigo muerto, se lo había cercenado, apropiándose de la insignificante alhaja, con la

voracidad de un ave de rapiña. Entonces, Martin conformóse con partirle un par de dientes, sin que nadie más supiera del asunto; ahora lamentaba no haberle matado, trinchándole con la bayoneta como a una rata.

En estas reflexiones terminó la ceremonia, y la gente, después de despedirse entre sí, fue desfilando hacia la puerta.

Fuera del local, Duke Tarkington, desde un flamante «Cadillac» con la puerta entreabierta, le llamó, saludándole por su nombre:

—¡Eh, Theodoro Martin! ¿Cómo le va, muchacho?

Al policía no le hizo gracia la confianza, aunque acató estrechando sin gran entusiasmo la mano que el otro le tendía.

—Bien, Duke. —Se puso a mirar el coche—. A usted mejor todavía... ¿No? Tarkington sonrió festivo.

—Vaya; las cosas no marchan mal, por el momento. En esta vida no todo ha de ser guerra y salchichas en lata.

Desde el interior del automóvil, Thomas Kent saludó al policía con sincero agrado, apretando efusivamente su diestra; Sam Lager, por el contrario, contrajo con desgana su cara de raposa, mirando al detective con hostilidad manifiesta. Tarkington seguía hablando con el mismo tono que suelen emplear varios amigos al encontrarse nuevamente en unas bodas de oro, o una fiesta de cumpleaños.

—¿En qué dirección va, muchacho?

Theodoro Martin dio una completamente opuesta a su verdadero itinerario, pero el otro debía tener especial interés en seguir departiendo, porque le atajó rápido:

—¡Magnífico! Nosotros no vamos muy lejos de su destino, y podemos dejarle de paso; gusta volver a ver a los viejos camaradas. —Se dirigió a los otros dos, preguntando—: ¿No es cierto, muchachos?

Ambos respondieron con muy diferentes grados de entusiasmo.

Hanson Clark, desde el otro lado de la calzada, observaba con disimulo la escena; Duke pareció darse cuenta, porque preguntó con sorna:

—¿Qué le pasa, chico? ¿Tiene que pedir permiso...?

La sonrisa de Martin fue una fugaz exhibición de colmillos cuando se introdujo en el auto, tomando asiento al lado de Duke.

El coche arrancó, enfilando Columbus Avenue en dirección a la catedral de St.

John. Tarkington dio una palmada afectuosa en la rodilla de Theodoro.

—Bien, muchacho... ¿Continúa de guardia?

Martin pasaba la saliva como el que ingiere clavos.

—Soy agente de policía..., Tarkington.

—Vaya, eso está mejor. En una ciudad como ésta, todas las autoridades son pocas.

Los otros dos acompañantes sonrieron con gesto idiota, y Martin pensó que Duke se estaba excediendo al tomarle el pelo tan abiertamente. Su hígado parecía no querer funcionar, y el drenaje de su sangre se volvió más dificultoso, acelerando con esto sus pulsaciones. Tarkington añadió, con aire convincente:

—Sin embargo, Martin, no creo sinceramente que le compensen los riesgos en su profesión; por una medalla sólo sé juega uno la vida en la guerra y esto claro, procurando ir a ella una sola vez.

El policía, mirándole fijamente a los ojos, habló con firmeza.

—Hasta donde llegue, Tarkington, lo haré con la conciencia tranquila.

—Bien; cada cual lucha..., o muere, por lo que más le gusta. Se hizo un silencio en el coche, que volvió a romper él mismo:

—Habrá sentido lo de Max, ¿eh, Martin? Ustedes eran muy amigos. Theodoro accionó la palanca de las bombas:

—Usted también, Tarkington. Con Max pierde un eficaz colaborador. El abogado se puso repentinamente serio.

—No le entiendo, Martin. Éste fue al grano:

—Corrigan trabajaba para usted. ¿No, Tarkington?

—¿Qué es esto, un interrogatorio?

—Tómelo como quiera.

—Martin, siempre fue usted un mal soldado, haciendo y diciendo, tonterías que nunca le favorecieron... —Marcó un ligero alto para acabar con acritud—: Por lo que veo, no ha hecho usted el menor progreso.

Él interior del coche se iba caldeando como un horno panificador; no obstante, Martin hizo lo posible por no salirse de sus casillas.

—Estoy con el asunto Corrigan, y... ¡por Dios que pienso arrollar hasta el más remoto sospechoso...!

Tarkington mandó parar el auto. Luego, dirigiéndose a Martin:

—Le invité a subir a mi coche para charlar amistosamente. Si desea seguir en él, será exclusivamente en ejercicio de sus funciones, y en contra de mi aprobación personal.

El policía hizo un gesto negativo con la cabeza, pulsando el abridor del coche.

—No, Tarkington; la encuesta policial la dejo para nuestra próxima entrevista, que será muy pronto; se lo aseguro.

Echó pie a tierra, en tanto que el otro le decía desde el interior del vehículo, en tono de desafío:

—¡Cuando guste, Martin! ¡Y sujétese bien la chapa, no vaya a perderla!

La respuesta del policía fue cerrar la puerta de un golpe. El coche arrancó con un *reprise* veloz, para perderse doblando por St. Nicholas Avenue.

Theodoro bullía de rabia en su interior, exacerbado en parte por la inmunidad de más de un pandillero, que como Tarkington alardeaba todavía de poseer influencias. El iría hasta el final, y Duke lo sabía. Si éste tenía algo que ver con lo de Corrigan, le iba a traer más cuenta morir de repente.

CAPÍTULO V

Cuando Martin marchaba hacia la Jefatura, el solo pensamiento de tener que enfrentarse dentro de unos minutos con el viejo Clark, acentual a sobremanera su mal humor. No era mucho lo que iba a decirle, y, por tanto, bastantes los gritos que habría de aguantar. Repasó una vez más los hechos ocurridos en las últimas veinticuatro horas, y eliminando las magulladuras, del resto de las cosas tampoco se daba por satisfecho.

Empezó a dolerle la cabeza en el feliz instante en que arribaba al Departamento.

Ante la puerta de cristales, del capitán Clark hizo alto para llamar suavemente con los nudillos, recibiendo como orden para franquear la entrada, un gruñido que Theodoro interpretó a las mil maravillas.

El viejo, ante un montón de papeles, fumaba su nauseabunda pipa. Levantó al cabo unos instantes la vista hacia Martin, y volvió a sumergirse en las cuartillas apretando con los labios la cachimba, como si en su interior acabara de descubrir veneno. Martin, reciente su entrada, se encontraba todavía rebosante de paciencia.

—Aquí estoy...

—Ya le he visto. Siéntese a que acabe de repasar esto. Después de hablar con usted, sólo estaré en condiciones de tomar bicarbonato.

Si desde un principio hubiera empezado a gritarle, habría sido mejor; a Martin le sabía a rayos que el viejo Hanson le tratara como si fuera un reo en capilla.

—Si no sabe lo que he hecho, difícilmente puede estar enojado conmigo.

El otro levantó de nuevo la cabeza, montando una forzada

sonrisa a horcajadas sobre su pipa.

—¿Ah, no...? —Tendió al joven un papel—. Tenga, lea, amiguito..., si no se le ha olvidado a usted desde que se aprendió el reglamento.

Antes de meterse con el texto, Martin pudo darse cuenta que era un impreso como los empleados para formular denuncias. A partir de eso, su hígado empezó a comportarse absurdamente. Theodoro sumergióse en la lectura, aun a pesar de haber adivinado de antemano su contenido. La denuncia la firmaba un tal Mike Fabian, acusando a un maleante cuya descripción coincidía exactamente con sus señas, de destrozos en su local por valor de una respetable cantidad de dólares. El detective cerró los ojos, evocando análogas situaciones de su mocedad, cuando su padre intentaba hacerle comprender, lo poco bien que estaba aquello de meter una rata viva en el buzón de la señora Herbet, dado el caso que una rata cuando muere no sabe si lo hace a la directora local de la «Sociedad Protectora de Animales y Plantas».

Theodoro Martin recordaba ahora esto, intentando aliviar con retrospectivos y encantadores momentos infantiles, el chaparrón de voces que hacían trepidar la silla sobre la cual estaba sentado, como si viajara en motocicleta.

—¡¡Pero me está escuchando usted, o es que le molesta el humo del tabaco...!! Martin estuvo a punto de decirle que sí; luego, negó con cara contrita:

—No..., no señor...

—¡Martin, le hablo en serio! ¡«Estoy a punto de quitarle el caso de las manos..., y no me venga con historias de devolver la chapa, porque como esto que le anuncio ocurra, lo que tendrá que quitarse de encima será un expediente más alto que el Empire State»! — Jadeó unos segundos, para proseguir en una octava más alta—: «¡Yo me pregunto, Martin, quién fue el animal eme le quitó a usted el uniforme de guardia! ¡Dios del cielo; y que no haya nada que investigar en el Antártico!...».

«Decididamente el fulano ese de Fabian era un marrano, y el gorila... otro, y la chica...».

—¡Queda bien advertido; si quiere hacer películas como camorrista, se marcha usted a California...!

—Fue un «mastín» de más de doscientas libras el que empezó el

lío. Yo sólo estaba diciéndole a la chica que a un policía no se le debe mentir y...

Hanson le cortó, frenético:

—¡Cállese! ¡Usted no le dijo a nadie que era policía! —Agitó la denuncia delante de sus narices—. Tardaría en explicarle cómo tengo esto en mi poder, pero siempre será bueno que recuerde que el Cuerpo no funciona sólo gracias a usted. Y ahora, si no tiene inconveniente, hableme de quién diablo es el gorila ese, y la chica..., y lo que se le perdió en el *cabaret* de Fabian.

Theodoro carraspeó antes de comenzar el relato. Clark, durante la exposición verbal del joven, emitía gruñidos apretando la pipa entre los dientes, rubricando significativamente el visto bueno.

Al acabar el policía su informe, el viejo permaneció más de diez minutos royendo la pipa como un ratón, con la mirada perdida en el papel de la pared.

—¡Martin!

—Dígame, capitán.

—Debe usted volver al barco pirata ese cómo se llame, e interrogar a Mike Fabian a la chica que baila, y a todos los gatos que sean capaces de aguantarle sin intención de romperle la cabeza. Repase la ficha de Duke Tarkington, y vaya también a visitarle atándose bien los zapatos; ese zorro tiene mucha madriguera, y yo no quiero ridículos. —Varió el tono para advertir agriamente—: ¡Y recuerde bien, Martin: ni líos, ni esparadrapos! ¡Particularmente me importa un comino su físico, pero por razones de estética no me interesa que mis hombres parezcan *sparrings* de a dólar la hora!... Y ahora lárguese con viento fresco; me está volviendo el amago... El «amago» era su estómago. Theodoro comprendía el vocabulario del viejo estupendamente; por tal motivo, cuando éste gruñó despidiéndole, el policía caminaba ya por el pasillo, hacia la ansiada luz diurna.

* * *

Un taxi, guiado por un chofer bastante parlanchín, condujo al detective hasta la misma entrada del «Jolly Rogers». No esperaba encontrar al dueño del *cabaret* a esa primera hora de la mañana, aunque quizá pudieran indicarle su domicilio, y el de la bailarina.

El local veía ahora paradójicamente invadida su pista por varias fregonas negras, sin más ruido que el producido por las aspiradoras eléctricas al deslizarse en el suelo. Sin luces indirectas ni estratégicos focos, la escayola del decorado tenía ese aspecto frío de un escenario abandonado.

—¿Qué desea?

El detective vio a su espalda a un individuo de descarado aspecto, con el sombrero echado sobre la nuca y las manos metidas en los bolsillos. A juzgar por el movimiento oscilatorio de sus mandíbulas debía tener por lo menos cinco pastillas de chicle en la boca.

—Quiero ver a Mike.

—¿Para qué?

—Eso es asunto mío... ¿está o no?

El hombre del sombrero caído se balanceó sobre sus tacones intensificando su masticado, como si por su parte ya estuviera dicho todo sobre el particular. El policía sacó la mano de su chaqueta enseñando la chapa, quedándose con unas feroces ganas de hacerle tragar la goma acompañada de un par de dientes, más el individuo, a la contemplación del trozo de metal estampado cambió de postura rápidamente, dejando de balancearse. Se puso bien el sombrero, y dijo con acento más correcto:

—Espere un momento; voy a ver.

Pese a la formularia intención del «masca-chicle», respecto a averiguar si estaba el jefe, el detective ya no dudaba de su presencia en el local. El de las mandíbulas inquietas salió, confirmando la creencia del agente.

—Oiga, amigo..., por aquí.

Señalaba el pasillo por donde entrara el día antes al cuarto de Mayra. La puerta que Martin recordaba como de acceso al camerino de la chica, permanecía cerrada. El hombre llamó con los nudillos en la puerta contigua, una voz dio orden de pasar, y el detective, hizo girar la hoja de madera, introduciéndose sin sacar la mano derecha de su bolsillo.

No pudo evitar un respingo de sorpresa. Frente a él, sentado ante una mesa con la cara llena de esparadrapos y la cabeza vendada como un turco, se hallaba el gorila con quien se pegara el día anterior, presentando en su deforme cara un gesto análogo al

del detective. Mike Fabian tiró su silla hacia atrás, poniéndose en pie de un salto. Theodoro, en esta ocasión, sacó su chapa del bolsillo con más rapidez que un prestidigitador. Transcurridos unos instantes de muda tensión, rompió el silencio el gigante con voz gangosa:

—¡Lárgate, Joe!

El acompañante del agente, que permanecía en la puerta contemplando la escena con extrañeza, hizo lo que le ordenaban.

—¡Vaya! Supongo que tratándose de un empleado del gobierno, tardaré menos en cobrar los desperfectos que originó usted ayer en mi casa...

—Los hizo usted solito, Mike... Yo no empecé la pelea.

—¡Usted le estaba sacudiendo a Mayra! —tronó el otro.

—No vengo a discutir eso, Fabian... Lleve su denuncia a donde le plazca; yo soy la Ley, y el que quiera líos conmigo que se sujete los tirantes.

El dueño del *cabaret* salió de detrás de la mesa, congestionada visiblemente su cara en las reducidas partes que parches y vendas dejaban visibles. Se plantó ante Martin, notándose de forma patente los esfuerzos que hacía por contenerse, aparentando el policía una serenidad que estaba muy lejos de sentir. El gigante dijo, echando espuma:

—¡Oiga, poli! Yo sé tan bien como el primero hasta dónde llegan mis derechos de ciudadano. Y si usted se cree que sin motivos puede venir a meter jarana en mi casa, rompiendo lo que quiera y marchándose luego tan tranquilo, se equivoca de medio a medio. ¡No supondrá que mantengo gratis a mi abogado!

—Muy bien, Mike; notifíqueme lo que sea..., pero ahora vengo a otro asunto, y si pretende usted con su postura agresiva entorpecer la acción de la justicia, me verá obligado a detenerle.

El otro enrojó de cólera, llevándose las manos a su vendada cabeza.

—Vengo a interrogarle sobre Max Corrigan —prosiguió Martin—. Éste es el último sitio donde se le vio con vida.

—¡A mí, qué me dice! No voy a tener que dar cuenta de todos los fiambres que aparecen por ahí, si un mes antes han estado haciendo buches de *whisky* en mi casa.

—¿Por qué sabe que a Corrigan lo asesinaron al mes de estar en

su casa?

El otro encogió su enorme cuello, deglutiendo trabajosamente saliva. Levantó la mano extendida, como si quisiera sostener un invisible muro que se le viniera encima.

—¡Eh!... ¡Oiga, oiga..., a mí no me venga usted con líos, intentando buscarle tres pies al gato! ¡Yo no sé cuándo lo achicharraron, ni me importa lo más mínimo! Particularmente, ese fulano no me debía nada; eso es todo.

—Max Corrigan fue agredido en el mostrador; todos lo vieron.

El policía se encontraba ahora dueño y señor de la situación. Volvió a la carga:

—¿Qué relaciones tenía usted con Max?

Mike puso cara de fastidio; se ajustó la venda como el que se encasqueta un sombrero.

—Ya le he dicho que ninguna.

—¿Venía Corrigan alguna vez acompañado?

—No lo sé.

—¿Quizá a ver a alguien?

—¡No lo sé!

—¿A Mayra Greyson, tal vez?

El gigante apretó los dientes antes de contestar, filtrando las palabras a través de sus colmillos:

—Mayra Greyson trabaja aquí. Puede verla bailar todo el que venga y pague.

—Max tenía amistad con la Greyson.

—No sé a dónde quiere usted ir a parar, pero le advertiré que Mayra es mi novia. Theodoro, sabiendo que estaba «tocando hierro», inició el acoso por otro lado, disparando a quema ropa:

—¿Qué dijo Duke Tarkington, cuando se enteró de lo ocurrido? Aquí el otro acusó el golpe, pareciendo titubear.

—¿Cómo...?

—Ya me ha oído.

—Yo no me entero de lo que comentan los demás; no soy periodista.

—Pero en este caso es diferente. Usted tiene negocio con Duke.

—¿Quién le ha contado ese cuento?

—¿No es cierto?

—Ya le estoy diciendo que no. Aquí no hay más dueño que yo.

—No me refería concretamente a este negocio.

—Yo no tengo otro.

—Ya... ¿Y de Corrigan, qué sabe?

—¡Ya se lo he dicho mil veces! Esa noche, además, yo había salido; puedo demostrarlo. Recibí una llamada, y huí; e de abandonar el *cabaret*. Cuantío regresé, me enteré de lo ocurrido. Por otra parte, yo no llevo una ficha de la vida que hacen mis clientes. Vienen por aquí, beben, pagan y se van. Puede que en alguna ocasión hablen conmigo; yo hablo con todos mis clientes... es un procedimiento puramente comercial... ¿comprende? Generalmente, conversamos del tiempo, de la guerra, o de los impuestos; posiblemente hablamos más de esto último —recalcó sus palabras a continuación:

—Demasiado tipo inútil en el Estado, que mantenemos los demás...

Martin tragó la píldora. Quería saber algo más.

—¿Y con Duke Tarkington, cuando viene por aquí, de qué habla?

—Duke Tarkington hace varios meses que no viene por aquí.

Pero era patente que conocía el local y a Mike Fabian. Theodoro se sintió interiormente complacido. El otro ya había dicho cuanto consideraba prudente, y si era sabedor de algo más, el detective no dudaba que para extraérselo hubiera sido preciso abrirle la tripa con un bisturí; hizo por tanto su última pregunta:

—¿Dónde vive Mayra Greyson?

El gigante se retorció los dedos. Tardó unos segundos en contestar; cuando lo hizo, sacó la voz más ronca que empleara a todo lo largo de la conversación.

—Escuche..., quiero a esa chica. No me gusta tener cuentas con la policía, ¡pero si la vuelve a tocar...! Ella no tiene nada que ver con este asunto. ¡Recuérdelo!

Ver al gorila en esta nueva fase sentimental resultaba aleo singularmente divertido; no obstante, a Martin le pareció el único gesto decente del individuo. Sonrió, manifestando tomar a broma las palabras del dueño del *cabaret*.

—O. K., amigo. Pero la chica es un poco díscola; córtela oportunamente las uñas, o con el tiempo tendrá que mantener a una tigresa manca. Por lo demás, Fabián, la gente que no habla claro

siempre se encuentra con lo que menos le gusta...

—Yo ya le he dicho todo cuanto sé.

Martin encogióse de hombros demostrando no quedar muy convencido de las palabras del otro. Caminó hacia la puerta; con el pomo en la mano, volvióse de repente como si se olvidara de algo.

—Adiós, amigo... Y a ver si mejora su puntería; lo hace peor que conducir un automóvil.

Fabian avanzó dos pasos, haciendo un gallo con la voz.

—¿Qué quiere decir...?

Pero sabía perfectamente lo que el detective insinuaba y éste, complacido, cerró la puerta sin más respuesta.

Fuera, la limpieza del salón había terminado. El hombre del sombrero caído, apoyado en un fanal de escayola, silbaba melancólicamente un solo de Astromg, imitando a la perfección los largos sostenidos del trompeta negro. El eco sobre el local vacío, hacía más confusas las sombras de los rincones.

«Sí, señor; un *cabaret* solitario, es como un cementerio en invierno».

CAPÍTULO VI

Horas después, Martin, sentado ante una mesa en la extensa sección de ficheros del FBI, sumergíase de lleno en el abultado expediente de Duke Tarkington.

Casi nada de lo que leía aportaba algo nuevo a sus conocimientos. Tarkington resultaba ser un abogado expulsado e inhabilitado para ejercer, merced a un complicado asunto de Banca que resultó fraudulento, En aquella época borrosa de 1937. Duke salió bien parado con sólo perder su carrera. Luego, sus andanzas con poca anterioridad a la guerra, dejaban mucho que desear. Tarkington, en esas fechas, andaba hasta el cuello en los asuntos del puerto, aunque entonces sólo era una especie de sombra al amparo de cierto pez gordo.

Corría el mes de abril de 1940, cuando

O'Dwyer

realizó su famosa «correría nocturna», entrando de noche en el puerto y deteniendo a más de cien miembros del Sindicato^[7]. Las cosas no estaban muy claras para Duke, cuando sobrevino el ataque a Pearl Harbour, y se enroló en el Ejército.

Martin coincidió con él en Europa, combatiendo a sus órdenes al ostentar ya el otro los galones de teniente. Con este grado, y más medallas de las que se 4 mereciera, regresó Tarkington finalizada la campaña. Ello, en la euforia del momento, le valió su reingreso en el Colegio de Abogados, merced a una revisión bastante benigna de su causa. «Eso se llama una carambola a doble banda», opinó Theo.

Amparado en su rehabilitado título, Duke se reorganizó mejor, ciñendo «corona» por su cuenta. El antiguo escenario de los muelles, debido a varios cambios sangrientos de dinastía, fue terreno abonable para el abogado sin la oposición abierta de nadie.

Todavía, una vez releído el expediente, continuó Theodoro largo rato hincado de codos sobre la mesa, perdidas sus ideas en un mar de confusiones. A través de la cuadrada ventana, un luminoso empezó a parpadear. El policía salió de su ensimismamiento consultando el reloj con sorpresa; las manecillas señalaban las ocho y media, y a las nueve estaba citado con Collins, el apostador.

Con el tiempo justo, salió a la calle para sumergirse en el subterráneo trasladándose a Kings. Todavía hubo de andar varias manzanas antes de llegar al domicilio del ex *jockey*. La calle, a esas horas, parecía plácidamente dormida. Mientras caminaba, quiso adivinar qué clase de secreto sería capaz de ofrecerle el anémico *bookmaker*.

Fue subiendo las escaleras de dos en dos, y una vez ante la puerta llamó suavemente con los nudillos, sin recibir respuesta. Insistió, esta vez golpeando más fuerte, y al cabo de unos minutos oyóse al otro lado de la madera la voz atiplada del hombrecillo.

—¿Quién es...?

—Soy yo: Theodoro Martin. Abra la puerta. Collins.

El apostador tardaba más de la cuenta en descorrer el cerrojo, llegando a pensar Martin si aquél se habría olvidado de la cita.

A la luz de una bombilla sucia. Jack Collins, que parecía más pequeño y encogido que el día anterior, saludó al detective sin gran entusiasmo.

—Siéntese usted.

Martin no le hizo caso; estaba impaciente por oírle.

—¿Qué hay de eso importante que tenía que decirme?

El otro empezó a frotarse la nariz como si fuera a arrancársela.

—¿Quién, yo...? ¡Ah, sí! En realidad era una tontería..., nada de particular, se lo aseguro...

De un zarpazo, Theo cogió al *jockey* por los tirantes, atrayéndolo hacia sí como si fuera un pelele, para hablarle a un palmo de sus narices vomitando las palabras.

—¡Collins; le juro que no tengo ganas de zumbarle, pero como esta vez le ponga la mano encima, le voy a reventar!... —El aludido temblaba con violentas sacudidas bajo la garra de Theodoro. El policía bramó:

—¿Quién le ha dicho que no hable? ¿Duke Tarkington? ¡Vamos, rata inmunda, desembuche!

El *bookmaker* parecía próximo a desmayarle. El miedo le hacía poner los ojos en blanco y respiraba con irregularidad. Gimoteó:

—¡Por Dios, se lo suplico, déjeme! ¡Yo no sé nada! Ya le conté todo la otra vez. ¡Yo no sé nada!...

Martin, frenético, golpeó con la mano abierta la cara del enano, y éste, dando un alarido más de miedo que de dolor, fue a parar hasta la semicorrida cortina que tapaba el sucio fogón.

Theodoro fue hacia él; levantóle de un brazo, hablándole con voz persuasiva:

—Vamos, Collins... no sea usted niño. Dígame lo que sepa; yo le doy mi palabra de honor que la policía le protegerá con todo el género de precauciones que sea preciso. No tiene nada que temer; estamos sobre la pista del asesino de Max Corrigan, y no tardara en caer en nuestras manos.

El otro, ante la actitud razonable del detective, pareció serenarse un poco. Con un enorme pañuelo de colorines enjugóse la cara y el cuello. Al sentarse en la cama, sus pies quedaron meciéndose en el aire. Martin buscó con la mirada una botella de *whisky*.

—¿Dónde está el *whisky*, Collins?

Se dirigía ya hacia la cortina, cuando Jack le atajó rápido:

—No queda.

Theodoro se volvió hacia él, y el hombrecillo, saltando de la cama, dirigióse a su encuentro con los ojos brillantes.

—Voy a bajar por una, ¿eh, señor Martin?

El agente negó con la cabeza, sonriendo para sus adentros ante el ingenuo plan de evasión del hombrecillo.

—Vamos, Collins, tengo prisa. Cuente rápido lo que sea, y luego le compraré un barril.

El aludido, luego de pasar su mano por la garganta, chasqueando la lengua como si le faltara aire, dijo:

—Se lo aseguro, señor Martin, tengo sed..., una sed rabiosa. Procúreme un poco de «caldo».

—¿Dónde está la *speakeasy*^[8] más próxima? —pregunto Martin.

Collins parecía contento como un niño.

El detective, con un gesto de cabeza, hizo desaparecer la sonrisa de Jack:

—¿Hay teléfono aquí, Collins?

El interrogado dejó caer los brazos, decepcionado ante la

intransigencia del policía.

—Sí, abajo en la entrada —declaró de mala gana—. Es el teléfono colectivo de la casa.

—Bien, Collins, tendrá su *whisky*. Voy a llamar para que lo traigan.

Al mismo tiempo que decía esto, sacó sus esposas del bolsillo. El *bookmaker*, pálido como un muerto, se hizo atrás.

—¿Qué va a hacer?

—Asegurarme de que me espera aquí. Sea buen chico, y estese quietecito.

Lejos de hacerle caso, el otro empezó a gritar como un demonio. Martin lo arrastró por el cogote hasta los pies de la cama. Allí, con poca delicadeza, le hizo levantar los brazos, sujetándole ambas muñecas a los barrotes, y Collins se quedó pataleando como si estuviera amarrado al poste del tormento.

El policía, cerrando la puerta, bajó hasta donde se hallaba el teléfono. Hojeó la guía para buscar el establecimiento más cercano. Marcó un número e hizo el encargo, subiendo luego rápidamente.

Sorprendióse al hallar la puerta entreabierta. De una zancada se coló dentro, hallándose a oscuras en el centro de la habitación. Maldiciendo en voz alta, Theo quiso dar la luz, encontrando su mano los cables partidos, y recibiendo una singular descarga eléctrica.

—¡Collins..., marrano! ¿Dónde se ha metido? —bramó.

Por toda respuesta, la puerta cerróse a su espalda, oyéndose a continuación el ruido de una llave girando. Al volverse rápidamente, encontróse con un mueble, cayendo al suelo; de una patada apartó el obstáculo para lanzarse como una catapulta contra la puerta, que resistió el empuje, crujiendo con un ruido de madera seca. El agente pudo oír con suma claridad el redoblar de pasos precipitándose velozmente escaleras abajo.

Theodoro rugió a todo pulmón:

—¡¡Collins..., rata inmundada..., deténgase, o cuando le coja le aplasto!! El ruido de los pasos fue perdiéndose paulatinamente.

Martin, echando espuma, hizo un nuevo esfuerzo, y esta vez la puerta saltó por el aire, convertida en astillas como si hubiera sido atravesada por una locomotora. Varias esquirlas de madera se le clavaron como púas en la cara.

Lanzóse por la escalera en pos del huido, bajando como un saltamontes. El otro le llevaba ya una regular delantera, y cuando el policía ganó la calle, ésta aparecía desierta como un paisaje lunar.

Theodoro anduvo desorientado de un lado para otro, sin saber qué dirección tomar, y diose, al fin, por vencido, maldiciendo como un estibador.

Volvió hasta la casa, desesperado y jurando que cuando atrapara a Collins le iba a cortar el cuello, sacarle el ojo sano y triturarle los huesos.

Mientras subía las escaleras, se preguntaba cómo demonios se las habría valido el apostador para librarse de las esposas. Quizá los barrotes de la cama estuvieran flojos, y pensó que fue un idiota al no asegurarse en este aspecto.

Atravesó de nuevo la destrozada puerta, y encendiendo una cerilla procedió a empalmar los cordones eléctricos, a fin de husmear un poco antes de llamar al capitán Hanson para explicarle hasta qué extremo podía ser un hombre alcornoque. La tenue luz, al disipar las sombras de la habitación, hizo ver al policía un aterrador espectáculo:

¡Frente a él, Jack Collins, con la cara desfigurada por el terror, colgaba inerte, degollado como una res!...

Martin abalanzóse sobre el caído buscando en éste un hálito de vida. El apostador, como una marioneta rota, mostraba el cuello seccionado brutalmente por un cuchillo enorme, del cual sólo asomaba la empuñadura. Todas las ropas del hombrecillo se hallaban empapadas en sangre, que resbalaba hasta formar un Charco regular en el suelo.

El policía sintió que la cabeza le daba vueltas. Abatido, tuvo que sentarse sobre la silla vieja, refrenando sus deseos de arrojarse por la ventana.

Comprendía ahora la angustia del ex *jockey* eludiendo todo interrogatorio con la sola intención de escapar...

¡El asesino estaba en la habitación, y Collins lo sabía!...

Theodoro se propuso reconstruir la escena. Cuando llegó, el *bookmaker* se hallaba en compañía del asesino, escondiéndose este tras la cortina al entrar el agente. De aquí la desesperación del infortunado, sabiéndose atrapado como un ratón entre dos cepos.

Por eso intentó salir por la bebida, y abandonar la estancia como

fuese. Bien; ya no tenía remedio, y el detective, sin saber por qué, se consideraba responsable de la muerte del desgraciado.

Bajó lentamente las escaleras, como si sobre sus espaldas pesaran cien años. Ante el teléfono marcó el número de la Jefatura, dando el correspondiente parte. Como era de suponer, Clark estaba ya en su casa; llamó entonces a su domicilio particular, oyéndose tras una larga espera la voz del viejo al otro lado del hilo.

Theodoro explicóle lo ocurrido en pocas palabras, sin quitar ni añadir un solo detalle; Hanson se limitó a decir: «Voy allá», pero su acento destilaba veneno.

Al tiempo de colgar el tubo, un muchacho con chaquetilla blanca y una botella en la mano, hizo su entrada en el portal. Martin tomó la botella y pagó su importe, despidiéndolo.

Con el *whisky* bajo el brazo, subió de nuevo los escalones como un sonámbulo.

Hanson y los de la Brigada Especial, llegaron casi al mismo tiempo. El primero traía la cara roja como si acabara de tomar baños de sol. Paseó los ojos por la habitación, fijándose bien en todo.

Los de la Especial sacaban fotografías del muerto desde todos los ángulos, con la misma indiferencia que si retrataran a la estatua de Jefferson. Luego, vino otro individuo a decir que Collins estaba muerto y que se lo podían llevar. Rayaron el suelo con tizas, echaron polvillo negro en los barrotes de la cama y el mango del cuchillo, y a la media hora, entre focos y cintas métricas, la habitación parecía un estudio cinematográfico en pleno rodaje.

Por fin, Hanson Clark, hizo como si se enterara de la presencia de Martin.

—Quiero un informe completo de todo...

El policía asintió con la cabeza, y el superior, sin poderse contener fue alzando la voz:

—Sin omitir nada que pueda justificar su incompetencia...

Cada hombre que había en la habitación parecía ir a lo suyo; a pesar de todo, Theodoro Martin sintió la sangre batiéndole las orejas, igual que, cuando niño, la maestra le llamaba burro delante de toda la clase. Se puso en su puesto:

—Si tiene algo que decirme acerca de mi conducta, le ruego espere a hacerlo en privado...

Aquí el capitán de policía hizo bailar la bombilla.

—Poca cosa: queda usted relevado de este servicio. Del resto ya hablaremos mañana. Martin salió sin despedirse.

La escalera estaba llena de vecinos en camiseta, a los que la policía metía a empellones en sus respectivos cuartos.

En la acera de la calle, varios curiosos se agrupaban ante los coches de la policía, con ese olfato peculiar que sólo tienen los cuervos.

Theodoro sintió deseos de tirar su placa en la primera alcantarilla. La guerra había acabado hacía cinco años, y ya estaba harto de seguir haciendo el soldado. El hecho de que medio mundo diera órdenes al otro medio, le ponía frenético.

Martin meditaba las cosas a su modo.

Al cruzar la calle, decidió que la mula coja de Hanson Clark al frente de toda la policía, y el Gobierno en pleno, no bastarían para impedirle ahora más que nunca, llegar hasta el final del asunto. ¡Podían meterle luego en una máquina de hacer conservas...!

Por lo demás estaba plenamente convencido de sus dotes.

Y con estas dos firmes convicciones, y un par de patadas a un bote, Theodoro W. Martin se dispuso, sonriente, a hacerle frente al mundo.

CAPÍTULO VII

El mayor cúmulo de antipatías del agente Martin, se concentraba principalmente en Duke Tarkington. A la mañana siguiente, antes de entrevistarse con su superior el capitán Clark, encaminó sus pasos hacia la madriguera del desaprensivo abogado.

El tren subterráneo, le condujo por debajo del río hasta la estación terminal de Lackawanna, en medio de los muelles al otro lado del Hudson.

Duke tenía su oficina, de apariencia legal, al lado mismo de la estación del *ferry* que cruza el río desde Christopher St.

En la antesala del despacho de Tarkington, sus dos guardaespaldas jugaban al *seven-eleven* («*Siete-once*». *Popular juego de dados en los Estados Unidos, cuyas reglas para ganar o perder, consisten en sacar uno de los mencionados números*). Thomas Kent, el grandullón texano, se levantó sonriente a saludarle.

—¡Martin, muchacho..., me alegro de verte!

—Hola, «Athos»; no tuve ocasión la otra mañana de hablar contigo... ¿Qué pasa en Texas, se dedican ahora a la cría de pájaros?

El antiguo sargento se rascó el cuello.

—No. Todo lo contrario, demasiadas vacas. De veras, Martin, para un rato está bien; pero si a ti te metieran a hacer de comadrona, lavando chotos durante todo el día, no aguantabas ni una semana.

—A ti te gustaba. Por lo menos, eso decías antes.

—En la guerra, todo el mundo quiere estar en su casa. —Hablabas en tono evasivo, como si en el fondo comprendiera no tener razón—. No hay cosa peor que el conocer ambientes nuevos. Sí, eso es lo malo; que ahora te hablaran de irte a ordeñar vacas.

—*¡Well!* Si alguien me propusiera eso último, te sorprendería mi respuesta. —Y añadió, meneando la cabeza—: Este aire no es sano, chico.

Sam Lager, el otro segundón de Tarkington que seguía en el rincón tirando los dados, soltó una risita.

—¡Dile a ese tísico que como me acerque, va a jugar al póker con los dientes! —dijo Martin.

El otro, sin darse por aludido, hizo bailar una vez más los dos cubitos de marfil, pero a partir de ese instante guardóse muy bien de respirar alto. «Athos» continuó, con su voz de muchacho remolón:

—Escucha, Martin, si lo dices por Duke, estás completamente equivocado. Es un buen muchacho que ayuda a cuantos puede. Comprende. Cada uno tiene sus pequeñas cosas... Yo te arresté a ti un par de veces..., ¿te acuerdas?

—*Well, my boy.* Y hacías lo que debías, pero en este caso no se trata de beber más de la cuenta, confundiendo mi cuarto con el de aquella muchacha italiana. Esto es más serio, y no seré yo el que se muera de gusto haciéndote «remontar el río^[9]». —El tejano fue a decir algo, pero Martin dio por concluido el asunto—. Dile a Duke que estoy aquí.

El mismo Tarkington abrió la puerta de hojas divisorias saliendo sonriente a recibirle, estrechando la mano de Martin sin que éste se molestara en levantar el brazo.

—¡Cuánto bueno, Martin! Espero que habrá olvidado lo de ayer, ¿eh? No me gusta que la gente esté seria conmigo, en especial tratándose de viejos amigos.

Theodoro no dijo ni que sí ni que no, y pasó a continuación al despacho lujosamente amueblado. Nada más entrar, llamó la atención del policía un cuadro enorme colgado en sitio preferente, donde una manada de caballos salvajes pintados a trazos vivos y nerviosos, chapoteaban en las lípidas aguas de un riachuelo. Reconoció el estilo en el acto, y su muda contemplación hizo exclamar a Duke:

—¿Le gusta el cuadro, verdad? Sí, es de Corrigan. Éste fue el premio

Gambler's.

Lo adquirí en una subasta de las

«Alexander's».

Me costó lo suyo, pero merece la pena. En mi casa tengo algo más de su amigo Max Corrigan; yo lo apreciaba como pintor... y como muchacho.

Tomó asiento al lado de Martin. A través de la puerta abierta de par en par, se oía el golpear de los dados.

—¿Qué le trae por aquí? —preguntó, afablemente.

—Lo del *cabaret* de Mike. Ya estará usted harto de saberlo. Tarkington se puso serio.

—Me empieza a hablar en chino. Martin. El policía hizo una mueca aburrida.

—Como quiera. Y si le hablo de Mike Fabian, usted me preguntará si es un habitante de la luna.

—¿Mike Fabian? —Duke miró al techo como si intentara hacer memoria; de repente, dijo—: ¡Ah, sí! El dueño del «Jolly Rogers». Ha importado algunas cajas de vino francés por mediación mía.

—Adviértale esto a él, porque a lo mejor no lo sabe.

—No empiece con sus barullos, Martin. Se lo he dicho por qué tengo documentos y facturas que pueden probarlo.

—Me gustaría que de paso me enseñara la confesión autógrafa de Mickey *Mousse*, declarándose asesino del presidente Lincoln.

La conversación derivaba ya a un terreno fangoso. Duke dijo al policía si quería beber algo. El aludido asintió, solicitando «vino francés de importación». El abogado hizo como que no se enteraba, y al cabo de unos minutos le puso un vaso con *whisky*.

—Bien, Martin; quiero que me diga en qué puedo servirle.

—Solamente saber de qué conocía a Jack Collins. El abogado frunció el ceño.

—Ahora me veo obligado a decirle que, para mí —ése sí que es un habitante de la luna.

—Ayer lo degollaron delante de mis narices.

—Bueno, Martin... No querrá usted que yo conozca a toda la gente que asesinan en la ciudad, aunque esté usted delante, y por lo visto no pueda hacer nada por evitarlo, ¿eh? —sonrió, jugando con el vaso.

Resultaba un adversario algo duro para Theodoro; y éste se iba ya cansando.

—Collins sabía mucho sobre el asunto Corrigan, y por eso le

taparon la boca. —Levantó más la voz—: No me niegue que el día del funeral de Max, Collins hizo mutis, corriendo como una rata, en cuanto le echó a usted la vista encima.

Tarkington alargó la mano para dejar con un golpe seco su vaso sobre una mesita bajita, de líneas victorianas.

—Ignoro eso que me dice, y si será una patraña de las suyas. Martin, pero si tiene que hacerme cargos de alguna clase, fundaméntelos en hechos efectivos. Ya ha tenido tiempo suficiente de aprender su oficio... —Hizo una remarcada pausa—. Yo sé bien el mío, y por si lo olvida le recordaré que soy abogado.

—Algo más a su favor. Quizá pueda usted convencer al tribunal para que en su día, le pongan almohadones en la silla eléctrica —dijo Theo, con sorna.

—Con un servicio de Policía a base de sujetos como usted, no me extrañaría nada que acabara en la silla el mismo Presidente de los Estados Unidos.

Martin, momentos más tarde, se justificó consigo mismo, diciéndose que, en realidad, el golpe no fue muy fuerte; lo cierto es, que Duke Tarkington con sillón y todo, cayó hacia atrás dando media vuelta. El vaso se hizo pedazos contra el suelo, y antes que Theodoro completara sus intenciones de aplastarle la cara con la suela del zapato, los dos guardaespaldas del agredido irrumpieron en la habitación, sujetando al policía con la menor violencia posible.

Duke se puso en pie, enjugándose un hilillo de sangre que manaba de su boca. Echaba fuego por los ojos.

—Es usted un loco violento, Martin... —Se chupó la sangre de las encías—. ¡Y le aseguro que se acordará de esto!

Tarkington, con desafiante aplomo, dio orden que lo soltaran. Luego, quedáronse todos contemplándose durante unos instantes, hasta que Duke rompió el silencio:

—Adiós, Martin. —Y lo dijo de forma muy significativa.

—Hasta muy pronto, Tarkington.

Este último retazo de conversación, fue algo así como un reparto de esquelas mortuorias a diez días.

En la puerta, el detective se encontró con una cara conocida. Theodoro saludó con la más acaramelada de sus sonrisas.

—¡Vaya; pero si es nuestro amigo Mike Fabian! ¿A qué viene; a encargar más vino de importación...?

El dueño del «Jolly Rogers», desconcertado, quiso salir del apuro por medio de otra pregunta.

—¿Es que mete las narices en todas partes, o tal vez es que tiene hermanos gemelos?

—Ni lo uno, ni lo otro —siguió sonriendo con veneno—. Soy un enviado de San Pedro para servirle de ángel tutelar. No pararé hasta que esté usted en el paraíso...

El gorila optó por despedirse con un gruñido.

Martin, a pesar de los recientes acontecimientos, se sintió más seguro que nunca de sí mismo. La presencia de Fabian en el cubil de Tarkington, si era por pura casualidad habría que creer en la existencia de Papá Noel.

Paró un taxi, dando la dirección del *cabaret* cuyo dueño acababa de saludar. Por el camino se entretuvo en morderse las uñas.

El «Jolly Rogers», como de costumbre a esas horas, más que otra cosa parecía un cementerio. Una mujer que Theodoro recordaba haber visto en el guardarropa, le dio la dirección de Mayra Greyson, no sin antes tener que enseñarle la chapa.

En el mismo taxi, que lo esperaba a la puerta, dirigióse a las señas de la bailarina.

Mayra residía en un edificio de apartamentos en Morningside Avenue, frente al parque del mismo nombre. En su interior, el hotel mostraba ese singular aspecto que sólo se asocia a las cosas caras.

Anuncióse en conserjería como el señor W. Martin, y la bailarina, ajena por completo a la identidad del policía, ordenó por el teléfono interior que subiera el visitante.

Localizó la puerta sin gran dificultad, y después de llamar con los nudillos y oír la voz de «entre», colóse dentro.

La Greyson se hallaba en traje de calle, dispuesta por lo visto a salir. Al principio no reconoció al policía y arrugó interrogadoramente el entrecejo; más cuando la luz se hizo, repentinamente, en su memoria, esgrimió un jarrón, dispuesta a rompérselo al detective en la cabeza.

Theodoro Martin extendió la mano, pacificador.

—No haga tonterías, Mayra. —Al mostrarle la placa, ella experimentó una visible sorpresa—. Un policía es un señor a quien hay que respetar como a un padre; y esto sólo puede ignorarlo un animal de la catadura de Mike...

—¿Qué quiere...? —inquirió la otra, con voz gangosa.

—De momento regalarle un par de pulseras. —Sacó las esposas del bolsillo, y la bailarina dio dos pasos hacia atrás con los ojos espantados, como si Martin fuera un encantador de serpientes que se sacara cobras de la chaqueta—. Ahora sea buena chica y no de guerra; luego, allá en el Departamento, son muy quisquillosos.

Mayra Greyson, en el otro extremo de la habitación, hablaba con voz llorosa.

—¡Yo no he hecho nada...!

—Me lo imagino —dijo despacio el detective, pensando, al mirarla detenidamente, en varias cosas ajenas al servicio—. Me lo imagino; una chica tan guapa, no tiene necesidad de perder el tiempo intentando despachar policías.

La muchacha abrió unos ojos como ruedas, y Martin quiso sacar provecho de la situación.

—De todas formas, Mayra, usted tiene boca para no dejar que Mike la cargue con el mochuelo.

Siguió avanzando hacia ella para ponerle las esposas, y la bailarina dio un salto, esta vez con las pupilas echando chispas.

—¿Quién ha dicho que yo he intentado liquidar a ningún policía? Theodoro se encogió de hombros.

—No es que Mike diga que usted intentara hacerlo, pero después del lío de la otra noche, él alega en su descargo que usted le calentó la cabeza, poniéndole la pistola en la mano. Aparte de que yo lo cuento de milagro, ya nos aclararan quién de los dos tiene licencia de artillero, o si el arma se la encontraron metida en un zapato el día de Navidad.

Lo que ella dijo después, era un poco enojoso para Mike Fabian y toda su familia.

Martin, esperando a que se serenara, hizo sonar los grilletes. La chica levantó la vista desde la cama donde se dejara caer abatida; una ráfaga de duda le cruzó por la cara.

—Todo esto me parece un camelo...

—Coja el teléfono y llame al «Jolly» —indicó el agente,

aparentando aplomo—. La policía ha estado allí.

Ésta era una verdad de dudoso calificativo, pero la bailarina la aceptó por el lado que más le convenía a Martin. Habló como si le faltara aire, con voz baja y suave, mientras el policía tomaba asiento a su lado.

—Yo no sé lo que ha podido contar ese cerdo. No dudo que si llego a tener una pistola cuando... —Hizo esfuerzos por encontrar la palabra, mirando a Martin, que demasiado cerca pudo apreciar que Mayra tenía el cuello de un blanco nacarado—... bueno, quiero decir que en aquella ocasión hubiera sido muy lógico que yo me hubiese defendido...

Theodoro estuvo a punto de gritar que era muy natural. La otra prosiguió, ajena al estado emocional del policía:

—Además, usted no me dijo que fuera «un solapa».

—Usted tampoco me dio lugar, Mayra —añadió, en tono indulgente—. Claro que un mal día lo tiene cualquiera...

—¡Pero no hasta el extremo de darle una pistola & Mike para que lo liquidara a usted! —chilló ella, interpretando torcidamente la suavidad del policía—. ¡Que se me caiga el pelo, si lo que dice ese elefante de Fabian es verdad! —Al llegar aquí, le temblaba la voz.

—Ya lo sé.

Ante esta respuesta, ella miró suplicante al detective.

—Entonces..., ¿por qué me detiene? Por lo que veo, ya sabe de sobra la verdad del asunto.

—Porque espero que me diga, a cambio, algo que merezca la pena. La bailarina, pensativa durante unos instantes, parecía dudar.

—¿Qué quiere saber?

—Tenemos pendiente una respuesta acerca de Max Corrigan —recordó Martin, imprimiendo suavemente un acento de oficio—. Una que me guste.

Le tendió un cigarrillo que ella rechazó con leve gesto, Durante un rato, Mayra Greyson estuvo meditando a su antojo; luego, empezó a hablar despacio, como si viera reflejado en la pared cuanto iba diciendo.

—Posiblemente no creerá que cuanto voy a contarle es todo lo que sé, pero si mis palabras no le convencen, haga entonces lo que

quiera. —Su acento parecía sincero—. Max y yo éramos buenos amigos.

Martin se abstuvo de preguntar en qué grado.

—Puede que éste anduviera mezclado en asuntos con Mike... ¡vaya usted a saber!; ese tipo tiene más tinta en las tripas que un calamar. Max estuvo ausente algún tiempo..., le juro que ignoro por qué, y por dónde, pero sí es bien cierto, que algo le cambió de arriba abajo..., por lo menos con relación a mí. —Hizo una pausa bastante expresiva—. Llegué casi a perderle de vista..., hasta la noche que le ocurrió «eso». Max entró en mi camerino por la puerta de atrás del *cabaret*. Estaba pálido y nervioso..., como asustado; antes, nunca le había visto así. Y me pidió dinero. «Tengo que largarme rápidamente»; eso me dijo. Sabiendo que estaba en un apuro, desde luego, se lo hubiera dado, pero al principio me molesté. No era decente que se acordara de mí sólo para aquello.

La voz condolidada de la mujer sonaba como un murmullo evocador, llenando de recuerdos descriptivos toda la habitación.

—Max salió a la sala sin insistir en su petición; él era un hombre bastante diferente a los demás, con vergüenza y otras cosas. Me dijo que estaba citado allí con alguien que había de traerle pasta, aunque por lo visto no confiaba mucho que el fulano en cuestión acudiera. —Se humedeció los labios, dejándolos brillantes de saliva—. Indudablemente, Max estaba en un buen aprieto...

Hablaba sinceramente afectada. Theodoro sacó la conclusión, de que la chica era todo un carácter.

—Cuando él salió a la sala, yo me quedé bastante preocupada —siguió Mayra—. Le mandé recado con Anne, mi doncella... Estaba dispuesta a darle el dinero antes de que regresara Mike, ya que la presencia de Max cerca de mí, no le hacía a ese oso mucha gracia; pero Corrigan, pese a mi recado, no vino al camerino, saliendo entonces yo a interpretar mi número de la luz negra. Puede que ya le hayan contado lo que pasó. Alguien, aprovechando la obscuridad, quiso atacarle, y Max salió como enloquecido, atropellando todo a su paso con más miedo del que jamás me pude figurar... —Apretó sus blancos e igualados dientes—. Sí; debía de ser un buen aprieto, y le juro con toda mi alma que daría algo por saber qué canalla le metió en el...

Mayra, al llegar aquí tenía los ojos brillantes de excitación. Era

toda la verdad, pero una verdad que, a fin de cuentas, a Martin no le ayudaba a llevar el plato. Después de transcurrir unos instantes, preguntó:

—¿Recuerda, Mayra, haber visto a Corrigan acompañado de alguien que le llamara la atención?

Respondió sin titubear:

—Sí. Iba, a veces, en compañía de un tipo rubio, que parecía alemán o algo por el estilo. En más de una ocasión. Mike habló con ellos, pasándolos a su despacho. Puede que en alguna ocasión le viera con alguien más..., no recuerdo.

Nada entre nada; un buen emparedado. Martin se rascó la cabeza, lanzando al vacío su última presunta:

—¿Duke Tarkington tiene negocios con Fabian?

—¿Quién..., ese fulano de pelo gris que parece un senador? Le he visto por el Jolly alguna vez que otra. Mike hablaba con él; Mike habla, con todo el mundo que va por su tugurio, y que considera superior a su indecente persona. Ese Duke, tengo entendido que es un pájaro de altura. —Encogió los hombros, despectivamente—. No me extrañaría que Fabian ande detrás, lamiéndole los zapatos.

Eso era el punto final: la conferencia ya había terminado. Theodoro sintióse embargado por la decepción. Ella se incorporó, dirigiéndose a un armario empotrado, del cual empezó a sacar ropa que fue echando desordenadamente sobre la cama.

Martin presintió la borrasca.

—¿Se los va a poner todos? —Con el dedo señaló los vestidos.

La bailarina contestó despreciativa, sin dejar de doblar dos camisones:

—Ya sabe usted cuánto le interesa, ¿no? Ahora, yo me largo; ése ha sido el pacto, aunque me maten sí creo en la palabra de un policía. —Ladeando la cabeza burlonamente, añadió—: Y no me venga con cuentos de que si me van a proteger, y todas esas fábulas; desde que me desarrollé un poquito, sé que no hay mejor protección que la que me brindo yo solita.

Ahora venía lo peor.

—Ni hay que hacer la maleta, ni le hace falta protección, Mayra. Mike Fabian está sueltcito..., por lo tanto. —La otra empezó a envarar el lomo como los gatos cuando van a saltar, y Martin despachó el resto, en estratégica retirada hacia la puerta—: Lo

siento, preciosa; me gusta que la gente hable sin tener necesidad de enfa...

Esta vez el jarrón salió impulsado con la potencia de una pelota de *beisbol*, y el policía, ya ducho en este tipo de juegos, pudo esquivarlo. Saltó por encima de la cama, consiguiendo sujetar a la iracunda muchacha por las muñecas.

El agente impuso su voz a través del estruendo:

—¡No sea imbécil!, Mayra. ¡Nada de cuanto me ha dicho me sirve para maldito el caso...! ¡Mike no tiene necesidad de enterarse de nuestra conversación...!, me interesa suelto, en libertad de acción. —La otra se fue serenando un poco, y Martin bajó la voz—. Cuando quiera, tendré a Mike más enjaulado que un mono del Central Park. Hace un momento me dijo que daría algo por saber quién mató a Max; de usted depende el que Fabian esté sobre aviso.

—¿Ha sido él...? —Se lo dijo casi encima, rozándole la barbilla con sus largas pestañas.

El policía levantó los hombros por toda respuesta, y al aspirar profundamente, una oleada de perfume a jazmín le inundó los pulmones. La respiración agitada de la bailarina ceñía a intervalos su busto el ajustado traje, y Theodoro W. Martin, de repente, se acordó de la primavera.

La otra le miraba con unos ojos que al policía le parecieron ahora dos veces más grandes, dos veces más azules, y...

—Mayra, en mis horas libres resulto un hombre hasta romántico..., Dígame qué noche podríamos cenar juntos...

Un salivazo fue a posarse en la solapa del policía; el resto lo expresó ella de palabra.

—¡Suelte sus manazas, asqueroso! ¡Antes tomaría veneno que compartir una mesa con usted...! ¡Los «polis» me dan alergia!

Theodoro se marchó diciendo que ella se lo perdía, sin estar muy convencido de esto. Luego, tuvo que tomarse tres dobles de *whisky* antes que el olor a jazmín le saliera por completo del cuerpo.

CAPÍTULO VIII

Contrariamente a lo que esperaba Martin, su superior el capitán Clark le recibió en la Jefatura con naturalidad. Así Theodoro pudo ahorrarse su corrosivo discurso, sin que por esto desperdiciara la ocasión de hacer mental escarnio de Hanson, comparándole con una cabra paranoica.

—Un tal Silvio Paola que trabajaba de descargador en los muelles, ha sido encontrado apaleado brutalmente. —El viejo sopló en su pipa, que debía tener el conducto obstruido—. Usted, que es muy listo, ya se debe imaginar que detrás de todo esto andan los que «cobran el barato» en el puerto. Necesito que me lo confirme. El italiano está en el Hospital de Waykersson; tiene bastantes huesos rotos, pero la lengua le funciona perfectamente. Probablemente, los agresores no tenían más intención que atemorizarle.

—Hizo un alto, manoseando con curiosa atención su repugnante pipa. Martin supuso que la conversación ya había terminado, cuando el viejo vino a confirmarlo —sí, atemorizarle. Luego me contará usted por qué.

Theodoro no entendió si lo que dijo después fue adiós, o que hipó dos veces consecutivas, lo cierto es que el, seguidamente, abrió la puerta de salida, como si ésta fuera una comunicación directa con el cielo.

Por la calle se entretuvo en analizar lo que en principio le pareciera desconcertante actitud del viejo.

Apostaba Theodoro el cuello, que el presente servicio se lo encomendaba Hanson por considerar los asuntos del puerto bastante afines al caso Corrigan; Nueva York, con sus ocho millones de habitantes, es, a veces, relativamente pequeño.

Ya en el hospital, situado en Pavonia Avenue, Theodoro Martin

recorrió un laberinto de salas con olor a yodoformo, hasta llegar a la habitación del italiano, en cuya puerta parecía hacer guardia un policía uniformado. Éste se llevó la mano a la gorra a guisa de saludo, cuando el agente mostrole su placa.

Silvio Paola era un italiano de corpulenta complexión y cara de pocos amigos. Se hallaba cubierto de vendas, y con un pie colgando del techo como si fuera un jamón envuelto. A su lado, un muchacho de unos quince años e inconfundible cara de latino, le prestaba compañía.

El agredido, mirando a Martin sin demostrar el menor interés por su persona, hizo un gesto agrio cuando el detective se identificó.

—No estoy para visitas, me acaban de entablillar todo el cuerpo.

El chico, como si hubiera recibido por telepatía una orden del que parecía ser su padre, se fue hacia el pasillo, Theodoro empezó la carga:

—No quiero molestarle mucho, pero deseamos conocer todo lo que sepa sobre este asunto..., en beneficio suyo, se entiende.

Paola chasqueó la lengua.

—En beneficio mío... ustedes pertenecen a un gran Estado que acoge y beneficia a demasiada gente, y a fin de cuentas no protege a nadie. No sé quién me ha atacado, ni los motivos que tenían para ello. Si usted es policía, puede averiguarlo y luego me lo cuenta.

—Yo no puedo averiguar nada si usted no me ayuda. Sé que teme algo, pero si usted y todas las personas honradas como usted no se ponen de acuerdo, llegará día que en vez de en automóviles, habrá que circular por las calles en tanques...

—¡Y a mí qué me cuenta...! ¡Bastante tengo con estar lisiado, y con una familia más numerosa de lo que a cualquiera le gustaría...! ¡Ustedes protegen a todo el mundo..., vayan con ese cuento a Pietro Panto^[10]; todavía pueden guardar sus huesos en una caja fuerte...!

—Hizo una pausa, contrayendo con dolor su rostro sudoroso y excitado—. No tengo nada que decir, y si no tuviera mujer e hijos, en vez de perder el tiempo parloteando para ayudarle a usted a ganar cómodamente un sueldo, me marcharía a otro país donde la gente tuviera menos neveras eléctricas, pero pudiera andar por las calles más tranquila...

Paola aplastóse contra la almohada, jadeando como un caballo

reventado. Martin quiso insistir algo más, pero sólo consiguió alterar al herido.

Hubo de abandonar la habitación maldiciéndole para sus adentros. ¡Qué fácil para Clark era el dar órdenes! Pensaba que algún día le agradaría el sorprender a Hanson en el interior de su casa fregando platos o algo por el estilo.

El chico de Silvio Paola, sentado en un banco del pasillo, con sus expresivos ojos negros le contemplaba en silencio; Theodoro fue hacia él.

—Tú eres hijo de Paola, ¿no?

El jovenzuelo se levantó como un autómatas, asintiendo con la cabeza. Expresaba con gesto hipnotizado su estado de ánimo entre sorprendido y asustado. Al policía le fue simpático el muchacho.

—Tu padre está en un aprieto... —E interrogó—: ¿Cómo te llamas, hijo?

—Philippo —hizo un gallo que a Martin le recordó los canarios cuando la muda de voz.

—Tu padre está en un aprieto, Philipppo —repitió—. Te lo digo, porque tú ya eres un hombre... y porque sólo tú puedes ayudarle.

La sangre ardiente y rencorosa de los meridionales circuló por todas las arterias del hijo de Paola, excitándole hasta las orejas.

—Y yo, ¿cómo puedo ayudarle, señor?

—Contándome lo que sepas sobre lo ocurrido, y si conoces u oíste algún nombre de los que venían molestando a tu padre.

—¿Mi padre, qué le ha dicho?

El chico parecía algo receloso, y Martin, consciente, meditó la respuesta.

—Tu padre no quiere decir nada, Philipppo, ni tú estás obligado a ello tampoco, si no quieres. —Se sorprendió a sí mismo de oírse hablar tan honradamente—. No obstante, dudo que los que han herido a tu padre estén dispuestos a dejarle en paz; él parece ser de los que no aguantan, pero si quiere tomarse la justicia por su cuenta, dudo que le vaya bien.

—¿Qué debo hacer?

—En primer lugar, meditar bien para hacer aquello que te dicte tu conciencia; tú ya eres un hombre con criterio propio. Luego, si crees que debes colaborar conmigo, decirme simplemente quiénes son los enemigos de tu padre.

Philippo asintió firmemente con la cabeza.

—Sí, señor; le diré cuanto sé y... Theodoro Martin le atajó, rápido.

—No, no; quiero que pienses primero si, en realidad, obras acertadamente contrariando el proceder de tu padre. Una declaración de éstas, hijo, tiene más importancia de lo que tú supones. ¿Amigos?

Le tendió una mano, que el muchacho estrechó orgullosamente.

Quedaron citados para el siguiente día, a las diez de la mañana, en un bar cerca de donde habitaba el muchacho; seguidamente. Martin abandonó el hospital entre satisfecho y preocupado.

Utilizando el primer teléfono público que encontró a su paso se puso al habla con Hanson Clark, ya que ante todo deseaba la aprobación del viejo cascarrabias para interrogar al hijo de Paola.

El otro, desde el extremo opuesto del hilo, carraspeó como si hiciera gárgaras.

—Usted sabrá lo que hace; yo no quiero saber nada de procedimientos que no sean legales.

Theodoro meditó acerca de si la vieja mula sabía, en realidad de nada legal, incluido el reglamento...

—¡Martin! ¿Está usted ahí?

—Eso creo.

—Está bien; conforme, pero procure por su pellejo que no le ocurra nada al chico. —Hizo una pausa—. Agudice el oído, joven, porque esta noticia le va a interesar. Mike Fabian ha presentado una denuncia esta tarde, alegando que Mayra Greyson ha desaparecido sin decir ni adiós. Ese mono listo quiere cubrirse las espaldas hablando de incumplimientos de contrato y otras tantas majaderías, pero si detrás de todo esto no hay ya un cadáver, qué me ahorquen. ¿Sabía usted algo de ello?

El olor a jasmín lo sintió Martin caliente y espeso como su propia saliva. Sin saber por qué, una ansiedad muy ajena a la rutina del oficio, le empezó a cosquillear en la garganta. A la pregunta de su superior, Martin contestó con un «hum», que podía significar cualquier cosa, y después de colgar el teléfono en una despedida poco protocolaria, el detective salió de la cabina.

Anduvo bastante rato intentando imbuirse la idea de que a la bailarina no le había ocurrido ninguna desgracia que fuera más allá

de haber perdido la «amistad» económica de un animal como Mike Fabian. Esto le consoló, pero aun así, en su interior albergaba un malestar bastante difícil de definir.

* * *

Ya anochecido, y con tres forzadas cucharadas de verdura a título de cena, retiróse a descansar a su apartamento de Greenpoint.

Introdujo la llave en la cerradura, adentrándose a oscuras para pulsar el conmutador de la luz, y de repente enderezóse como las orejas de un gazapo al presentir perdigones. Cuando del otro extremo de la habitación le chistaron levemente llamándole con su nombre, ya Martin se hallaba protegido tras de la cama, y con la pistola en la diestra dispuesta a hacer fuego.

La voz que el policía trató de identificar como conocida, repitió otra vez su nombre:

—¡Eh, Martin..., no te inquietes... Soy Thomas Kent, «Texas», tu amigo...!

El aludido tardó unos segundos en contestar, meditando su situación; luego, habló con voz metálica:

—Enciende una cerilla, y levántala en alto con las dos manos hacia arriba; como vea algún otro bulto sospechoso en la habitación, primero descargo contra ti.

—No. Estoy solo. Me introduje aquí porque es el único sitio donde puedo hablar contigo sin temor a que nos vean. Ignoro si me vigilan; por eso preferí no dar la luz hasta que tú subieras. — Mientras decía esto, encendió un fósforo, y un leve resplandor iluminó la estancia.

Con su silueta de paquidermo y el fósforo en lo alto, Theodoro, divertido, comparó al tejano con la Estatua de la Libertad. El hombre parecía decir verdad, por lo menos respecto a que estaba solo. El detective, puesto en pie sin soltar la pistola, se acercó a la llave de la luz, mientras Kent susurraba:

—Deja que me aparte de la ventana.

Preventivamente, el policía le extrajo de la sobaquera un revólver corto; después de bajar la persiana, iluminó el cuarto, y completó sus precauciones cerrando con dos vueltas a la llave.

El otro le contemplaba en silencio. Martin le indicó con un gesto

un sillón, permaneciendo él de pie.

—Antes de que empieces a hablar, te diré que ya no creo en la cigüeña.

Kent, adoptando una actitud de cantante de opereta, llevóse la mano al corazón en un gesto cándido e inocente para decir al detective:

—Max Corrigan era amigo de Duke, y este último, compadecido de su condición de imposibilitado, le dio trabajo. ¡Trabajo decente, se entiende! Aunque tú no lo creas. Max no se lo agradeció mucho; Corrigan desapareció en compañía del hombre de confianza de Duke; «El Sueco», con trescientos mil machacantes de la caja fuerte.

El policía contrajo la cara en una forzada sonrisa.

—Se te ha olvidado empezar diciendo: «Erase una vez...».

El tejano no hizo caso de la interrupción, prosiguiendo su relato:

—Erik Olgersson... «El Sueco», era un tipo que yo no me explico cómo mangoneaba tan cerca de Duke; creo que se conocieron en la guerra, y luego empezaron a comer en el mismo plato. —Meneó la cabeza—. Mal bicho; un sujeto desagradable con aires de presidente... feo asunto, cuando el que manda es otro.

Martin le preguntó, sin poner mucho calor en sus palabras:

—¿Y por qué sabes tú que Max estaba «compinchado» con él?

—Verás; no es que hicieran el «negocio» juntos fue «El Sueco» sólo quien, apuntando a Duke con una pistola, le obligó a sacar la pala de la caja, pero minutos más tarde aparecieron juntos unos momentos en el bar de Dikson...

—¡Ah, vamos...!

—Luego. Olgersson, seguramente, se deshizo de Corrigan para quedarse él solo con toda la pasta.

Theodoro no pudo aguantar más, y empezó a hablar exaltadamente; cuando acabó, mordiéndose la lengua con rabia.

—¡Eres tú y todos los que te envían, unos malditos puercos! ¡Max fue al *cabaret* de Mike Fabian porque esperaba que le llevaran unos pocos dólares..., una cantidad lo suficientemente ridícula como para darla a un pobre en caso de haber robado los trescientos mil «del ala»; además, exponiéndose a pisar el «Jolly Rogers» donde si en realidad hubiera tenido alguna cuenta pendiente con Duke. Fabian que es su lacayo, le habría avisado a este enseguida...! ¡No, amiguito; no me trago tu historia! —Alzó la mano rígida, con el

pulgar y el índice amartillados—. ¡No sé lo que pretende Tarkington al enviarte con este maldito cuento, pero dile de mi parte que se vaya al diablo!

Thomas Kent se encogió de hombros.

—Ignoro todo ese lío que me dices del *cabaret*, pero te estoy hablando claro; Duke está rabioso, y quiere echar la vista encima a «El Sueco». Me envía para decírtelo; tiene los ojos muy abiertos, y más amigos de los que Olgersson quisiera, esperando que este asome la cresta. Duke cree que anda por la ciudad rondando algo...; caerá, te lo aseguro. Cuando Duke se propone algo, lo consigue.

—¡A ver si consigue evitar que le hagan la coronilla^[11]! —masculló Martin, irritado.

El otro contestó con calma, poniendo, al fin, las cartas boca arriba:

—Duke sólo quiere pescar a «El Sueco», y cuando lo atrape regalártelo a ti, fresco y coleando, a cambio..., de que no le molestes más injustamente, Martin.

El policía se guardó la pistola en el bolsillo, y cogiendo a Kent por la solapa, obligó a éste a ponerse en pie.

—¡Dile a Tarkington que yo sólo engancharé a «El Sueco» ése, si es que existe! ¡Le engancharé a él y a toda vuestra pandilla de fulleros robatumbas! ¡Que no pararé hasta pillarle en una, y para ese día ojalá me de el gusto y la ocasión de poder meterle siete cargadores en la barriga...!

Thomas Kent, su ex compañero de armas, quiso apaciguarle:

—Está bien, Martin, no te pongas así; tú y yo somos amigos.

—¡Un cuerno...! —bramó el policía—. ¡Yo no soy amigo de pistoleros, si es que algún día llegas a hacer eso mejor que el ordeñar vacas...! —Abrió la puerta, indicando la salida con el brazo estirado—. ¡Lárgate, y cuando Duke tenga que denunciar a alguien de robo, que lo haga por el conducto que emplea la gente decente!

El otro salió, no sin antes extender la mano en solicitud de la pistola confiscada por el policía. Martin cerró, dando un portazo.

Se dejó caer en la butaca, moviendo las mandíbulas como si estuviera masticando algo. El nuevo personaje en escena le desconcertaba en extremo.

Resultaba ahora que Duke Tarkington buscaba a un tal Olgersson apodado «El Sueco», por haberle robado trescientos mil

dólares, de los cuales, por los motivos que ya había explicado el tejano, era de todo punto improbable que Max Corrigan hubiera visto ni un solo centavo. Sin embargo, Max huía de alguien como una rata asustada. ¿De quién?

Se mesó los cábenos con impotente desesperación. Cada vez se presentaba la cosa más embarullada.

En la calle empezó a oírse el ruido de un motor al ponerse en marcha; Thomas Kent, sin tantas precauciones como tomara para entrar, se largaba ahora. ¡Maldito él y toda su estúpida comedia...!

Theodoro Martin percibió con inconfundible claridad los tres secos disparos de pistola que hicieron vibrar sus cristales. Púsose en pie de un salto, y casi sin pensarlo se encontró en la escalera, bajando los peldaños de cuatro en cuatro.

Antes de salir se agazapó en la puerta, en prevención de un posible ataque. Todo parecía tranquilo, a excepción de un sedán negro estacionado en la acera de enfrente, con el motor en marcha. El policía dando voces de alto a todo pulmón, cruzó la calle hasta el coche, sin que éste arrancase. Al llegar junto al vehículo, el olor de pólvora recientemente quemada le irritó la garganta.

Lo que vio entonces a través del astillado parabrisas, le hizo encoger el estómago; era sorprendente y desagradable. Thomas Kent, el ex sargento de Salermo, se reclinaba sobre el volante en retorcida postura. La luz encendida del tablero de instrumentos daba a la escena un dramático aspecto.

Martin, después de abrir la portezuela sin ningún género de precauciones, inclinóse sobre el tejano. La sangre que manaba abundante del cuerpo del gigante por tres heridas diferentes, resbalaba por el plástico escocés del asiento, formando charco. Una de las manos de Kent se crispó sobre el volante, y por ello el policía creyó advertir un soplo Ge vida en su antiguo compañero de armas.

Con cuidado, le alzó la cabeza, recostándole sobre el respaldo. Todo el pecho del herido parecía envuelto en una túnica escarlata. Respiraba todavía, aunque con extraordinaria dificultad.

Theodoro, conmovido, le acarició el cabello, hablándole con vehemencia.

—¡«Texas»!... ¡Muchacho, soy yo! ¡Theo Martin..., tú amigo! — El moribundo, abriendo con dificultad sus ojos casi vidriosos, quiso decir algo, el policía insistió—: ¡Vamos, chico..., dime quién ha

sido! ¡Lo haré pedazos; te lo juro...!

Thomas. Kent curvó trabajosamente los labios con el último aliento de su vida, le llegaron a Martin las sílabas sueltas, sílabas como el aire de un globo que se desinfla:

—¡... «El... Sue... co»...!

Luego se contrajo como si el alma, al escapársele del cuerpo, le hubiera dejado la piel más estrecha. Martin golpeó frenético el respaldo del asiento con su puño cerrado; la rabia le hacía apretar los dientes. Extrajo con cuidado el brazo donde el muerto apoyaba su espalda, y se santiguo como en los lejanos días...

—Lo siento, muchacho..., o quizá haya sido mejor así.

Todo había transcurrido en menos tiempo del que se emplea para encender un pitillo.

«El Sueco».

Ahora, Martin admitía tanto su existencia como la del propio diablo. Apretó la culata de su pistola hasta hacerse daño en la mano.

La calle permanecía tranquila como si nada hubiera pasado, salvo alguna que otra ventana iluminada, a través de cuyos visillos se adivinaban tímidas siluetas. A lo lejos sonaron los pasos precipitados de alguien, que resultó ser el guardia uniformado de la ronda; deteniéndose junto a Martin al reconocerle, saludóle llevándose arbitrariamente los dedos a la gorra.

—¿Qué ha ocurrido, señor Martin?

—Fuegos artificiales y tiro al blanco. No se mueva de aquí, O'Leary; voy a telefonar.

El irlandés, jadeando por la reciente carrera, hizo un signo afirmativo con la cabeza. Los mirones, al ver una gorra de policía, sacaban libremente el cuerpo por las ventanas para hablarse unos a otros, inventando diferentes historias. Dos o tres transeúntes se acercaron impulsados por la curiosidad, y el guardia uniformado, sin ningún género de contemplaciones, les hizo seguir su camino.

La luz amarilla del interior del coche destellaba dando un extraño trillo a la cara del muerto, como si Thomas Kent fuera un rígido muñeco de cera.

CAPÍTULO IX

El viejo Clark estaría acostado ya, a juzgar por la voz soñolienta que oyó Martin a través del auricular. Cuando el agente le puso al corriente de lo sucedido, el capitán de la Metropolitana salió como por encanto de su modorra.

—¡Martin, procure hasta que llegue yo, que nadie nieta las narices ni toque nada!

Seguidamente, cortó la comunicación por las buenas. El policía hizo dos llamadas más de rigor, Volviendo junto al coche.

Hanson Clark y los de Servicios Especiales llegaron pisándose los talones, el primero todavía vistiéndose.

El forense, con un maletín que ni siquiera abrió, dictaminó de forma original:

—Si no murió en el acto, es que tenía vida hasta en la suela de los zapatos. A juzgar por la trayectoria de las balas, el que le emplomó era de buena estatura.

Los fogonazos se reflejaban en el coche como bengalas luminosas. Theodoro Martin, por unos instantes, no pudo por menos de recordar los campos de guerra. Él viejo daba vueltas alrededor del sedán como un burro atado a una noria; frenó, encarándose con Theo.

—Habrà que mirar si ese «Sueco» tiene ficha. Que me lleven a Duke Tarkington a la Jefatura, aunque sea en pijama. Encárguese ele las pertenencias del muerto una vez que las clasifiquen... ¡Ah, y las balas quiero que las comprueben con la que extrajeron del cuerpo de Corrigan!

Hanson, levantado intempestivamente de la cama, era algo así como un bazooka en acción; por eso cuando Martin dijo entre dientes: «... y el criminal que se lo envíen envuelto en papel celofán

y atado con una cinta rosa...», el otro ya se había marchado.

Una vez dispuesto lo necesario, Theodoro emprendió el camino de la Jefatura con la sana idea de pasar la noche en vela. Preventivamente, tomó un café bastante fuerte.

Durante el trayecto se entretuvo líricamente en comparar el asunto con un árbol de precoz crecimiento que desarrollara ramas en todas direcciones, camuflando su verdadera forma; y en la Jefatura; Clark, ante una cafetera «*express*» medio agotada, con bastante menos poética venía a pensar casi lo mismo.

—Ese maldito «Sueco» no tiene ficha —fue el saludo a Theodoro. Añadió rápido—: ¿Qué hay de nuevo?

El agente consultó su reloj de pulsera con paciente gesto.

—Sólo hace una hora escasa que eliminaron a Kent. —Acto seguido puso ante el capitán cuanto se hallara en los bolsillos del muerto.

Poca cosa a simple vista: una cartera con dinero abundante, varias fotografías del vaquero durante la campaña por tierras de Italia, un cortaplumas de oro que parecía no haber sido empleado nunca para sacar punta a un lápiz, documentos acreditativos, y una carta, al parecer de su hermano, redactada en términos afectuosos reclamando su presencia en el rancho. Pero la atención principal de los dos hombres la acaparó un cartoncito rectangular de pesada automática, con unas señas garabateadas al dorso.

—Apuesto que son las señas de alguna cupletista —dijo Martin.

El viejo negó con la cabeza.

—Hubiera sido más cómodo darle el teléfono. —Se hurgó la oreja con la boquilla de la pipa—. Observe, además, que la anotación ha sido tomada con alguna dificultad; algo así como si el que la escribiera tuviese una mano ocupada en algo, por ejemplo..., como sujetando un teléfono. —El agente meneó la cabeza en señal de aprobación—. De todas formas, Martin, se le brinda una estupenda oportunidad de conocer a una cupletista.

El aludido, que nunca sabía cuándo el viejo estaba en realidad de broma, a título de respuesta limitóse a enseñar los dientes.

—¿Qué hay de la chica, la bailarina ésa? —preguntó Clark.

Theodoro Martin pudo apreciar que el corazón le daba repetidos aldabonazos. Maldiciendo que se le recordara el asunto, se encogió levemente de hombros, lo que hizo gritar al viejo capitán, fuera de

sí:

—¡Ya estoy harto de probables pistas que o se desvanecen o me las llenan de agujeros!

Hanson, levantándose violentamente de la silla, empezó a pasear por la estrecha habitación arrastrando su pierna izquierda. Por unos momentos, sólo pudo percibirse el rechinar de la suela nueva en uno de sus zapatos.

Theodoro metió baza:

—¡Que me ahorquen si Duke Tarkington y toda la porquería de los muelles al otro lado del río, no son una misma cosa!

Las palabras de Theodoro fueron algo así como una invocación al diablo; en ese momento llamaron a la puerta, y un policía, en mangas de camisa, introdujo medio cuerpo en la habitación para anunciar a Duke Tarkington. Éste hizo su entrada a continuación, vestido de irreprochable etiqueta, con una bufanda de seda blanca sobre los hombros, y un abrigo de entretiempo. Se dirigió con sorna a Hanson sin dar previamente las buenas noches.

—Si nos ponemos de acuerdo, quizá pueda organizar mis cenas por la mañana o dejar mis compromisos sociales. Para cuando a ustedes les plazca.

El capitán Clark le escuchaba sonriente, como si su voz fuera un suave murmullo de la brisa, y respondió sin mirarle:

—Thomas Kent ha sido asesinado esta noche dentro de un automóvil de su propiedad, señor Tarkington.

Ambos policías pudieron observar cómo el aludido aferraba sus maros al borde de la mesa, al tiempo que hacía una ligera flexión con las rodillas; preguntó, con voz trémula:

—¿Quién ha sido? —Se dirigía a Martin, que le contestó en el acto:

—¿Usted, en quién piensa?

Duke, perdido de un solo golpe todo su aplomo, estaba pálido, y no se esforzaba lo más mínimo por ocultar su miedo. Hanson Clark intervino, con su voz imperturbable:

—Creo. Tarkington, ¿que tiene usted algo que contarme respecto a un individuo sueco y cierta cantidad de dinero?

Contra lo que esperaba el capitán de la Metropolitana, el interpelado hizo un gesto afirmativo. Theodoro le acercó una silla, que el otro aceptó como un autómatas.

—Sí; tengo que hablarle de Erik Olgersson, ese canalla... — Había rencor en sus palabras—. Estuvo trabajando bastante tiempo para mí como secretario particular. Días antes de que fuera hallado muerto Max Corrigan, «El Sueco» mantuvo una discusión conmigo, ya que quería más parte en mi negocio de la que en realidad le correspondía. Me amenazó, y no volví a verle hasta dos días más tarde; esta vez, encañonándose con una pistola. Me obligó a entregarle todo el dinero que había en mi caja fuerte, suma que en ese momento ascendía a trescientos mil dólares. Desde luego, era menos de lo que él esperaba, pero para el caso da igual. —Sus párpados se entornaron, y crispó las mandíbulas—. Aunque sólo se hubiera llevado un dólar, no le perdonaría.

Hanson Clark golpeaba su cachimba contra el borde de la mesa. Martin hubiera dado algo por adivinar sus pensamientos.

—Todo esto, Tarkington, podía haberlo dicho usted mucho tiempo antes. Yo ahora debería tomar medidas en contra suya, por entorpecer la labor de la policía.

La mímica empleada por Duke para contestar, extendiendo hacia delante las palmas de las manos, fue un exponente de su ejercicio de la abogacía.

—¡Todo el mutismo se debe solamente, a la injustificada hostilidad de la policía hacia mí! Únicamente hubiera sacado en limpio el complicarme más la vida. Por otra parte, cuando aseguré que Mac Corrigan no trabajaba a mis órdenes dije lo cierto. El muchacho iba regularmente por mi oficina, y yo, movido por simpatía, le ayudé cuantas veces me vino en gana; eso no existe Ley que me lo prohíba. —Martin contuvo a duras penas un aullido de «embustero»; el otro prosiguió—: El hecho de que Olgersson asesinara a Corrigan es sólo una suposición que a ustedes corresponde evidenciar; que Max interviniera en el atraco, también. Y, por último, como yo soy el afectado por el robo, puedo, si quiero, dar el dinero por bien empleado. Más claro; si yo no curso la denuncia oficial —mente, ni hay nada que me obligue a reconocer el delito, ni este existe.

El leguleyo sabía por dónde pisaba. Theodoro, por su propio gusto, le hubiera rebajado los humos por un procedimiento bastante expeditivo. El capitán de la Metropolitana puso el punto final con tono tranquilo:

—Me es usted profundamente antipático, Tarkington, y, además, de cuanto dice, sólo creo la tercera parte.

El abogado se engalló:

—¡Prueben que les he dicho algo falso!

—Le probaré eso y muchas cosas más, Duke. —El acento del superior era de una seguridad tan aplastante, que el aludido se revolvió en la silla, nervioso.

En ese momento hizo su entrada en el despacho un hombre vestido con una corta bata blanca abotonada hasta el cuello, que sin hablar palabra depositó sobre la mesa del capitán una cartulina y tres retorcidos pedazos de metal sujetos entre sí por un delgado hilo de alambre, volviendo a salir en silencio.

Clark, leyendo el informe, dijo en voz alta:

—Las balas que mataron a Thomas Kent fueron disparadas por la misma pistola con que liquidaron a Corrigan.

Duke Tarkington se levantó de la silla, con los ojos brillantes de excitación.

—He aquí una respuesta a todas sus dudas, capitán: ¡Olgersson...!

—Quedan muchas respuestas, Duke —intervino Martin—. Una por cada muchacha ahogada frente a la costa de Coney Island.

—¡Saque todos sus expedientes; no importa que pertenezcan a otro siglo! —aulló Duke—. ¡He aquí una bonita ocasión para que ustedes se luzcan con la Prensa!

El capitán Clark dio un golpetazo sobre la mesa, perdiendo en un instante toda su suavidad al encararse con Tarkington:

—¡Aquí no levanta la voz nadie, Duke; si algo le molesta, levante un proceso por difamación! ¡Ande; será la página más cómica de todo el periódico!

El abogado recobró su postura de príncipe exilado.

—Está bien; pero han sido ustedes los que me han llamado. Ahora dígame si es posible reanudar mi cena. ¡Ah! Y llevarme mi coche.

—Puede retirarse, pero no abandonará la ciudad sin previo aviso. No le he preguntado por qué Thomas Kent conducía su coche... —Y añadió rápido, al ver la intención de contestar en el otro—: ¡Me imagino su respuesta! Puede omitirla. En cuanto a su coche, ya conoce usted de sobra los trámites de rigor y el tiempo

normal que estos ocupan.

Duke Tarkington retiróse de la estancia con la exagerada dignidad de un pavo real. Un portazo fue su despedida. Theodoro Martin empezó entonces a llamarle cosas, que para ser dichas delante de un superior sonaban algo fuertes.

—Bien, Martin; ésta es una hora estupenda, a mi entender, para averiguar el domicilio garrapateado al dorso del *ticket* que guardaba en su bolsillo Kent.

El aludido, suspirando con gesto resignado, despidióse definitivamente por esa noche de la almohada. Be estiró poco elegantemente, como si hiciera gimnasia.

—Le aseguro que no me siento muy sagaz —dijo remolonamente.

Hanson musitó un «lo dudo» con su particular sentido de la gracia. Cuando el agente iba a salir, resonó nuevamente la voz del viejo a sus espaldas:

—Que le acompañe Lawford; así serán dos a discurrir.

Y Theodoro Martin, sin querer, dijo adiós con un sonoro golpe de puerta.

* * *

El coche llevando a los dos policías paró ante una casa de agradable aspecto en una bocacalle de Pleasant Avenue, frente a Jefferson Park, atendiendo a las señas anotadas en el *ticket*.

Las primeras luces del amanecer y la niebla flotante del Harlem River, contribuían a disfrazar la verdadera forma de todas las cosas. Martin echó de menos su abrigo, encogiéndose con un leve escalofrío.

Según caminaban hacia la entrada de cristales, Theodoro miró de reojo a su acompañante. Lawford era un bisoño recién salido de la academia, con mucha retórica y poca hoja de servicios. Como todos los de su promoción, procuraban hablar poco, sabiendo la escasa simpatía con que contaban entre los veteranos. Ajenos el uno al otro, a esas horas intermedias de la madrugada, más bien parecían dos noctámbulos aburridos, que agentes de policía en pleno servicio activo.

El hotel, por dentro, exhibía ese aire monótono y uniforme que

suelen tener todos los locales del mismo orden. Un viejo dormitaba sobre el mostrador de conserjería, como única señal de vida dentro del amplio vestíbulo. Martin, sacudiéndole por el hombro, le hizo dar un resoplido como si fuera despertado por la campana de incendios. El policía le puso la chapa a la altura de su vista.

—El libro de entradas, abuelo. El viejo se restregó los ojos.

—¿Pasa algo? Aquí sólo se admite gente decente...

—Ya. —El tono de Martin no era intencionado—. Los ha criado usted a todos.

Seguidamente, se puso a examinar el libro que le tendían, pasando el dedo pulgar por la lista de nombres en busca de algo que le llamara la atención. Su mano se detuvo en seco, pareciendo desperezar su cuerpo, con una sacudida: Erik Olgersson figuraba inscrito en el registro.

Martin preguntó, sin poder contener su impaciencia:

—Este Olgersson, abuelo, ¿está aquí...?

El viejo asintió con la cabeza, rectificando rápido:

—Es decir, tiene un compartimiento pagado hasta... —Le arrebató el libro de las manos para consultar en él—... pasado mañana. El salió hará cosa de un mes, dejando parte de su equipaje aquí. Todavía no ha avisado. —Luego arqueó sus peludas cejas, preguntando con más curiosidad que asombro—: ¿Es a ése a quien buscaban?

El policía, sin contestarle, daba idea de estar atento solamente a sus propias preguntas.

—Escuche, abuelo; deberá recordar todo lo relacionado con ese individuo y su repentina marcha. Es de suma importancia; ese hombre es un criminal peligroso.

El viejo, con los párpados muy abiertos, mostraba dos ojos bailones y asustados. Dio media vuelta hacia la puerta interior de la conserjería, al tiempo que decía:

—Será mejor que levante a mi hijo. Yo...

Martin le detuvo cogiéndole del brazo y hablándole con cariñosa impaciencia:

—Eso luego, más tarde. Primero díganos usted cuanto recuerde. Ande, abuelo, haga memoria.

El viejo se pasó la mano por la calva como si pretendiera sacarle brillo, y tragando saliva, aprobó con un gruñido.

—Lo recuerdo, sí, señor. Preparó su equipaje como si fuera a marcharse, pero luego, más tarde, ya avanzada la noche vino en compañía de otro cojo... cojo o algo así.

—¿No sería manco, tal vez...? —sugirió Martin, con las pupilas brillantes.

—Sí; tal vez..., cojo o manco. Algo de eso.

—No, no, abuelo..., tiene que ser con seguridad. —Extrayendo de su cartera una foto de Max Corrigan, se la mostró al viejo—. ¿No sería este...?

El interpelado movió verticalmente la cabeza.

—Sí, seguro que era éste; ahora lo recuerdo perfectamente. —Martin le animó con un gesto a que prosiguiera. El novato Lawford miraba, alternativamente, a ambos hombres, torciendo rítmicamente el cuello como un espectador de tenis; el viejo continuó—. Pues sí, recuerdo que le dije al señor Olgersson: «¿Ya de regreso, señor Olgersson?», y él me contestó: «Sí, Evans; sólo a recoger unas cosas, y me vuelvo a marchar». Luego subieron los dos en el ascensor... Eso es, en el ascensor.

—Continúe, Evans. ¿Cuándo volvieron a salir? El viejo meditó unos momentos.

—No. Al otro, al de la fotografía ya no le vi salir.

—Contrajo sus hombros con infantil expresión. —Yo hago tumo de noche, ¿sabe? Y como ya era bastante tarde, es posible que me distrajera un poco..., vamos, que diera alguna cabezadita, quiero decir—. Y añadió presuroso. —¡Pero por favor, si habla con mi hijo, que no se entere de esto...!

El policía sonrió de manera afectuosa, tranquilizándole con un gesto, y el hombre continuó más animadamente.

—Creo que fui despertado por el teléfono. El señor Olgersson me llamaba desde su habitación para decirme que se marchaba llevándose parte del equipaje, pero que volvería. Me dijo, además, que subiera a recoger su baúl-armario y una maleta. Como a esa hora no suele venir nadie, abandoné la conserjería por unos minutos, subiendo a su apartamento...

Martin le interrumpió:

—¿Cuánto tiempo transcurrió desde que entraron los dos, hasta que Olgersson le hizo subir?

—No estoy muy seguro... —El viejecillo se frotó otra vez la

calva con gesto de duda— ..., tal vez una hora, tal vez dos. Sí; tal vez dos —miró interrogativamente a los policías.

¿Qué les estaba diciendo? ¡Ah, sí! El señor Olgersson me ordenó que le bajara al coche el baúl-armario. Había deshecho parte de su recogido equipaje; según me dijo se llevaba sólo lo más necesario... Por cierto que estuve a punto de despertar a mi hijo para que me ayudara a bajar el baúl; el condenado pesaba como si dentro llevara plomo. Por fin, conseguí arrastrarlo hasta el ascensor, y después metí la maleta; una vez abajo llevé ambas cosas hasta el coche, con la carretilla.

—¿Cómo era el coche, recuerda? —Al policía le brillaban los ojos como linternas. El viejo Evans levantó los brazos, como si la pregunta le pareciera tonta.

—Pues un coche normal y corriente..., como todos —se rascó la barbilla—. Ahora ya no sé por dónde iba...

—Usted metió el equipaje en el coche... ¿Le mandó Olgersson subir de nuevo? El conserje negó con la cabeza.

—Ya no recuerdo que pasara más. Me volví aquí, y es posible que lo viera bajar, pero ya no me acuerdo.

—Gracias, abuelo; lo que nos ha dicho puede que valga de mucho. Ahora deme las llaves del departamento de Olgersson, en tanto usted despierta a su hijo.

El viejo hizo como le decían, y los dos policías subieron por la escalera. En el corto trayecto, a Lawford las preguntas le brotaban por los ojos, más contrariamente a lo que Martin esperaba, se abstuvo de abrir la boca.

La chapa colgada a la llave tenía el número 34. Dieron con la puerta en la segunda planta; abrieron, y penetraron en el departamento.

La estancia entonaba con la fisonomía general de hotel barato, que ya se advertía desde la calle. La limpieza en las habitaciones debía hacerse con cierta espaciada regularidad; por lo menos, en esta del ausente Olgersson, ya que, a contraluz, el polvo daba a los escasos muebles una silueta aterciopelada. En las paredes, varias fotografías de temas alpinos, se desperdigaban sin ningún sentido decorativo ni estético.

Theodoro se dirigió a una maleta que con las cerraduras abiertas descansaba en un banquito. Contenía, algo desordenadamente, ropa

de talla bastante grande, que el policía pudo identificar sin ningún esfuerzo como de Erik Olgerson. Algunas camisas mostraban inclusive las iniciales de su nombre bordadas. Dejó la maleta, centrando su atención en el armario de luna biselada, que con la cama de metal formaba parte del mobiliario más decorativo. En su interior había varios trajes capaces de albergar dos metros de individuo; fácilmente se advertía que habían sido colocados con cierta premura.

Lawford, en el centro de la habitación, permanecía inmóvil con la pistola en la mano, como si esperara ver salir del armario alguna perdiz. Martin sonrió de dientes para adentro, y cerró el armario. Se encaminó hasta la pared, y arrancó las tachuelas de una fotografía. A la tercera cartulina de bromuro separaba de su sitio, silbó, meneando las orejas. Un redondo e inconfundible impacto de bala se mostraba ante los ojos triunfantes del policía. Todas las fotografías fueron arrancadas, y al final el detective sostenía sobre la palma de su mano dos aplastados trozos de plomo, extraídos del yeso con la ayuda de un cortaplumas.

La excitación se traslucía a través de todos sus poros. Luego de rastrear el suelo durante unos breves instantes, se dirigió por primera vez al asombrado Lawford, más que otra cosa, como si hablara consigo mismo.

—Sangre. Hubieran tenido que cambiar de nuevo el piso para poder limpiar también la que se introdujo, en los resquicios del suelo. Nuestro hombre tenía mucha prisa.

El otro asintió con la cabeza. El resto de las pesquisas dentro del departamento ayudó a Theodoro Martin a completar su rompecabezas en medio de murmullos y soliloquios ininteligibles.

En ese momento hizo su entrada en la estancia el viejo de la conserjería, acompañado de un hombre de apariencia robusta y unos cuarenta años. Este último venía completando su atuendo, al abotonarse de forma torpe la pretina del pantalón con cara adormilada. El policía adivinó en él, al hijo del viejo conserje y propietario del hotel.

—¿Qué pasa, ocurre algo...?

Martin, con el puño ahuecado, hizo sonar las balas como si fuera a jugar una partida de dados. Dijo, seguidamente:

—No ocurre nada..., ahora, pero hace días y en esta misma

habitación asesinaron a un hombre.

El hotelero, creyéndose acusado de asesinato, empezó a jurar poniendo a su familia como prenda. Theodoro Martin le tranquilizó haciéndole seguidamente varias preguntas sobre «El Sueco», a las que el hombre respondió sin aportar ningún dato valioso. El presunto asesino llevaba relativamente poco tiempo en el hotel siendo su sistema de vida tan ignorado como el de cualquier otro hospedado en la casa. No había recibido en los últimos días visitas ni llamadas telefónicas de nadie...

Al llegar aquí, el viejo Evans hizo una interrupción:

—¡Aguarde...! Ahora recuerdo que ayer, estando de turno por la noche, llamó una mujer preguntando por el señor Olgerss..., por ese hombre.

—¿Una mujer...? —El policía se mostró visiblemente interesado —. Recuerde si dijo algún nombre o algo de interés.

—No, no. Estoy seguro; llamó simplemente, yo contesté que «ése» no estaba, y colgó. Martin acaricióse la barba a contrapelo. El que una mujer supiera el domicilio de «El Sueco», constituía un factor interesante.

El sol entraba ya a raudales por la amplia ventana de cuchilla, por lo que el agente consultó su reloj, arqueando las cejas al comprobar lo avanzado de la hora. El tiempo había transcurrido veloz; tenía que entrevistarse con el chico de Silvio Paola. Sonrió levemente; el capitán Clark iba a tener un buen desayuno.

Después de indicar a Lawford que se quedase de puesto, salió a la calle en busca del barbero, un buen desayuno y un teléfono. Lo último fue lo que encontró primero. Hanson Clark descolgó el auricular como si hubiera dormido con la mano puesta sobre el aparato.

—¡Ya era hora, Martin! ¿Lo han pasado bien?

—Estupendamente, capitán. Tengo dos balas más, que harán juego con su colección.

—¡Abrevie, Martin! ¿Qué ha sido eso...?

—El domicilio anotado al dorso del *ticket* correspondía a una casa de apartamentos donde antes del atraco estaba hospedado «El Sueco». Tenía todo preparado para «ahuecar el ala», pero algo le hizo cambiar sus planes una vez cometido el robo, ya que en esa misma noche volvió allí con Corrigan, asesinándole en la

habitación. Luego, el fulano metió el cuerpo de Max en un baúl-armario, teniendo que vaciar este de ropa. Sin duda hubo lucha, disparando Olgersson casi todo el cargador; dos balas fueron a estrellarse contra la pared, pegando después fotografías encima para disimular los impactos en el yeso. —Y concluyó con acento triunfal —: Acto seguido salió, largándose en un coche con el baúl donde escondía el muerto. Dijo que se iba temporalmente, seguramente por justificarla ropa que no cabía en el baúl y se dejaba allí...

—Bien, bien..., pero hay algo que no entiendo, Martin —replicó la voz del viejo—. Si Thomas Kent sabía el paradero de «El Sueco», ¿por qué Duke no le echó el guante, antes de denunciar el robo? Cuando Tarkington estuvo anoche aquí, parecía de verdad pre —ocupado, y creo que de haber sabido algo, nos lo hubiera soltado.

—Ya he pensado en eso, mas recuerde que las señas parecían estar tomadas telefónicamente o de forma apresurada. Quizá todavía Kent no había tenido ocasión de notificar su hallazgo a Tarkington.

—Todo eso bien, pero él... ¿cómo lo supo?

Martin mandó una risita victoriosa a través del hilo.

—A eso iba, jefe. Alguien sabía en qué cueva se escondía Olgersson; ayer, una voz de mujer hizo una llamada preguntando por él..., la misma que pudo haber dado el soplo a Thomas Kent.

Hubo unos minutos de silencio; luego, se oyó la voz del viejo preguntando:

—¿Está usted pensando en Mayra Greyson, Martin?

Al aludido le hubiera gustado poder contestar que llevaba ya dos días pensando en Mayra, aunque le habría sido difícil precisar en qué forma. «Nunca había visto bailar a Mayra... ¿De qué forma lo haría...? Tal vez como un cisne..., deslizándose suavemente...».

—¡Martin, despierte! Le he hecho una pregunta.

—Sí. Como un pájaro..., desde luego...

—¡Qué tonterías está usted diciendo de pájaros! Martin, ¿ha bebido usted? El policía volvió a la realidad.

—¿Eh...? ¡Ah, no! Pensaba... que la perdiz ha dado su tercer vuelo, y es hora de tener lista la pólvora. —Hizo una pausa para celebrar su improvisación, añadiendo—: Huelo la caza Hanson...

—Bien, Martin; procure no constiparse. Yo voy ahora hacia allá con los de la Especial...

¿Dejó usted a Lawford, no...?

—Sí. Ahora voy a por una taza de humeante café, y luego a entrevistarme con el chico de Paola.

Hanson Clark le hizo unas cuantas recomendaciones, y colgó el aparato.

«... los cisnes tienen el cuello largo y blanco sí; largo y blanco..., igual que Mayra...».

CAPÍTULO X

La cita con el muchacho era a las diez de la mañana.

En la hora que le quedaba por delante. Theodoro se afeitó, mandó que le dieran lustre a sus zapatos, y aun tuvo tiempo de desayunar copiosamente.

A las diez en punto estaba en el bar de Griffiths, pero, al parecer, el muchacho no había llegado todavía. Pacientemente, encendió un pitillo, y sólo al encontrar el paquete vacío y el suelo a su alrededor repleto de puntas aplastadas con el tacón, comprendió que en la espera iban transcurridas ya más de dos horas. Inquieto, requirió al del mostrador:

—¡Eh, oiga! ¿No ha visto por aquí un chico moreno con jersey a rayas azules...? Tiene la nariz respingona.

El hombre uniformado de blanco asintió, describiendo un semicírculo con la palma de la mano, como si sacara brillo a un cristal.

—¿Quién, el chico de Paola...? ¿Usted es el policía, no? —Theodoro Martin, sorprendido, no dijo nada, y el otro se apoyó de brazos en el mostrador, rompiendo a charlar animadamente—. *Well*, ya nos dijo que iban a meter mano a esos granujas, y está bien... ¡Ya lo creo! Va siendo hora de que se limpie a fondo la ciudad de gentuza y pistoleros...

Martin, alarmado, le cortó en seco:

—Le he preguntado por el chico. ¿A dónde ha ido...?

—Me dejó recado... De haber sabido que era usted, la verdad es que no tiene cara de policía. —Theodoro no se lo agradeció, y puso un gesto impaciente presintiendo lo peor—. Pues sí, le llamaron por teléfono del hospital minutos antes que usted llegara; su padre, por lo visto, está mal. Pobre hombre, yo...

Pero el policía ya no le escuchadla. En tres zancadas se abalanzó sobre el teléfono, pidiendo comunicación con el hospital. La voz de la enfermera le sacó de dudas.

—No. El chico no está. El herido pasó la noche bien, y hasta el momento su estado parece normal.

El policía sintió que una gota de sudor le resbalaba a lo largo de la espina dorsal.

En un taxi trasladóse a la Jefatura, haciendo sonar nerviosamente las falanges de sus dedos como si fueran nueces.

El capitán Clark estaba ya en el departamento con todo su estado mayor y echando ascuas. Quizá la abatida apariencia del joven policía hizo que se serenase un poco el superior. De cualquier forma, sus primeras palabras fueron dramáticas.

—Theodoro Martin —silabeó su nombre entre dientes—. El joven Paola ha sido hallado muerto, apuñalado en un embarcadero...

El agente se puso pálido; no obstante, su reacción nerviosa fue enérgica y en su propio descargo:

—¡Me lo dice como si el crimen lo hubiera cometido yo! Tenía su consentimiento para interrogarlo, y si el chico se ha ido de la lengua en público, tan culpable soy yo como...

En ese momento, el timbre del teléfono, sonando de forma oportuna, hizo que Martin cortara su expansión. Hanson asió el auricular de un zarpazo, desarrugando el entrecejo a medida que su invisible interlocutor iba hablando. Cuando acabaron al otro extremo, musitó un simple «Muy bien», cortando la comunicación con los ojos brillantes.

—Reanudaremos esta conversación en momento más propicio —dijo mirando a Martin—. Ahora destáquese con tres agentes y un taquígrafo al Hospital de Waykersson. Silvio Paola (ignoro por qué conducto) ha sabido lo del chico. Quiere hablar. Yo he de inspeccionar el cadáver del muchacho. —Theodoro iba a salir, cuando el superior le requirió de nuevo—: ¡Ah! Y entérese por qué procedimiento ha recibido la noticia el herido.

Martin eligió a sus acompañantes, partiendo a cumplimentar lo ordenado.

En el interior del coche patrullero camino del hospital, pensaba que al final estaban ocurriendo demasiadas cosas a un mismo

tiempo, y la cabeza le empezaba a zumbar.

En el edificio sanitario, los policías se encaminaron directamente a la habitación del herido sin pérdida de tiempo.

La sola contemplación de Silvio Paola era un espectáculo desgarrador, aun para el más entero. Dos enfermeros sujetaban al herido presa de un violento ataque de nervios, y Martin, sintiéndose conmovido, maldijo de su profesión.

Tras un rato de forcejeo, el italiano fue moderando algo su dolor; luego, al advertir la presencia de los policías en la habitación, consiguió dominarse. Recostado sobre la almohada, con toda su humanidad abatida y el pelo revuelto húmedo de sudor y lágrimas, el hombre ofrecía un aspecto lastimoso. Hizo un gesto como si reconociera a Martin, invitándolo a acercarse.

—Tome nota... de... de cuanto voy a decirle...

El policía afirmó con la cabeza, animándole con un ademán comprensivo.

En ese momento se abrió la puerta para dar paso a un enfermero con bata blanca; en sus manos portaba una cubeta de las destinadas a poner inyecciones, al parecer con los útiles necesarios. Martín hizo una mueca de fastidio ante la inoportuna presencia del enfermero que, avanzando por el centro de la habitación, adelantóse hasta los pies de la cama del herido. Los hechos que se sucedieron a continuación fueron de una rapidez tan sorprendente como en una escena muda de cine retrospectivo, sin que el agente, sorprendido, tuviera tiempo de intervenir.

La cubeta cayó sobre la cama, quedando al descubierto en la mano derecha del falso enfermero un empavonado revólver de cañón corto, con el cual hizo fuego por tres veces y a boca de jarro sobre Paola. Éste dio un pequeño salto, quedando colgado medio cuerpo fuera de la cama, con el pie escayolado pendiente de la polea, como el polichinela de una caja sorpresa.

Martin fue el primero de los presentes en reaccionar, sacando su pistola de la sobaquera, mas antes de que pudiera montaría, la puerta abrióse como impulsada por un vendaval, y tres hombres empuñando pistolas ametralladoras, disparaban en abanico, cubriendo todo el área de la habitación.

La sorpresa resultó superior al pánico. Theodoro se lanzó al suelo, dirigiendo su primera descarga contra el enfermero, que cayó

sobre la cama de bruces. Dos de los policías, con el pecho acribillado a balazos, rebotaron en las baldosas al lado mismo de Martin; éste, con los dos hombres del Gobierno que al parecer habían resultado ilesos, atravesó la puerta en persecución de los malhechores.

A la salida, una nueva rociada recibió a los tres hombres, doblándose uno de los policías como si le hubieran partido la columna vertebral. Theodoro Martin hizo funcionar el gatillo gritando como un loco, y uno de los «gánster» soltó su arma, llevándose la mano al pecho, y cayendo a continuación hecho un ovillo. El agente cambió su arma descargada, apoderándose de la del caído; los agresores torcían ya por el pasillo, dirigiéndose a la escalera principal.

Theo y el otro superviviente, sin cesar de disparar, lanzáronse a la descubierta. Al virar el recodo, Martin no pudo evitar tropezar con una enfermera, que, apoyando una mano en el suelo con gesto horrorizado, llevábase la otra a un costado tinto en sangre. El policía resbaló sobre las baldosas, siendo esto lo que salvó su vida; una ráfaga de balas pasó zumbando sobre su cabeza para alcanzar de lleno a su compañero, que se desplomó retorcido sin proferir ni un gemido. Los agresores enfilaron la escalera, disparando en todas direcciones; el griterío que salía de las salas daba idea del pánico provocado por los tiros...

Theodoro, solo, se plantó en la escalera, de dos saltos, protegiéndose en los recodos de ésta. Todavía hizo un nuevo blanco, quedando el muerto atravesado grotescamente en la escalera.

Los malhechores pisaron el umbral de salida. En la puerta, al lado de un coche con el motor en marcha, varios hombres armados les protegían la retirada. El coche arrancó cuando Martin desembocaba en la calle.

Un policía de tráfico que quiso interceptar el vehículo fue embestido brutalmente, siendo lanzado por el choque a más de diez metros de distancia, igual que un guiñapo. Theo, desde el pórtico del hospital, intentando afinar la puntería, disparó a pulso con la ametralladora del «gánster» abatido, y la ráfaga, de forma casi milagrosa, incrustóse en los dos neumáticos traseros. El Sedán, después de zigzaguear como una veloz culebra, fue a estrellarse

contra la esquina de la calle.

Corrió frenético hacia el destruido coche, más antes que pudiera llegar a él, una llamarada azul brotó de su motor, sin que nadie del interior diera señales de vida intentando salir.

Cuando estuvo al lado del automóvil, este ardía como una tea resinosa. El olor a carne quemada apestaba el ambiente.

Un coche patrullero frenó frente al grupo que se había formado, y Martin, después de acreditarse, dio al sargento las órdenes necesarias, volviendo rápidamente sobre sus pasos.

* * *

En el interior del hospital reinaba una confusión indescriptible. La gente danzaba de un lado para otro, como si todavía buscara refugio; los gritos de todos los enfermos pidiendo auxilio y llamando desesperadamente al personal interno, atronaban el espacio. Varios enfermos en pijama se debatían despavoridos ante los esfuerzos de los enfermeros por volverlos a sus respectivas habitaciones, sin que la labor de los hombres de blanco fuera suficiente para imponer por completo el orden.

Martin recorrió de nuevo todo el itinerario de la refriega. Los cuerpos habían sido retirados de donde cayeran, mostrando en su lugar significativos charcos de sangre ya medio coagulada. La habitación que fuera de Paola ofrecía un aspecto espeluznante; algo así como si alguien se hubiera entretenido volcando sobre paredes y muebles cubos enteros de pintura roja. Los cuerpos retorcidos en diversas formas componían la estampa de un matadero. Un enfermero, acompañado de un policía uniformado con la cabeza abierta, contemplaban con ojos dilatados la impresionante escena. Theodoro Martin reconoció en el guardia descalabrado al que prestara servicio ante la puerta del italiano; este dirigióse temeroso al agente.

—Al entrar el enfermero —señaló al agresor de la bata blanca desangrado sobre la cama—... un hombre me hizo una pregunta... Al mismo tiempo debieron golpearme por detrás...

Martin no respondió nada, y tras unos segundos de silencio se acercó al cadáver del falso enfermero. Le levantó la cabeza por los pelos, y preguntó al interno que estaba con el guardia:

—¿Pertenece éste al personal de plantilla?

El interrogado se encogió de hombros, negando levemente con la cabeza. Luego el agente se inclinó para reconocer los cuerpos de los dos policías. A juzgar por los destrozos causados en ellos, la muerte debió de ser instantánea. Theodoro se llevó las manos a la cara, restregándosela con lentos movimientos como si deseara apartar de su memoria las escenas recientemente acaecidas. El de la bata blanca habló con voz queda:

—Vi que trasladaban dos que parecían tener vida a la Sala de Urgencia.

Los ojos de Martin se animaron esperanzadoramente, recordando ahora a sus dos compañeros tumbados por las balas en la persecución. Conducido por el enfermero, salió del cuarto con dirección a la citada sala. En el pasillo tropezó con el capitán Clark, al frente este de una verdadera tropa de policías. Estaba pálido y desencajado. Se encaró con Martin, asiéndole de la solapa al tiempo que gritaba:

—¡Gracias a Dios...! ¿Qué diablos ha pasado aquí?



El aludido dio suelta a sus nervios apartando la garra de Clark de un manotazo, y levantando su voz por encima de la de éste:

—¡A mí no me grite, que hoy no aguanto ni a mi sombra!

El capitán Clark se hizo cargo de la situación, pasando por alto la violenta respuesta; varió su tono.

—Vamos, serénese, muchacho, y cuénteme lo ocurrido.

Echó a andar cogiendo al agente por el brazo, y éste se dejó conducir dócilmente hasta la habitación de Silvio Paola. El capitán Clark, a la vista de tan espantosa carnicería, apretó los labios cambiando de color. Se puso a reconocer los cuerpos de los dos policías, y tras de carraspear, dio media vuelta para salir de la estancia. Martin, a su lado, relató brevemente lo ocurrido.

—Nos tomaron por sorpresa, capitán. Atontaron al vigilante,

colándose dentro. El primero iba disfrazado de enfermero, y pudo matar a Paola en nuestros hocicos. Luego asomaron otros, disparando desde la puerta con pistolas ametralladoras... fue un infierno... —Espació sus palabras, con afectado acento—. Ahora iba a ver quién quedaba... con vida.

En la Sala de Urgencia estaban disponiendo lo necesario para operar a uno de los heridos. Theodoro, pese al gesto de amargo dolor del que iba a ser intervenido, reconoció en él a un compañero de servicio.

Estaba desnudo, con un torniquete en cada muslo para evitar la hemorragia de las dos piernas segadas por las rodillas. Aun tuvo fuerzas para hablar a Martin.

—Acabaste con todos, ¿eh, muchacho...? Buena pun... tería.

Theodoro, después de estrecharle cariñosamente la mano, desvió su mirada. Un enfermero empujó la camilla con ruedas, quirófano adentro.

Martin reparó entonces en el grupo formado por Clark y tres agentes, alrededor del segundo herido. Rechinó los dientes al ver que era uno de los atacantes que derribara en el pasillo. El hombre respiraba con dificultad. Hanson Clark le interrogaba en ese momento, en tanto que un médico se disponía a inyectarle suero, tal vez para alargar su vida durante unos instantes. El capitán de la policía acercaba su cara a la del moribundo.

—¡Vamos, hable... diga quién los envió aquí...!

El herido volvió la cabeza hacia el lado contrario. Martin, agotada la paciencia, aferró al «gánster» por la camisa, zarandeándole sobre la camilla.

—¡Vamos, víbora; haz algo decente en lo que te queda de vida...! El médico apartó al policía, recriminándole con ética profesional.

—¡No sea violento! ¿No ve que está agonizando?

Hanson, cogiendo al agente de un brazo, lo sacó fuera de la habitación. Alguien a su lado le puso un pitillo encendido en la boca, y el policía aspiró el humo con deleite.

—El viejo le hará hablar, Martin. Tiene una agradable suavidad persuasiva, cuando le da la gana.

Clark, con todo su séquito, salió cuando aún no habían transcurrido ni veinte minutos; Martin, interrogó al viejo con la

mirada.

—Ya ha muerto —declaró el capitán, masticando las palabras—. Duke Tarkington les mandó que liquidaran a Silvio Paola, al ver que con la muerte de su hijo, éste reaccionaba de forma contraria a como ellos esperaban. Paola se había hartado ya de tener que dar dinero a los capataces para poder trabajar en el puerto; si hubiera habido media docena de hombres decididos como él, haría mucho tiempo que ese pájaro de Tarkington tendría las alas rotas. Aun así, esta vez ha querido remontarse en vuelo demasiado alto.

Había echado a andar mientras hablaba, encaminándose hacia el ascensor. Cuando bajaron, Martin, humedeciéndose los labios como si chupara un dulce, preguntó a su superior con voz silbante:

—No me diga que ahora vamos por Duke Tarkington.

El ascensor se detuvo al llegar al piso bajo. El capitán de la Metropolitana no quiso contestar hasta que hubieron salido de la amplia cabina.

—No pensaba llevarle conmigo, Martin. —Al ver el gesto contrariado del otro, agregó—: Está bien; la madeja se empieza a desenredar, y no quisiera que al final perdiera usted la cabeza.

Martin no acababa de comprender del todo lo que decía su superior, pero esbozó una media sonrisa, agradecido.

El capitán Clark, después de dejar algunos agentes en el hospital, con el resto de los policías, que ocupaban tres coches, se puso en marcha hacia la guarida de Duke sita en el terminal de Lackawanna.

La caravana hizo callar sus sirenas al entrar por el Holland Tunnel, cruzando por debajo del Hudson River.

En el interior del coche donde Martin acompañaba al capitán, se pudo percibir el chasquido de varias pistolas al ser montadas. Theodoro se dirigió al jefe de la Metropolitana:

—Clark. ¿Qué relación puede tener el «Sueco» con todo esto?

El interpelado levantó los hombros a la altura de sus orejas, dejándolos caer nuevamente.

—Bueno es que la charca esté revuelta —comentó ambiguamente—. De todas formas en este momento, nuestra brújula es la casualidad.

Cuando frenaron los coches ante la morada de Tarkington, los policías se desplegaron rodeando el edificio con un sigilo propio de hormigas. Un grupo, al frente de ellos el capitán Clark con Martin,

penetró por la puerta principal; el agente sabía ya el camino.

Subieron la amplia escalinata de madera, deteniéndose ante la mampara de cristales cuya puerta abierta daba acceso a lo que Duke llamaba pomposamente «sus oficinas».

Los policías, pistola en mano, franquearon la entrada encontrando la antesala silenciosamente vacía. La puerta de corredera que comunicaba con el despacho de Tarkington, se hallaba cerrada. Dos hombres, cada uno asiendo un picaporte se dispusieron a abrir de golpe, en tanto que el resto se colocaba a ambos lados con las armas preparadas, protegiéndose en la pared.

A un fuerte impulso las dos hojas se descorrieron, y el cuadro que se ofreció ante los ojos de todos contuvo unánimemente las respiraciones:

Duke Tarkington, en compañía de Sam Lager, su guardaespaldas, yacían ensangrentados en el suelo, con los ojos desmesuradamente abiertos.

CAPÍTULO XI

Después de unos segundos de estupefacción, Theodoro Martin, seguido de Clark, fue el primero en pisar la habitación. El agente Lawford lanzó una exclamación análoga a la de un espectador defraudado a punto de reclamar la devolución del importe de su entrada; Hanson Clark le fulminó con una mirada, inclinándose seguidamente sobre los cadáveres.

Sam Lager, el guardaespaldas de cara de raposa, tenía un solo orificio de bala a la altura exacta del corazón. Duke Tarkington estaba materialmente acribillado, como si el criminal se hubiera ensañado con ésta su segunda víctima. Martin quiso contar los impactos.

—Quien lo hiciera, no dejó ni una bala en la recámara —oprimióse la nuca, inclinando con gesto fatigado la cabeza hacia atrás—. Terminada la fiesta, sólo queda encontrar una aguja en un pajar... de marca «sueca».

El capitán Clark meneó enigmáticamente la cabeza.

—Queda ese mono de Mike Fabian, con muchos puntos difíciles de aclarar.

Los policías no perdieron más tiempo. El capitán Clark puso a dos hombres de guardia, y después de ordenar algo por teléfono, salió con el resto para montar en los automóviles.

* * *

Las luces de la tarde ya decaían. El sol, tras haberse ocultado, reflejaba una pálida y anaranjada luz indirecta. Martin comparó el cielo lleno de cirros largos y escalonados con una radiografía de

pecho.

Llegaron ante el «Jolly Rogers» a esa hora incierta en que empiezan a nacer las sombras. Un pelotón de policías se desplegó en dos grupos; uno de ellos, con Theodoro en cabeza, lanzóse en torno al edificio para intentar penetrar por la parte trasera.

Se deslizaron por el callejón en penumbra que conducía a la salida de los servicios, mas antes de llegar a ésta oyeron el retumbar de varios disparos en el interior del *cabaret*. Martin gritó:

—¡Cubrid la salida trasera...!

Los policías se precipitaron en vertiginosa carrera por la angosta callejuela; Theodoro tropezó con un cubo de basuras, cayendo al suelo entre inmundicias. Los que le precedían llegaron hasta el pie de la escalerilla exterior protegida con una roñosa barandilla que daba acceso a los servicios del *cabaret*.

Tres hombres del gobierno pisaron el último peldaño, esgrimiendo sus armas ante la puerta pintada de gris. Martin, rezagado por la caída, se incorporó renegando con intención de seguirles, cuando la puerta se abrió inesperadamente, topando los policías con varios hombres armados que intentaban salir.

El asombro de ambos bandos contendientes fue de unos breves segundos; luego todos dispararon a quemarropa, y tres cuerpos dobláronse sin vida hacinándose ante la puerta. Los «gánster» retrocedieron hacia dentro, en tanto que los policías se abrían paso a descargas por el estrecho pasillo de los camerinos.

Theodoro penetró pisando los talones a sus compañeros. Al pasar junto a la puerta del cuarto de Mayra Greyson, hizo girar el picaporte como inspirado por una súbita idea. Jamás supo a qué se debió el impulso de entrar en la habitación en medio del fragor de la pelea; lo cierto fue que la obscura habitación no estaba vacía. Se dejó caer al suelo, antes de que una sombra recortada sobre la ventana levantara en dirección a él su brazo armado. Dos destellos rojos trazaron una línea paralela a su cuerpo, pasando las balas a un metro de altura sobre su cabeza. El policía disparó a bulto, oyendo el choque del otro al caer pesadamente al suelo.

Acercóse de un salto a la ventana por donde intentara escapar el malhechor. El aire de la noche pegó las ligeras cortinillas como telas de araña sobre su rostro. Apartó estas de un manotazo, asomando medio cuerpo fuera del alféizar, sobre lo que parecía un oscuro

patio. De las sombras surgió una lengua de fuego, y el estampido de un arma se confundió con el ruido de cristales hechos añicos sobre la cabeza del policía; a éste le resultó más fácil dejar vencer su cuerpo hacia fuera, que resguardarse nuevamente en el camerino.

Se hizo daño al chocar contra las frías baldosas del patio; durante unos segundos estuvo quieto, percibiendo claramente los precipitados pasos de su agresor al alejarse, suponiéndole quizá fuera de combate.

Levantóse para atravesar el patio en persecución del huido, introduciéndose por una pequeña puerta semioculta al fondo del oscuro recinto. Casi tropezó con una vieja escalera de hierro en forma de caracol. El armazón de ésta se cimbreaaba bajo el peso del que iba delante, y el policía lanzóse tras él con la agilidad y cautela de un gato, aprovechando la reinante obscuridad.

Mientras ascendía supuso que se hallaban seguramente en el edificio lindante con el *cabaret* que Martin recordaba vagamente como un abandonado almacén. El fuerte olor a vino agrio trajo al recuerdo del agente la fabricación de licores, apostando consigo mismo a que de aquí salía todo el licor que consumían los asiduos del «Jolly Rogers» y posiblemente también algo más.

Cortó de improviso sus reflexiones al encontrarse ente lo que bien podía ser una espaciosa sala repleta de cajones simétricamente apilados cuyo contenido para el detective no dejaba lugar a dudas. El chirrido de una ventana al ser sigilosamente levantada, fue una brújula para el policía en la oscuridad. Avanzó a tientas entre los cajones, procurando no hacer ruido.

Se detuvo, amparado en las sombras, frente a una salida de incendios. El individuo a quien Martin perseguía desapareció por el marco recortado de la ventana, antes de que el a agente tuviera ni siquiera ocasión de afinar su puntería.

Se asomó rápido, a tiempo de reconocer la inconfundible mole de Mike Fabian deslizándose por el primer tramo de la escalera metálica, lo que le hizo sonreír ferozmente, desistiendo en su intento de oprimir el gatillo: Recordaba las palabras del capitán Clark deseando poner la mano sobre el gorila estando este vivo.

El policía oyó crujir el último tramo de la escalera metálica al inclinarse éste tocando el asfalto, libre de la cadena de sujeción; segundos después, Martin pisaba a su vez el suelo.

Pudo distinguir la silueta del gigante corriendo pegada a la pared del callejón, en sentido contrario a la ruta empleada por la policía para invadir por su parte trasera el establecimiento. Al final de la calle, Mike se dirigió velozmente hacia un coche negro estacionado allí.

La maniobra fue demasiado rápida para que el policía pudiera impedirla; cuando quiso correr frenéticamente hacia el coche, éste arrancaba, enfilando la calle.

Theodoro maldijo sus excesivas precauciones al no querer disparar dejando tanto terreno entre el «gánster» y él, cuando la suerte vino a favorecerle.

Un sedán amarillo avanzaba hacia él, aminorando su marcha, sorprendido su conductor sin duda por el ruido de los disparos que hasta allí llegaban claramente. Martin se abalanzó sobre el coche abriendo con la izquierda la portezuela. Él hombre que iba al volante quiso protestar, más al ver la pistola en la diestra de Theodoro agrandó los ojos extraordinariamente, gimiendo asustado.

El policía, lejos de tranquilizarle perdiendo varios segundos en aclarar su personalidad, optó por agarrar al hombre de la corbata, lanzándole hacia fuera sin contemplaciones. Antes que el horrorizado ciudadano tocara el suelo, su coche se aceleraba a fondo en fuerte *reprise*, sonando los piñones como si fueran a saltar en pedazos.

El policía dobló la calle a tiempo de ver virar el auto de Mike desembocando en Hamilton Avenue.

Algo le decía que el dueño del *cabaret* caminaba hacia un posible escondrijo donde quizá le esperara alguien. Ese alguien, no se atrevía a admitir para sí mismo que tal vez fuera Mayra Greyson.

Sus sospechas adquirieron más solidez cuando hubieron atravesado todo Queens, saliendo a las afueras del populoso Nueva York. Al pasar por Valley Stream, Martin redujo la potencia de los focos. El otro se deslizaba a una velocidad moderada que facilitaba al policía su persecución.

Anduvieron largo rato a lo largo de la costa. Pasaron frente a Jones Beach, ya en plena carretera abierta. Theodoro tajó uno de los cristales, aspirando profundamente la brisa del mar, libre de la peste aceitosa de los muelles, los pinos a su izquierda olían a mujer...

«... Mayra Greyson... ¿por qué el aroma de los jazmines es tan intenso?... Me gustaría acariciar el cuello de un cisne...».

Apartó aquel pensamiento de su imaginación, queriéndola centrar en lo único que de verdad creía amar en este mundo; una mujer de cabellos blancos, que cocinaba como nadie la tarta de frambuesas... En el primer permiso iría a San Diego, llevándole a su madre el sombrero más caro que encontrara...

«... Frambuesas... sí; Mayra tiene los labios color rojo...».

Mirando su reloj pudo comprobar que llevaban ya más de una hora rodando como si el coche de Fabian pretendiera atravesar por carretera los cuarenta y ocho estados de la Unión. Theodoro empezaba a impacientarse cuando, inesperadamente, el vehículo de Mike fue perdiendo marcha hasta detenerse, internándose entre unos árboles a la derecha del camino.

El detective puso pie en tierra, después de parar su coche a prudencial distancia, e introduciendo un cargador nuevo en su pistola, avanzó rápidamente, pegado a la cuneta. El otro andaba ya entre los árboles con dirección al mar, y Martin, ahora más que nunca, se alegró de no haber intentado antes detener al gigante, presintiendo que dentro de muy poco iba a ocurrir algo extraordinario. La feliz ausencia de la luna facilitaba al policía el pasar inadvertido.

Ambos hombres atravesaron el bosquecillo, surgiendo ante los ojos del policía una extensa playa sin más signo de civilización que la borrosa silueta de una casa al pie de unos arrecifes.

Contrariamente a lo que el agente esperaba, el gigante no demostró la menor intención de penetrar en la casa, que de cerca le pareció a Martin desolada e inhabitable. Mike bordeó la cabaña, permitiendo esto a su perseguidor iniciar una rápida carrera hasta una esquina del edificio. Lo que divisó entonces el detective le dejó un poco perplejo; al lado mismo de la casa, unos escalones rústicamente labrados en la roca descendían hasta un embarcadero natural en forma de pequeña herradura, en cuyo fondo se divisaba, fondeaba, una gran lancha motora.

Mike Fabian, atareado sobre el motor de la misma, ignoraba más confiado que nunca la presencia de su perseguidor, pudiendo este deslizarse con plena libertad, amparado en la sombra, hasta el borde mismo de la lancha. El motor produjo un escape, empezando

en ese momento a rugir, y Martin se introdujo en el interior aprovechando un descuido del «gánster», que en la parte trasera de la lancha disponía lo necesario para hacerse a la mar, sin duda.

La embarcación, primero despacio y luego con el motor en pleno funcionamiento, empezó a cortar el agua; pronto salieron de entre las rocas, para adentrarse en el mar. Theodoro, agazapado en su escondido, dejó que maniobrara el otro pensando si Mike no se habría vuelto loco intentando huir de la policía atravesando el Atlántico. Con la pistola preparada para dar fin a lo que parecía su infructuosa persecución, disponíase a lanzarle el alto, cuando Mike Fabian fijó el timón, penetrando en la pequeña cabina, que abríase en el centro de la nave.

Descendió los escalones, desapareciendo a los pies del policía, y éste, saliendo de detrás del fardo que lo ocultaba, situóse frente a la entrada del camarote. Dentro se encendió una luz, saliendo de la portilla un cono de luz amarillenta, que iluminó la parte inferior del pantalón de Martin. Retrocedía hacia atrás, protegiéndose en la sombra, cuando dos disparos sonaron en el interior de la cabina.

El policía, agachándose rápido tras los bultos amontonados al fondo de la embarcación, creyóse por un momento descubierto, pero la realidad fue muy otra cuando la cabeza de Mike Fabian emergió por la abierta escotilla, al tiempo que sonaba un nuevo disparo a sus espaldas. ¡En la embarcación había más personas!, y desde luego, poco amigas de Fabian. Mike hizo un esfuerzo supremo para salir penosamente sobre cubierta. Casi a pulso sacó su cuerpo a través del estrecho paso del camarote, arrastrándose como un caracol que se desprendiera perezosamente de su concha. Luego quedó tendido como un fardo más de cubierta, con los pies colgando hacia dentro de la escalerilla.

La silueta de un hombre empezó a asomar al contraluz de la cabaña. Martin agachóse, pegándose a los bultos, al tiempo que apretaba los labios para no emitir un silbido de excitación y sorpresa; el cabello rubio del hombre formaba una especie de halo sobre su cabeza, en tanto que sus anchos hombros tapaban por completo la entrada.

No se apreciaba más, pero a Martin le fue suficiente para saltar hacia adelante sin poder contener sus nervios, al tiempo que gritaba apuntando con su arma:

—¡Olgersson, detente en nombre de la...!

Un disparo rasgó la obscuridad, y el agente sintió en su hombro un impacto seco, como si hubiera sido golpeado con un hierro; cavó hacia atrás, haciendo fuego sobre la figura, y pudo ver cómo ésta saltaba a la escalera, pisando el cadáver de Fabian. La luz de la cabina se apagó de repente.

Theodoro maldijo su imprevisión al no haber disparado primero, dando después el alto; en ese momento más que nunca odiaba el reglamento de policía.

La lancha seguía ingobernada, internándose mar adentro sobre la negra superficie líquida, cabeceando de forma alarmante. El asesino le disparaba a mansalva, como si dentro del camarote poseyera un arsenal. Theo respondió en varias ocasiones intentando acallar el fuego a placer del otro, que le hacía achicarse hasta lo imposible, siendo insuficientes los pequeños rollos de cuerda al fondo de la embarcación, para protegerle de la granizada de talas.

El hombro le empezaba a pesar dolorosamente, como si en su interior le hubieran inyectado plomo líquido. Cambió su pistola a la izquierda, procurar de afinar su puntería, cuando quiso recordar, le quedaban tan sólo dos balas en el cargador.

El asesino seguía disparando, aunque con bastante imprecisión. Un nuevo impacto casi le arrancó de cuajo la suela del zapato. Su mano, al buscar apoyo en el suelo, tropezó con un objeto que el policía reconoció enseguida como un bidón blindado de los empleados por el ejército para guardar la gasolina. Depositando la pistola en el suelo y asiendo con su única mano sana el envase metálico, lo lanzó al aire.

El improvisado proyectil se coló por la escotilla con providencial puntería; Theodoro oyó un golpe seco, seguido de una exclamación entre dolorosa y sorprendida. Se levantó de un salto antes de que el otro pudiera rehacerse, y disparó sobre la embocadura negra de la escotilla, dejándose caer seguidamente en las tablas de cubierta para arrastrarse luego hacia atrás, buscando de nuevo su escondrijo.

Transcurrieron varios segundos de silencio antes de averiguar si su estratagema, rubricada con sus dos últimos proyectiles, había copado el éxito. Un ruido procedente de la escalerilla le vino a dar la angustiosa negativa. Apretó en su mano la descargada pistola, rechinando los dientes de dolor por su hombro malherido.

La canoa seguía su marcha ciegamente, alejándose de la costa, por lo que con su hombro paralizado, aun salvándose del criminal, a Martin le sería de todo punto imposible llegar a tierra nadando. Notando a sus pies el rollo de cuerdas que anteriormente le sirviera de abrigo, hizo un esfuerzo por ganar este último reducto.

Entonces, el silencio de su enemigo fue interpretado por Theo como presagio de muerte. Un cono de luz producido por una potente linterna iluminó toda la parte trasera de la lancha, mostrando la figura sangrante del policía tumbado sobre las tablas. Theodoro levantó trémulamente la cabeza hacia ese haz de luz maldito que le traía el fin. Su pensamiento fue hacia Dios angustiosamente en un ansia suprema de vivir, y sintió miedo, un miedo superior al que jamás pudo conocer a lo largo de su existencia.

La luz estuvo bailando unos segundos sobre su cuerpo, como la araña que vomita hilo envolviendo a su presa antes de sacrificarla...

Lo que ocurrió seguidamente fue para el policía absurdo e incomprensible. Sonó una risa apagada, jadeante, y una voz ronca que sin ninguna hostilidad le llamó por su nombre.

—¡Theodoro Martin!... acércate para acá, muchacho...

El aludido incorporóse a medias, como hipnotizado, más sorprendido de vivir todavía, que ninguna otra cosa.

Se puso de rodillas y entonces la luz cegadora que le envolvía se desvió de repente, percibiendo el ruido de la lámpara al caer rebotando por los escalones. Tuvo idea de tirarse nuevamente al suelo buscando refugio, pero la voz del asesino lo llamó otra vez con acento que a Martin le hizo estremecerse profundamente.

Anduvo a gatas hasta la abierta escotilla y descendió trabajosamente la escalera del camarote. Agachóse para recoger la encendida linterna caída contra la pared, y lleno de extraños presentimientos, con maño temblorosa, dirigió el rayo de luz hacia el informe bulto apoyado en el rincón.

Lo que vio le hizo gemir con angustioso asombro, teniendo que apoyar su espalda contra la pared mientras la cabeza le daba vueltas. Su misma voz le sonó a hueca, como si viniera de ultratumba.

—¡Max Corrigan! ¿Qué has hecho, muchacho...?

CAPÍTULO XII

Desconcertado y sintiendo en su pecho una angustia que lo ahogaba, el agente Theodoro W. Martin se inclinó sobre el cuerpo ensangrentado del que fuera su hermano de armas, el mejor amigo que jamás creyó tener. Pasó la mano por detrás de los hombros del asesino herido, repitiendo con desgarrada emoción:

—¿Qué has hecho, Max?

—Es inútil, Martin... Esto se acaba... ¿qué más da...? —sonrió el moribundo amargamente—. Ignoraba que fueras tú... te lo juro.

El policía hizo un gesto, disculpándole.

—Deja eso...

La noche parecía ahora más densa, formando con el mar una compacta mancha oscura. Martin levantó la cabeza por el abierto recuadro de la escotilla, comparando el cielo negro con la tapa de un ataúd. Hizo un supremo esfuerzo por sobreponerse a tan dramática situación, intentando sacar fuerzas de su abatido espíritu.

—Max..., Max, muchacho, deseo saber toda la verdad —calló un momento, y con vez más firme, consiguió añadir—. Yo represento a la Ley...

—Sí... queda poco tiempo... —El herido, al toser, respiraba con dificultad—. Un buen caso, chico; podrás decir que tú lo averiguaste todo... y hasta es posible que te concedan una medalla...

Hablaba con aquella peculiar ironía que Martin recordaba como de amarga crítica a la vida.

—Me alegro de no poder pintar ya nada..., —soltó una risita convulsiva—. Todo es tan burdo... tan feo... —Contempló a Martin, respondiendo a su interrogadora mirada—: Lo sabrás todo... ya da lo mismo.

El agente se incorporó con dificultad, subiendo a cubierta para

detener el motor; luego, arrodillándose nuevamente junto al herido, se dispuso a oír la confesión de un criminal, que en cierta ocasión allá por tierras de Italia fuera el entrañable camarada que dejara enterrado su brazo por salvarle a él, Theodoro W. Martin, la vida.

* * *

Max Corrigan introdujo su mano sana en uno de los bolsillos de su chaqueta, extrayendo un arrugado paquete de cigarrillos. Martin le ayudó a encender el pitillo con alguna dificultad, manchándolo entre ambos de color bermellón.

Corrigan dio dos chupadas antes de comenzar. El mar, acariciado por la brisa, sonaba con ese susurro débil que sienten los niños cuando aplican su oído a las caracolas. Theodoro meditaba amargamente en silencio.

—Todo comenzó al volver de la guerra, inútil y enfermo —la voz del ex pintor sonaba evocadora—. No había pensado nada para mi al regreso; mi medio de vida se terminó con la explosión de un mortero cualquiera. Debía resignarme a vivir con la caritativa pensión de mutilado y una medalla con laurel de bronce, llena de colorines —frunció los labios, sujetando entre sus dientes el humeante pitillo—. Intenté inútilmente empezar a pintar con mi mano izquierda, pero acabé desistiendo con la convicción de que no sólo había perdido mi diestra, sino mi espíritu; yo era un cadáver más de la contienda.

»Luego fui viviendo para evocar mis buenos tiempos aquéllos en que todavía creía en la moral de los hombres y hasta en la Patria. Horas y horas dedicaba a visitar las salas de arte donde todavía se colgaban algunas de mis obras que ya no me pertenecían, volviendo a pintarlas una a una con la imaginación, sin darme cuenta que así aumentaba mi desventura.

»Cierta día me encontré casualmente con Duke, sobre quien volqué parte de mi tragedia, quizá solamente por escucharme a mí mismo. Duke me ofreció trabajo bien remunerado, sin especificarme en qué. Yo, como todo ciudadano que leía los periódicos, sabía sobradamente de los negocios de Tarkington... —Sonrió despectivamente, exhalando una voluta de humo—. En aquella ocasión no acepté. Tú andabas por entonces en Washington...

muchacho, me acordé muchas veces de ti. Desde que luchamos juntos, yo era para mi buen Martin algo así como un coloso que en vez de pinces manejara varitas mágicas. —El detective sintió como si una bola compacta le obstruyera la garganta, y desvió sus ojos brillantes hacia el invisible mar. Max continuó melancólicamente—: No. No hubiera querido decepcionarte, mostrándote mi peana de barro.

»Fue entonces cuando empecé a frecuentar los hipódromos; en principio por contemplar a mis viejos amigos los caballos, mis mejores modelos de otros tiempos. Más tarde, casi sin darme cuenta, mi afición derivó por las apuestas, sobrepasando en mucho las pérdidas mis reducidos ingresos —hizo una mueca.

No me pesa; aquello fue como un oasis para mis destrozados nervios... lástima que como siempre, desde mi licenciamiento, tuve la suerte de espaldas. No ascendía a mucho lo que perdí, más sí lo suficiente para tener deudas en cantidad superior a las que hubiera podido liquidar en un año con mi corta asignación de mutilado. Entonces decidí entrevistarme con Duke.

Hizo un alto para respirar, ordenando sus recuerdos. Theodoro sentía dolor en todo su cuerpo, menos en el hombro herido. La voz de Corrigan brotó serena, sonando extrañamente sobre el fondo sonoro del mar.

—En principio, la ocupación que Tarkington me asignara no fue tan arriesgada como yo temiera. Ya en Salermo tripulé una lancha de desembarco; Duke recordaba esto, y mi única misión consistía en salir con esta canoa a un punto determinado donde horas antes y entre dos aguas, un barco mercante depositaba con flotadores cargas de contrabando. Nunca le pregunté a Duke de qué se trataba, aunque supuse que serían estupefacientes; los negocios de ese sujeto abarcaban todo lo «honesto» —subrayó mordaz—. Yo le entregaba los paquetes, él pagaba en buenos billetes americanos... y hasta la próxima.

»La confianza de Duke hacia mí fue en aumento; yo en realidad no tenía queja. Poco a poco, sin meditarlo, llegué a ser su segundo de a bordo. El no confiaba en nadie. El “Sueco” no veía con buenos ojos mi posición cerca de Tarkington, estableciéndose cierta tirantez entre ellos. Olgersson sabía muchas cosas, motivo por el cual Duke jamás hubiera prescindido de él; pero existía otra causa principal

por encima de esa... y es que en el fondo Duke era un cobarde, y lo temía.

»Así estaba todo cuando Duke me encomendó un trabajo, teniendo que embarcarme para Europa. Se trataba de algo bastante más serio de lo que hasta la fecha había venido haciendo. Contrabando humano. Yo entonces vivía lejos de preocupaciones, y el dinero abundante era mi entretenimiento.

»En Francia, siguiendo sus instrucciones, me dediqué a reclutar muchachas destinadas a trabajar en el *cabaret* de Mike Fabian, esa raía obesa —señaló con un movimiento de barbilla el cuerpo tumbado asomando en la escotilla, y Martin sintió un extraño malestar—. Duke practicaba ya algo de esto —continuó—. Traía gente de Italia que le pagaban por el pasaje medio millón de liras, y luego, cuando los desgraciados creían estar a salvo en la tierra de promisión, habían de trabajar para él en los muelles por una mezquina cantidad de dólares, so pena de ser denunciados a los de “Ellis Island^[12]” y expulsados del país. Duke era el amo de los muelles, y merced a su influencia, desde “cobrar el barato” en adelante, hacía de ellos cuanto le venía en gana.

Theodoro Martin relacionó ahora al desdichado Paola, con el resto de los acontecimientos. Su compañero de armas continuó, apresurando el monólogo:

—Hice en Francia cuanto Duke me mandaba; algo sin embargo vino a cambiar la marcha del asunto. —Max Corrigan tuvo una pausa emotiva, chupando el cigarrillo con verdadera rabia—. Allí conocí a Rossana, una muchacha de ascendencia alemana que vino a mostrarme algo nuevo, un factor alegre de la vida que yo desconocía, o hacía mucho tiempo que había olvidado...

»Nos casamos en Francia sin participar nada a nadie. A mi regreso, pensaba retirarme de todos los negocios oscuros, y empezar al lado de mi esposa una nueva vida. —El cigarro, consumido, cayó de sus labios, absorbiendo la sangre de su pecho un reguero de ceniza; hizo una mueca amarga—. Cuando inicié los trámites para regresar a América en compañía de mi mujer, tropecé con el mayor de los inconvenientes. A Rossana, pese a estar casada con un americano, de memento no le daban entrada en los Estados Unidos. Se basaba la investigación en el hecho de que mi esposa era hija de una alta jerarquía que colaboré con la Alemania nazi. No

tuve paciencia para esperar; deseaba regresar a mi tierra, y fundar mi nuevo hogar cuanto antes. Tomé una descabellada decisión; próximo a partir el barco con el contrabando de mujeres, decidí embarcar a la mía como procedimiento más rápido y menos engorroso. Yo iría en avión, y a la llegada del cargamento explicaría a Duke la presencia de mi esposa entre el resto. Pero el cargamento no llegó. —Corrigan apretó los labios formando una uva dolorosa. Entre sus párpados, Martin advirtió una cortina acuosa, y el herido prosiguió, con voz entre— cortada. —Próximo el barco a estas costas, creyó ser acordado por la policía marítima de fronteras, y su tripulación, siguiendo órdenes de ese perro de Duke, golpeó a las mujeres antes de ahogarlas brutalmente... Rossana iba entre ellas...

»Creí volverme loco, Martin. Pensé primero llegar hasta Duke y emprenderla a tiros con todos; más tarde comprendí que por ese sistema no hubiera adelantado nada, y en posesión de mi secreto medité día tras día la forma de exterminarlos uno a uno, sin peligro de que nadie escapara a mi venganza.

El pintor tenía los ojos dilatados con enloquecida expresión.

«Entonces ocurrió algo que vino a favorecer de lleno mis planes. Duke y el “Sueco” se enemistaron por no llegar a un completo acuerdo en el reparto de intereses. Olgersson fingió ceder, esperando a su vez la oportuna ocasión. Dos días después de la disputa con él jefe, aprovechó la coyuntura de que éste se encontraba solo, y encañonándole con una pistola le hizo extraer de la caja fuerte trescientos mil dólares. Yo hacía mi entrada en ese instante, y sorprendí desde la sala la escena sin que ellos lo advirtieran, trazando en unos segundos el plan ansiado de venganza. Retrocedí cautelosamente hasta la puerta donde Olgersson estacionaba su coche listo para la retirada. Me escondí agachado en los asientos posteriores, y cuando el “Sueco” bajó precipitadamente, se encontró con el cañón de una pistola pegado a sus costillas. —Max sonrió perversamente—. Creo que, al principio, ese canalla no comprendió bien del todo mi actitud cuando le mandé arrancar sin entregarle a Tarkington. Le ordené parar delante del bar de Dikson, sin dejar de apuntarle con la pistola desde mi bolsillo, y tomamos una copa para que quien nos viera pensara que acabábamos de realizar juntos el atraco, haciéndome así voluntariamente cómplice del “Sueco” en el robo. Luego mandé

a Olgersson que me condujera a su casa. Nadie supo jamás su domicilio, pensando él, quizá, que en su propio cuarto era donde menos podía temer una agresión.

»Ya en el camino me propuso cederme la mitad del botín, sin que yo rechazara del todo su oferta. Llegamos al hotel donde se hospedaba, y yo procuré atraer la atención del conserje Algerson, ante esto, parecía sorprendido y en cierto modo confiado. Esperaba alguna proposición por mi parte y se encontró con cuatro balas—Martin sintió todo el frío de la noche calándole por la espina dorsal. No quiso interrumpir a Corrigan, y éste prosiguió su macabro relato. —Olgersson era el primero del programa, y desde luego, la clave central de mis planes. Disparé dos balas más contra la pared, tapando luego los impactos con fotografías. Limpié el suelo de la habitación por encima, dejando de esta forma todo preparado para que en su día quedaran a la vista los suficientes indicios del crimen. Saqué la ropa de su baúl-armario, metiendo en él a la víctima. Después deshice el resto del equipaje para simular una ausencia temporal, y guardando la ropa suficiente en una maleta, para suplir en su día la personalidad del muerto, disimulé aparentemente hasta donde me convino la huella del reciente crimen. Llamé por el teléfono interior a la conserjería, fingiendo la voz del “Sueco”; no me fue difícil. Cuando subió el hombre, desde la ducha, con el ruido del agua, dije algunas frases más deliberadamente. Bajaron el baúl como había ordenado; luego, esperé pacientemente la ocasión de salir, circunstancia que no tardó en presentarse.

»Monté en el coche de Olgersson, conduciendo perfectamente merced a mi brazo ortopédica; de esta forma, el escenario quedaba preparado para seguir impunemente la comedia cuando fuera necesario.

»Más tarde, sabedor únicamente con Duke del lugar donde se hallaba la lancha para retirar el contrabando, trasladé allí el cuerpo de Olgersson para perfeccionar mi obra —silbó una menuda risita entré dientes—. Vestí al “Sueco” con mis ropas, cercenándole antes su brazo derecho y desfigurándole el rostro. Yo contaba con el parecido entre ambos, rubios y de igual estatura...; estaba pues de mi parte hasta nuestro paralelo físico.

»Escondí convenientemente su cuerpo, dirigiéndome seguidamente a primera hora de la mañana a casa de Jack Collins,

el *bookmaker*.

»Días antes había hecho una apuesta por su mediación, siendo mi caballo ganador, según pude comprobar el día anterior a todo el asunto. A Collins le conocía de verle en el hipódromo; por eso, en alguna ocasión que teniendo interés por una carrera no podía asistir a ella, le encomendaba apestase por mi cuenta. Alguna vez tardó en pagarme si ganaba una postura, pero no era mala persona, y hasta llegó a recomendarme con bastante acierto inesperados ganadores. Le mandé apostar por un caballo de Tarkington; sabía que iba a haber tongo, y la ganancia era casi segura, y aunque a. Duke no le gustaba que le estropeáramos sus manejos apostando por sus colores, me valí del hombrecillo, y gané.

»Teniendo trescientos mil dólares no precisaba yo ningún dinero, pero se me brindaba la oportunidad de hacer creer a todo el mundo (por motivos que más adelante te explicaré), una urgente necesidad de fondos. Me personé a ver a Jack para cobrar mi apuesta, continuando mi comedia, pero afortunadamente para mí, Collins no contaba en ese momento con el dinero. Yo le apuré, dándole a entender que necesitaba huir de algo y precisaba esos dólares. Le cité en el “Jolly Rogers”, dudando que acudiera a la cita. Como sabía que ya la banda andaba tras de los pasos del “Sueco” y míos, ahuyenté a Mike Fabian y a su gente mediante una, llamada telefónica delatando con voz femenina la presencia de Olgersson en cierto lugar.

»Luego entré por la parte trasera del *cabaret*, visitando a Mayra Greyson para solicitarle urgentemente, del mismo modo que a Jack Collins, dinero para escapar de “un mal asunto”. Ella estaba enterada a medias de que la gente de Mike deseaba echarme la vista encima. No obstante la chica, despechada, se negó en absoluto a mi petición; hacía bastante tiempo que yo no le hacía maldito el caso. —Theodoro sintió que estas palabras le herían—. Salí por tanto a la sala con el tiempo exactamente calculado. Sabía con precisión la hora en que Mayra efectuaba su número de luz negra...

—¿Pero si la gente suponía que tú habías realizado el atraco en compañía del «Sueco», a qué venía el simular esa necesidad de dinero? —interrumpió, por vez primera, el agente.

El herido respondió, con la respiración entrecortada:

—De esta forma, a futuras investigaciones de la policía

demostraba que el «Sueco» me había dejado fuera del asunto, y que si huía de alguien bien hubiese podido ser de él, sembrando la duda al aparecer «mi cadáver» ante los ojos de los patrulleros, sobre si mi muerte debía achacarse a Olgersson o a la banda de Tarkington. Poco más o menos eso ocurrió, siendo ese cuervo de Duke de los más sorprendidos —se cortó, repasando su disertación para ver dónde había quedado interrumpida. Su voz se iba haciendo más débil cuando recobró el habla—... Sí, yo salí a esperar el número de Mayra, pero ésta estuvo a punto de dar al traste con mis planes, retrasando su danza debido a un ataque de nervios. Yo esperaba la llegada de Mike y sus hombres de un momento a otro, y cuando ya estaba decidido a marcharme, Mayra salió a la pista —meneó la cabeza—. Lo que ocurrió allí poco más o menos ya lo sabes. Fingí ser atacado aprovechando la completa obscuridad reinante en la sala, y salí despavorido a la calle. Yo sabía que Mike se apresuraría a callar la agresión, librándose en su propio beneficio de dar parte de nada a la policía.

»De allí regresé al embarcadero e introduciendo en las ropas de Olgersson mi propia documentación, incluido el boleto de la apuesta con la dirección de Jack Collins, sumergí su cuerpo en el embarcadero entre dos aguas, por el mismo procedimiento de las boyas empleado para depositar el contrabando. —Max jadeó enfebrecido, desorbitando sus ojos nebulosos al deleitarse contando su hazaña—. Los peces completarían mi obra y a su debido tiempo la policía descubriría un cuerpo desfigurado y putrefacto con mi ropa, mis documentos e inclusive mi chapa de identificación del ejército... en una palabra, mi propio cadáver.

»Luego interviniste tú. Martin —volvió hacia el aludido su cara ensombrecida, añadiendo con un tono que intentaba ser cariñoso—. Te juro, muchacho, que jamás pensé que llegaría a tenerte enfrente —tosió, salpicando al policía de sangre—. Uno piensa siempre aquello que más le conviene; por eso descarté que esa dura cabeza tuya te haría arribar hasta el fin, sin saber quizá que luchabas contra mí. Debí suponer que tú vendrías, marchando hasta el fondo del infierno si era necesario para aclararlo todo...

»Aparecieron los cadáveres de aquellas desgraciadas junto con el de mi esposa; ésta con mi reloj de pulsera, una pista en favor de la policía con la cual yo no contaba...

»Días más tarde apareció “mi propio cadáver”, ocurriendo todo tal y como yo lo había planeado. Vi desde lejos mi funeral, y hubiera dado algo por poder haberte enviado las gracias desde el “cielo” —volvió a gesticular, en una mueca que Theodoro interpretó como una débil sonrisa—. Ese mismo día cometí mi más solemne equivocación. Una vez más, no pude resistir la tentación de acudir convenientemente disfrazado al hipódromo; a pesar de todo. Jack Collins, el hombre que horas antes había asistido a mi funeral, me reconoció, abriendo los ojos como si contemplara a un fantasma.

»Procuré no separarme de él ni un solo instante; pensaba darle dinero del producto riel atraco para que se alejara del país. Le acompañé a su casa ya entrada la noche, pensando proponerle el asunto, y a fin de embarcarlo al día siguiente en el primer barco que zarpara con rumbo a otro continente. Esa misma noche estaba citado contigo; quería hablarte de Duke. Tú entraste, y yo tuve que esconderme tras la cortina.

»Aquel pobrecillo estaba asustado, atrapado entre dos filos a cual más peligroso. Tú ganaste; me di cuenta que al final acabaría delatándome, y no tuve más remedio que tomar una resolución contra mi voluntad: matarle... Iba en ello mi vida, y al tener que enfrentarnos ambos... —Calló unos instantes, agregando con desgarrada sinceridad—: No sé si lo crearás, muchacho, pero antes de batallar contra ti me hubiera sentado voluntariamente en la silla eléctrica...

Martin, por unos instantes, creyó estar viviendo una pesadilla: las palabras de su amigo se le aferraban a la garganta, impidiéndole la respiración. Corrigan hablaba como si estuviera leyendo su propio testamento.

—Esperé la oportunidad para acabar con Duke. Sabía en qué fecha recibiría la próxima mercancía, y en ese momento decidí tender una falsa pista que condujera al «Sueco». Telefoneé a ese torpe aldeano de Thomas Kent fingiendo nuevamente una voz femenina para darle el domicilio de Olgersson, y mis tarde telefoneé al hotel preguntando por el «Sueco». Lo vi salir desde el restaurant donde recibió la llamada y encaminarse a tu casa. Dudaba de si pensaba atontar contra ti, y con tal motivo me arriesgué a subir hasta tu misma puerta, escuchando gran parte de vuestra conversación. Sin duda la mejor forma de dar una falsa pista a la

policía era asesinarle llevando en sus bolsillos las señas que momentos antes yo le transmitiera por teléfono, y que vi cómo anotaba, situado en la cabina de enfrente.

La voz de Corrigan se debilitaba por momentos, en tanto que su cuerpo sufría pequeñas sacudidas. Por sus labios entreabiertos, Martin divisaba las encías empapadas en sangre; el moribundo, en un supremo esfuerzo, continuó pausadamente.

—Yo vigilaba la guarida de Duke el día que sabía llegaba el cargamento; deseaba apoderarme de él, y de paso averiguar a quién designaría Tarkington que mereciera su confianza para este cometido. Vi salir a toda la banda ignoro a dónde, y casi seguidamente, Mike Fabian hizo su entrada en el cubil del abogado. Solamente él, podía ser el designado. No tardo en abandonar el edificio, circunstancia que aprecié como extraordinariamente casual para acabar con el principal causante de todas mis desgracias...

—El detective acercó más su cara a la del moribundo para mejor captar su voz, que se atenuaba rápidamente —... estaba con uno de sus guardaespaldas, y acabé con los dos, dejando vivir algo más a Duke para contarle la última historia que oiría en su vida... El muy cobarde murió chillando como una rata...

»Mi obra..., estaba acabada... Salí camino del embarcadero, pidiendo por una vez a mi buena suerte... que fuera Mike quien, una vez llegada la noche..., hubiera de recoger la mercancía. Faltaba él... llegué allí y esperé... a ti no te reconocí, muchacho, te lo juro...

El policía asintió con un gesto de cabeza, sintiendo su boca pastosa y amarga. El misterioso criminal que tanto odiara, se hallaba a sus pies agonizando sin poder sentir hacia él ningún rencor; el Destino le jugaba una mala pasada. Habló a Corrigan con palabras entrecortadas.

—Éste es el fin de mi carrera, Max... Yo también he fracasado... intentando vengar a un amigo...

El otro no contestó, limitóse a pedir agua, señalando con un dedo tembloroso un rincón de la embarcación. Theodoro Martin púsose de pie, tambaleante, para complacer al que se moría; había andado unos pasos después de ascender la escalerilla, cuando a sus espaldas sonó una detonación. Volvióse rápido, y vio cómo del lugar donde estaba el depósito de combustible, brotaba una

explosiva llamarada azul. Quiso bajar junto a su amigo, cayendo al suelo al no responderle los pies con presteza; a rastras consiguió acercarse al borde de la escalera, pudiendo ver cómo su amigo, el pintor Max Corrigan, quedaba envuelto en una cortina rojo-amarilla. Las llamas ascendían velozmente por la embocadura del pequeño camarote, extendiéndose el fuego por toda la embarcación con rapidez inusitada.

El policía retrocedió achicharrado por el calor creciente; el humo negro y espeso del aceite le hizo empezar a toser. De un momento a otro podía explotar el motor de la embarcación, y Martin, teniendo pocos instantes para decidir, saltó de la lancha.

Sintió la fría impresión del agua envarándole los músculos, y realizó unos débiles esfuerzos para mantenerse a flote.

Luego, su cuerpo fue adquiriendo una apacible languidez. Le pareció que resbalaba asido al cuello gigante de un fantástico cisne, y un olor penetrante y líquido con sabor a jazmines se le introdujo por la garganta hasta el fondo de sus pulmones, y el cisne graznaba..., graznaba..., batiendo las alas con un zumbido inmenso.

Seguidamente, se quedó dormido, profundamente dormido.

* * *

Cuando Martin abrió los ojos, lo primero que vio sobre sí, fue la conocida cara del capitán Clark, contemplándole con detenimiento; éste dijo algo así como «Gracias a Dios», y el policía volvió a cerrar los párpados, oyendo, ahora claramente, la voz de Hanson preguntándole:

—¡Martin! ¿Cómo se encuentra? ¿Me oye usted...? El herido afirmó débilmente con la cabeza, entre abriendo nuevamente sus ojos, y pudo apreciar con claridad que se hallaba tumbado en el fondo de una motora, con varias personas a su alrededor. Pregunto con voz débil:

—¿Cómo dieron conmigo...?

—Por su medio expeditivo de tomar coches... ¡la Dios gracias! Fue relativamente fácil seguir su pista, ya que en varios surtidores les vieron pasar... Luego, el vehículo, abandonado en la carretera y los disparos en el mar, nos indicaron el resto. —Hizo un leve alto.

—Bueno; cayó toda la banda, Martin. Cuando pueda nos contará

lo ocurrido.

—¿Dieron con Mayra Greyson...? —El aire seguía oliendo de forma dulzona.

—No. —Hanson meneó la cabeza—. Supongo que levantó el vuelo cuando vio las cosas mal, a no ser...

Como Max le indicara antes de morir, todo resultaba burdo y cruel. Hizo un gesto al viejo para que se inclinara sobre él, rogándole a continuación:

—En mi bolsillo está mi chapa, Hanson —espació el resto con emotivo sentir—. Ya no la necesito; puede guardársela.

El capitán meneó la cabeza negativamente, preguntando con sorna:

—¿Qué le pasa, está descolorida? No se preocupe; ya le darán otra.

—No, Hanson —apretó los labios para mentir—... yo les he capturado a «El Sueco»; después de este asunto, me retiro.

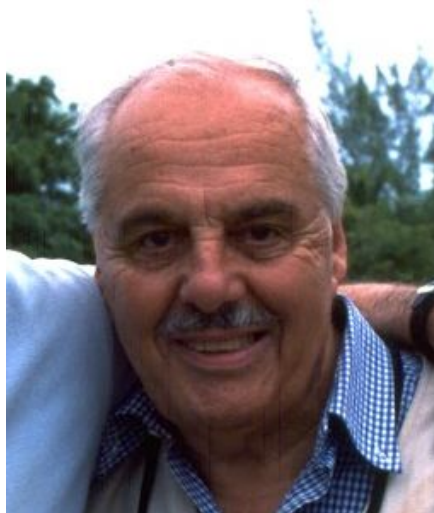
El superior soltó una extraña risita, acercando su cara a la de Martin. Al tiempo que hablaba, movía los ojos como dos bolas de azogue.

—No, hijo —era la primera vez que a Martin le llamaba así—. La vida con uniforme o sin él, todavía le reserva muchas sorpresas. Siga siempre el camino emprendido, y de común acuerdo con su conciencia llegará muy lejos... Ahora descanse una buena temporada, que buena falta le hace; quizá luego se decida a contarme algunas cosas... —Sonrió maliciosamente ante el desconcertado muchacho—. Entre tanto, yo redactaré por usted el informe.

Por toda respuesta, Theodoro Martin, agotarlo, cerró los párpados quedándose dormido; fue entonces cuando el capitán Hanson Clark, de la Policía Metropolitana, empleó su expresión más dulce al cubrir el cuerpo del agente con su propio abrigo. Después se dirigió a los demás para reconvenirles con su habitual tono gruñón:

—¡Demonios! ¡No hagan ruido; el muchacho está dormido...!

FIN



Charles Mitchell, seudónimo de Carlos Miguel Martínez nació en Madrid en 1925, fallece el 13 de febrero de 2017.

Fotógrafo de profesión (miembro de la Real Sociedad Fotográfica), y aventurero de vocación, durante una etapa de su vida también se dedicó a la escritura de bolsilibros. Un puñado, nueve en total, publicado por Editorial Bruguera, entre la década de los cincuenta y principios de la de los sesenta, y después, por desgracia para los aficionados a la lectura de este tipo de obras, desapareció del panorama.

Era un gran aficionado al noir más visceral, enérgico. Sus novelas son impactantes, directas, con personajes estupendamente descritos. Alguien comentó, y sin exagerar, que podría haber sido publicado al lado de los maestros estadounidenses del género.

Pese a haber abandonado la publicación, en realidad nunca dejó de escribir, y ha dejado a la posteridad algunas obras inéditas. Una de ellas, trata sobre un psicópata francotirador. Un personaje descrito con energía, que encuentra un alma gemela para llevar a cabo su enfermiza labor. Era una historia de intriga, pero también un perturbador retrato de unos personajes arrostrados por la fatalidad y la desesperación.

Notas

[1] WALT WHITMAN (1819 – 1892). Nació en Long-Island, cerca de Nueva York, de padre anglosajón y madre de ascendencia holandesa. Está considerado como el primer poeta norteamericano, y sus versos se identifican tanto con el alma de ese país, que es y será llamado siempre «El Cantor de los Estados Unidos». < <

[2] *Soldiers and Sailors Monument. Monumento a los Soldados y Marineros. Dedicado en 1900 a la memoria de los soldados y marineros muertos en la Guerra de Secesión.* < <

[3] *Bookmaker*. Agente o intermediario de apuestas que a su vez recomienda posibles ganadores. < <

[4] *En América, el apelativo «John», se adjudica en sentido figurado al «hombre de la calle»: algo parecido a lo que en España se acostumbra a llamar un «Juan Nadie», Dícese especialmente de los negros. < <*

[5] *Welfare Island* «Isla del Bienestar», situada en medio del East River, entre Manhattan y Queens. Antagónicamente a lo que su nombre indica, en ella está una vieja cárcel en servicio < <

[6] *Se refiere a Texas, el Estado más grande de toda la Unión, cuya extensión, proporcionalmente, viene a ser análoga a la que forman juntas España y Portugal. Primero perteneció a Méjico, proclamándose después independiente y declarándose República... Su bandera estaba constituida por una sola estrella. En 1845, y tras violentas luchas, fue anexionado a los Estados Unidos; aun así, la característica racial de todos sus habitantes difiere notablemente de los del resto de la Nación. «Texas» significa en dialecto indio «amigo». < <*

[7] *Verídico. William O'Dwyer, gobernador a la sazón de la ciudad de Nueva York, ordenó una redada, irrumpiendo la policía en el puerto y deteniendo a gran número de complicados en los sucios manejos del Sindicato. La mayor parte de los arrestados tuvieron que ser soltados por falta de pruebas en contra de ellos. Más tarde, destituido uno de los cargos que se le hicieron, fue el de haber avisado a los miembros del Sindicato a tiempo para arreglar los libros que debían ser intervenidos*
O'Dwyer,

< <

[8] *Speakeasy*. En argot se llamaban así a los establecimientos clandestinos de licores durante la Prohibición. Actualmente, abolida dicha Ley, continúa aplicándose este nombre a todas las expendedurías de licores. < <

[9] *En argot, enviado al presidio de Sing-Sing.*

. < <

[10] Verídico. Pietro Panto era un trabajador de los muelles que en una reunión del Sindicato osó manifestarse en contra de ciertas irregularidades del mismo. Desapareció misteriosamente, siendo hallado muerto un mes más tarde, en un pantano helado de Nueva Jersey, embutido en un barril de cal, y con las manos sujetas por alambres.

< <

[11] *A los que van a ajusticiar en la silla eléctrica, les afeitan un sector de la cabeza para aplicarles una pequeña placa de metal, conductora de la primera descarna que va al cerebro del reo, atontándole. < <*

[12] *Isla situada frente al puerto de Nueva York, célebre porque en ella se encuentra la oficina de Control de Inmigración.* < <